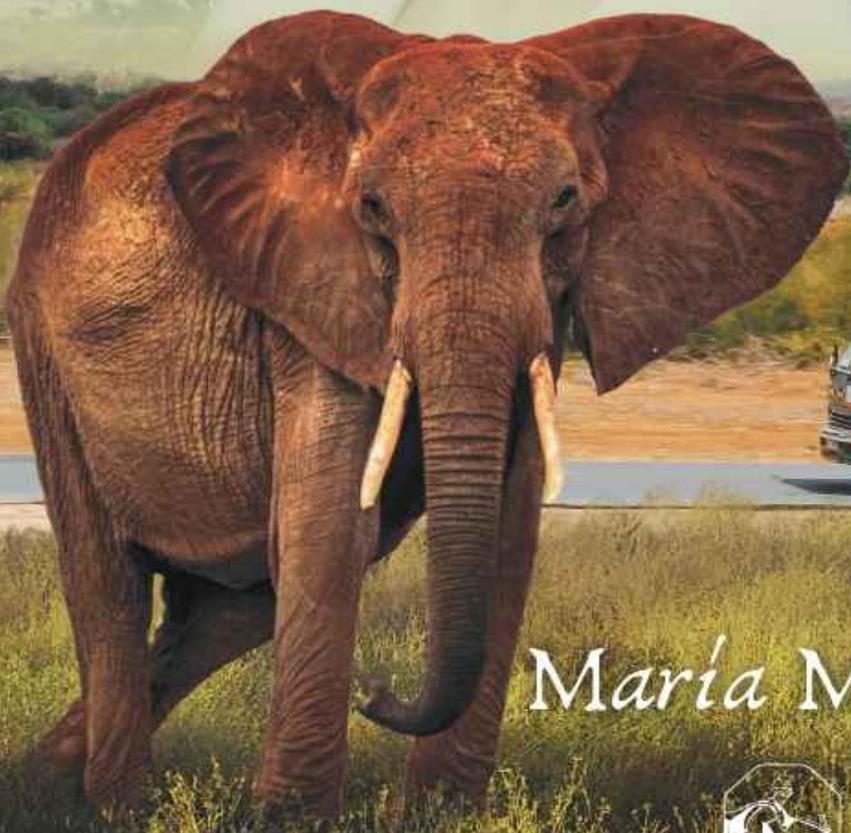


*Siempre fue  
Nairobi*



*María Marts*



*Al placer de luchar contra los brazos de Morfeo para acabar un capítulo  
y a los que lo comprenden*

*Al que lo lea, especialmente a mi  
madre, padre, familia, amigos íntimos, a los que consciente o  
inconscientemente me han ayudado  
y a Lucía. De entre todos los nombrados,  
va dedicado, sobre todo, al que lo termine*

# 1 La llegada

*Cabin crew prepare for landing* , sonaba por los altavoces de un avión intercontinental de diez asientos por fila. Eran las 19.00h de la tarde y por encima de las nubes todavía era de día mientras la noche caía en tierra. Las nubes aparentemente más densas que las europeas, se teñían de rojo mientras las turbulencias acercaban a los pasajeros del vuelo 1445 a su destino, Nairobi.

Al tocar el suelo nadie aplaudió, algunos pasajeros se despertaron con el ruido de las ruedas tocando el asfalto del aeropuerto internacional Jomo Kenyatta. En todos los vuelos había dos tipos de viajeros: los que bajaban por las escaleras observando atentos los alrededores y aquellos cuyo único objetivo era salir del aeropuerto cuanto antes. Estos dos grupos estaban normalmente formados por turistas el primero y por pasajeros en el camino de vuelta a casa el segundo.

En la salida del aeropuerto, un exhaustivo control de pasaportes llevó a todos ellos hacia la calle. El lugar estaba inundado de taxistas que llevaban al pasajero a su destino a un supuesto “buen precio” o como ellos decían en un inglés con acento bastante cerrado pero fluido *a good price for you sister* .

Entre los pasajeros, Ana bajaba las escaleras con una gran mochila a los hombros y sin mucha decisión. Su mirada intentaba leer los carteles escritos a mano que los taxistas sostenían a la altura del pecho, buscando su nombre.

A la izquierda de la masa de conductores, Ana vio su apellido, escrito en una hoja de cuaderno sujeto por unas manos que pertenecían a un señor de unos 40 años.

—Hola, ¿es usted Abuya? —preguntó Ana acercándose al hombre e intentando vocalizar mucho, mientras miraba el papel que le habían dado en la agencia de viajes con los datos de contacto.

—Sí, ¿Ana Ruiz? —respondió el conductor con su característico acento.— Sígame.

Ana siguió a Abuya hasta un Citroën C2, que en sus mejores épocas debió ser de un rojo chillón y ahora luchaba por mantener algo de su antiguo tono en la chapa desteñida. El conductor cogió el macuto de las manos de Ana, lo lanzó al fondo del maletero sin pensar si había algo que se pudiera romper dentro, e hizo un gesto para que entrara en el coche.

Acomodada en el asiento de atrás, Ana miraba por la ventana viendo sombras en la oscuridad de las calles. Una vez fuera del aeropuerto, el coche empezó a circular por una carretera comarcal.

La ausencia de alumbrado hacía que el atasco se convirtiera en una hilera de luces rojas, que frenaban para salvar los amortiguadores de los profundos baches que aparecían cada cinco metros. A los lados, había más gente de la que Ana estaba acostumbrada a ver caminando por una cuneta y las motos adelantaban peligrosamente; pero eso ocurría en todas las ciudades.

Después de unos 45 minutos de trayecto con música pop inglesa de fondo, el coche tomó una salida y se metió en una calle amplia. Paró frente a una gran puerta de metal en la que un guardia de seguridad se acercó al vehículo.

Iluminado por una farola, llevaba una chaqueta azul desgastada, unos pantalones del mismo tono y botas militares. Sobre la cara, una gorra azul de visera cuadrada le hacía sombra en los ojos. En el pecho llevaba cruzada una metralleta que sujetaba de manera firme.

Mientras Ana miraba el arma y buscaba algún escudo oficial, el conductor bajó la ventanilla y empezó a hablar en suajili, ella no entendía una palabra.

—No te preocupes, esto es solo por tu seguridad —dijo en inglés el guardia, sonriendo hacia Ana después de reírse con Abuya al notar la expresión de miedo en su cara. No había encontrado ningún escudo

oficial, así que se trataba de un guardia de seguridad con una metralleta tan grande como las del desfile del Doce de Octubre.

La verja llevaba a la continuación de la calle. A los lados, en vez de árboles y descampados como en la carretera, había edificios de ventanas desordenadas. No era el tipo de urbanización que alguien espera después de tanta seguridad.

El conductor paró el coche en el número 6, llamó al telefonillo y una chica joven salió a recibirles. A diferencia del taxista, esta lucía una enorme sonrisa. Ana había tenido un nudo en el estómago desde que salió del aeropuerto en ese coche viejo, al ver la sonrisa de esa chica el nudo cedió ligeramente.

—¡Karibu! —dijo la chica mientras estrechaba la mano de Ana.— O lo que es lo mismo, bienvenida a Kenia. ¿Cómo ha ido el vuelo? ¿Y el viaje en coche con Abuya? Es un hombre de pocas palabras, pero muy buena persona —apuntó ante el gruñido lejano del conductor subiendo la maleta por las empinadas escaleras.

La entrada al edificio daba a un largo pasillo repleto de puertas desde las que asomaban por el suelo los felpudos y zapatos que dejaban los habitantes al entrar. Hacia la derecha había unas escaleras con pel- daños desiguales, iluminadas con una luz blanca que emitía un ligero zumbido.

Ana subió siguiendo al conductor y a la recepcionista que no le había dicho su nombre. El alojamiento que había contratado para su estancia en Nairobi era en un humilde hostel, lo más económico que había encontrado dentro de lo recomendado para turistas.

En el cuarto piso sin ascensor, entraron en la puerta coronada con una letra B de madera que la recepcionista abrió con llave. La puerta daba a un vestíbulo en el que había un sofá con una tele de largas antenas encendida que emitía un ligero pitido, una mesa de recepción con un ordenador de torre, un teléfono y un cuadro de la sabana africana.

La sala de estar olía a una mezcla de comida y ambientador no demasiado desagradable. Tras unas palabras con la chica, Abuya se adelantó por el pasillo de la derecha con la mochila de Ana cogida del asa arrastrándola con el mismo cuidado con el que la había tirado al maletero.

—Mi nombre es Makena, trabajo en este hostel como recepcionista  
—dijo desde detrás del mostrador de recepción. Makena tenía mucho

menos acento al hablar inglés que Abuya, lo que hacía que la comunicación fuera más fluida.

—Bien, necesito que rellenes este papel y te doy tu llave de la habitación —le dio un formulario y un bolígrafo.

Ana relleno el papel en el que pedían datos como: nombre, edad, profesión, qué venías a hacer a Kenia, cuánto tiempo te ibas a quedar y demás burocracias. Cuando terminó, Makena le dio su llave, tal y como había prometido.

—Tu habitación es la 4, Abuya ya ha llevado tu maleta. El desayuno se sirve de 7 a 9 y la cena y la comida tienen un coste extra —dijo señalando hacia la puerta de detrás de la recepción, quizá el olor venía de ahí.— Tenemos servicio de lavandería y la habitación se limpia dos veces por semana. Ah, y este —dijo señalando un tarro, es el bote de las propinas.— Te dejo mi tarjeta para cualquier cosa y espero que disfrutes de tu estancia en Nairobi —dijo detrás de una sonrisa mientras le daba su tarjeta.

—Gracias —dijo Ana cogiendo la llave de la habitación y siguiendo el pasillo por el que había visto meterse a Abuya. Makena se quedó en la recepción tecleando lentamente en el ordenador.

La puerta 4, que estaba señalada con un letrero de madera igual al de la entrada de la pensión, estaba cerca de la recepción. Ana la encontró abierta y pasó a lo que sería su habitación durante el próximo mes. La estancia era alargada y terminaba en una pequeña ventana con vistas a un amplio patio interior lleno de cuerdas de tender. Las luces que se colaban desde el exterior producían las sombras perfectas para acompañar una noche de pesadillas. La cama se encontraba a la izquierda de la entrada, acompañada de una pequeña mesilla y un armario sin puerta.

Sobre la cama colgaba del techo una tela mosquitera, que se extendía para cubrir completamente el colchón. Ana se dio cuenta entonces de que la ventana estaba abierta y la luz encendida, así que cerró rápidamente para que no invadieran los famosos mosquitos africanos su cuarto.

En su maleta había un arsenal de repelentes y amoníaco para evitar las picaduras, pero lo que más le preocupaba era escuchar el zumbido de un mosquito que se quisiera refugiar en su oreja por la noche. Roció la habitación con aerosol, impregnándola de un olor que no le gustaba

mucho, pero que le era más familiar que el aroma a naftalina que salía de las sábanas.

Después de deshacer la maleta que Abuya había dejado sobre la cama, se dio cuenta de que había traído demasiada ropa, un básico en sus viajes. No había pensado en el servicio de lavandería.

Debajo de toda su ropa estaba la carpeta roja, el motivo de que ella estuviera deshaciendo la maleta en una habitación de Nairobi. Se tumbó en la cama de muelles cerrando los ojos vencidos por el *jet lag*.

Hacía unos meses que su padre había fallecido, una rápida enfermedad le eligió a él como acompañante. Ana se había criado en Madrid junto a su padre y su abuela Catalina, que después de la muerte de su hijo había dado la bienvenida a la demencia y la dejaba campar por sus neuronas superando el límite de velocidad.

El día de la madre nunca había existido para Ana. Juan, su padre, renombró el primer domingo de mayo como el día de la abuela y Ana preparaba en el colegio un collar de macarrones para Catalina.

De pequeña, veía como otros niños hablaban de sus madres, les venían a buscar y les llevaban a los partidos de fútbol. Por esa época ella todavía preguntaba de vez en cuando a su padre y a su abuela: “¿Dónde está mi madre?”, pero ellos esquivaban la pregunta más hábilmente que un político a la prensa antes de las elecciones.

El tema le costó discusiones con su padre, enfados con su abuela y muchas horas dando vueltas a la razón que había para que no le dijeran nada. Con los años entendió que su madre no existía, dejó de preguntar e incluso se olvidó de ello. Hasta el día del funeral de su padre.

En sus últimos días de vida, Juan le entregó a Ana la carpeta roja diciendo: “Léelo cuando ya no esté”. Fue una de las pocas veces que Ana hizo caso a su padre a la primera y lo leyó en el momento justo.

*Madrid, 30 de enero del 2000*

*Ana, estas palabras que escribo no son nada fáciles. He estado años evitando este tema e intentando protegerte. Hoy, a un paso de dejar este mundo, creo que no he sido justo. Todos merecemos saber de dónde venimos y cuál es nuestro origen. Espero que puedas perdonarme por tantos años de silencio. No se lo tengas en cuenta a tu abuela, siempre pensé que*

*viviría más años que ella y no tendría que cargar con esto, pero una vez más, ha demostrado ser la más fuerte de la familia.*

*Como ya te imaginas, esto va sobre tu madre.*

*Tu madre se llama Aurelia. Era una mujer de pelo castaño, alta, de complexión delgada y con los ojos muy verdes. Más o menos una fotocopia tuya, o viceversa. Nos encontramos en la universidad, yo estudiaba Ciencias Políticas y ella iba para filóloga inglesa, como tú.*

*Creo que siempre te has preguntado en secreto de dónde te venía la pasión por las letras; bien, ahora lo sabes.*

*Nos pasamos nuestro noviazgo viajando cada vez que podíamos, nos encantaba viajar. Íbamos de camping en camping porque no teníamos ni un duro, yo leía y ella escribía. Un año y medio después, en una cabaña de montañeros del Pirineo aragonés, le pedí que se casara conmigo.*

*El sueño de tu madre era ser escritora. Publicaba columnas cómicas en periódicos y cuentos en revistas, pero no conseguía que ningún editor leyera sus relatos largos. Tenía empezados muchísimos libros, con uno o dos capítulos terminados, pero nada le convencía del todo como para seguir escribiendo.*

*Tenía cambios de humor muy extremos. Si las palabras fluían y conseguía terminar un capítulo, se convertía en la mujer más feliz del mundo. Me despertaba con café recién hecho, salíamos a cenar...*

*Pero si en cambio, se quedaba en blanco para continuar su historia o leía lo que había escrito el día anterior y no le gustaba, bebía demasiado, desaparecía durante noches enteras y pasaba por casa sin decir una sola palabra...*

*Sus cambios de humor marcaban el ritmo de nuestra relación, poco a poco aprendí a manejarlos. Ella simplemente estaba presente o estaba ausente. Era mi mujer o era una desconocida que se había quedado muda.*

*Un año después de habernos casado, un editor de Barcelona llamó mientras estábamos comiendo, tu madre cogió el teléfono, se sentó a escuchar, dijo muy pocas palabras y colgó.*

*Querían publicar su último libro con una tirada amplia de ejemplares y distribución internacional. Con firmas, charlas y todo lo que una escritora tenía que hacer para promocionar su novela.*

*Ana, sé que te estarás preguntando qué libros ha escrito tu madre y que estás deseando ir a una librería para comprar todos sus títulos. Te voy a contar un secreto, muchos de ellos ya los has leído.*

*Al fin y al cabo, siempre fue mi escritora favorita y tú te merecías leerla. Su seudónimo: Aure Balle.*

Era verdad, Ana devoraba libros. Era una de esas niñas de las películas que se van a dormir con un libro bajo la almohada y cuando le dan el beso de buenas noches enciende una linterna debajo de las sábanas. Lo de la linterna siempre le pareció muy incómodo, Ana prefería la lámpara de la mesilla.

Había leído muchos libros de Aure Balle, sin imaginar quién era la autora. Nunca había sido su escritora favorita, sus palabras le parecían demasiado descriptivas y sentía que se metía demasiado en los detalles sin importancia. Pero tenía una literatura agradable, lo que Ana catalogaba como un libro de playa.

Después de abrir la carta, se leyó de nuevo, con una nueva voz, todos los libros que había escrito su madre.

*Tras el lanzamiento de su primer libro, llegaron los viajes y la publicación de los siguientes. Aure consiguió ofertas de las mejores editoriales del país y publicó todos los títulos que le habían rechazado unos años antes.*

*Dos años después de su primer éxito vino su mejor libro: tú, su hija. Te tengo que confesar que fuiste un maravilloso accidente. Tu madre y yo discutíamos por dos razones: la manera de cocinar las recetas y nuestra descendencia.*

*Ella no quería tener hijos, yo sí. Cuando nos enteramos de que venías de camino, pensé que me diría que no quería tenerlo, por esas épocas abortar no era una opción segura. Nunca tuve muy claro si estaba contenta o triste, pero lo que sé es que siguió adelante.*

*Durante los meses de embarazo, me encontraba a tu madre leyéndote en voz alta a sus escritores favoritos, creo que es la culpable de que te acostaras más tarde leyendo a escondidas. Aunque creyeras que no me daba cuenta, la luz se veía por debajo de tu puerta, pero me recordabas tanto a ella que no podía prohibirte ser tal y como estabas destinada a ser.*

*Cuando naciste, seguí a la enfermera hacia la salita en la que te dejaron rodeada de otros recién nacidos. Sin duda eras la más guapa. Tenías sus ojos.*

*Con lo que ganaba de sus libros y las rentas de los pisos que heredé de tu abuelo, pude dejar de trabajar y dedicarme a cuidarte. Al principio fuimos una familia feliz que disfrutaba de su pequeña hija, siempre tuve la esperanza de que con tu llegada todo cambiara y no hubiera más huidas, pero como un río en una tormenta, volvió a su cauce.*

*Aure continuó con sus libros y sus crisis, pasando días enteros fuera de casa. A ti te amaba, te quería, te cuidaba, aunque a su manera. Pasaba tres días fuera y uno entero a tu lado, te cogía en su regazo y te leía en alto o te llevaba a pasear al Retiro. Hacía el papel de tía enrollada en vez del papel de madre.*

*Con el tiempo nos fuimos distanciando, yo me alejé de ella y ella de nosotros. Cuando estabas a punto de cumplir cuatro años, Aure entró en una crisis existencial. Decidió hacer algo que no hacía desde que naciste: viajar a un lugar en el que no había estado nunca: África. Al principio iban a ser dos semanas en Kenia, luego se convirtieron en un mes, luego en varios y finalmente llegó una postal de un león en la sabana. No me acuerdo de lo que he desayunado, pero después de tantos años y hasta arriba de pastillas todavía recuerdo palabra por palabra lo que estaba escrito en esa postal.*

*Qué curiosa es la memoria humana:*

*“Por primera vez, la vida me ha sorprendido siendo mejor que cualquier novela. Ana ha sido siempre mi mejor libro, pero creo que va a estar mejor contigo que con una madre que se preocupa más de sus personajes que de su hija.”*

*Después de esa carta se terminaron las llamadas y no hubo más postales. No era la primera vez que lo hacía, pero sí era la primera vez que desaparecía tanto tiempo estando tú. Yo tenía la esperanza de que algún día volvería, pero hoy, más de veinte años después, por fin la he perdido.*

*Parece que, acercándome al final, en esta cama de hospital con vistas a un parking, veo todo más claramente y siento que no te puedo privar durante más tiempo de tu madre.*

*Me arrepiento de haberlo hecho, pero te conozco y sabía que irías a buscarla en cuanto pudieras. Se me ponían los pelos de punta ante la idea de que me dejaras tú también.*

*Me acuerdo de la primera vez que fuiste a un viaje con el colegio, casi no firmo la autorización, tu abuela me obligó a hacerlo. Luego saliste tan viajera como ella, así que tuve que acostumbrarme.*

*Después de contarte todo esto tengo una mala noticia, no sé dónde está tu madre. A estas alturas puede estar en cualquier parte del mundo o en la calle de al lado.*

*Tras su marcha solo publicó un libro más, por lo menos bajo su seudónimo habitual: "Nairobi, su ciudad". Sí, ese también lo has leído. Tu madre mezclaba ficción y realidad en sus relatos. Estoy seguro de que entre los personajes y los lugares de ese libro hay algo de realidad.*

*Sé que es una locura, y no me puedo creer que esté aconsejando esto a mi hija, pero cómprate un billete hacia Nairobi (si no lo has hecho ya) y sigue los pasos del protagonista del libro.*

*Soy consciente de lo mucho que has querido siempre conocerla, espero que la encuentres. Si la ves, dile de mi parte que siempre la quise. Ten cuidado y cuida de tu abuela.*

*Cariño, espero que tu vida sea tan feliz como ha sido la mía a tu lado.*

*Te quiere, tu  
padre.*

*Juan*

## 2 El mercadillo de la carretera

Ana se despertó con la luz encendida y la carta en la mano. Miró el reloj, eran las 7.15 de la mañana y fuera había muchísima luz, si no hubiera mirado la hora, pensaría que eran por lo menos las 10.

Después de una ducha de agua áspera, cogió un gastado ejemplar de *Nairobi, su ciudad*, su agenda y salió a desayunar. La cocina del hotel se encontraba atravesando la recepción, al pasar, saludó a Makena, que estaba hablando por teléfono y respondió levantando la mano.

La recepcionista era más alta que Ana y eso que ella siempre se había considerado de buena estatura. El día anterior llevaba el pelo recogido en un frondoso moño, pero aquella mañana lo llevaba suelto y alborotado. Vestía una camisa de flores de manga larga, unos pantalones color beige y unas sandalias por las que asomaban unas uñas pintadas de rojo chillón.

El olor del hotel había cambiado, ahora olía a desayuno. El salón comedor era pequeño y agradable, la luz natural iluminaba la mesa del modesto bufé. Un chico demasiado joven para trabajar preparaba en directo tortilla con verduras, un plato estrella de los desayunos keniatas. Ana se sentó en una mesa junto a la ventana y se bebió el café mientras su tortilla se cuajaba en la sartén. Al otro lado de la sala, una pareja desayunaba planeando su día. Ella hablaba mucho y él asentía con la cabeza, parecía un hombre resignado a los mandatos de su esposa. Ambos tenían mucho acento inglés.

—Jon, tenemos que ir a dar una vuelta en coche por Karen, te van a encantar las casas de allí, son impresionantes. Luego podemos tomar

un café en el parque Karura, antes era un gran bosque en el que me perdí más de una vez, y ahora hay hasta un restaurante... —decía la mujer con la boca llena de tortilla. El cocinero interrumpió el espionaje indiscreto de Ana plantándole su desayuno en la mesa.

No había comido nada desde la comida del avión, así que empezó a devorar y abrió su agenda. Después de enterarse del oficio de su madre y de aceptar el plan que le proponía su normalmente cauto padre, se estudió *Nairobi, su ciudad*.

Había leído la novela haciendo un exhaustivo análisis de personajes y lugares que podrían existir realmente. Había visitado todas las bibliotecas y centros especializados en África de Madrid. Mientras lo hacía, le había dado mil vueltas al sentido de estar investigando la realidad a través de un libro de ficción.

*Nairobi, su ciudad* fue uno de los libros que menos le había gustado cuando lo leyó en su día y durante el análisis había reafirmado su opinión. Contaba la historia de Antonio, un europeo que viajaba a la capital de Kenia atraído por los mitos sobre África y sus costumbres.

Durante la historia, el protagonista se daba cuenta de que África en general, y Kenia en particular, eran un mundo que se parecía más al occidental que a lo que se decía en los cuentos de niños. El protagonista terminaba convertido en un importante comerciante de ébano.

Según la planificación del recorrido, el primer destino era aventurarse en el mercadillo de muebles de la carretera de Naivasha. Una de las vías principales de la ciudad. Una vez en el mercadillo tendría que buscar al primer personaje del libro y al primero que podría darle alguna pista sobre el paradero de su madre.

—¿Qué tal has dormido? ¿Es cómoda la cama? —preguntó Makena cuando Ana pasó por recepción de vuelta a su habitación.

—Sí, mucho, gracias. Quería pedir un taxi para ir al mercadillo de la carretera de Naivasha, ¿puede ser?

—Sí claro, Abuya acaba de traer a un cliente, no sé cuánto tiempo quieres estar allí, pero si quieres le digo que te espere —dijo Makena temiendo por la integridad de una turista en un mercadillo local.

—Genial, estaré allí alrededor de media hora —calculó Ana.

—¡*Hakuna Matata!* Ningún problema —contestó Makena sabiendo lo que le gustaba a los turistas oír coletillas en suajili de vez en cuando.

Ana se fue a coger algunas cosas y Makena se quedó pensando en lo curiosa que era esa huésped. Una chica sola, de apariencia tímida y que desde luego no parecía la típica turista. Normalmente los viajeros pedían taxis para visitar el orfanato de elefantes o ir al mercado masái, no para visitar un mercadillo local de venta de muebles. Ni siquiera había esbozado media sonrisa al oír una expresión tan sonada y de la que poca gente conocía el significado. Si no reaccionaba al *Hakuna Matata*, era, sin duda, una turista especial.

Abuya la esperaba abajo con el motor encendido y con la misma simpatía que la noche anterior. Salieron del recinto del hotel en el que había otro guardia diferente con la misma metralleta y se incorporaron a una carretera pequeña.

Ana vio la calle de día y era exactamente como la había imaginado. Una carretera comarcal en la que las cunetas hacían la función de ace- ras y los profundos baches eran los protagonistas.

Los lados eran pequeños descampados con edificios que no pasa- rían una inspección técnica y coches aparcados. Había mucha gente que andaba o esperaba a los *matatus*, los autobuses africanos con aforo ilimitado.

Los *matatus* eran los reyes de la carretera, eran de colores chillones, con luces, con música o con cualquier cosa que llamara la atención. Los ciudadanos se montaban en ellos y se apelotonaban en su interior.

Las motos funcionaban como taxis que se colaban entre los coches y eran perfectas para llegar a tiempo en una ciudad que vivía atascada. Los taxistas moteros iban con chalecos reflectantes y cogían pasajeros que viajaban con cara de susto ante las maniobras de los conductores.

Se incorporaron a una carretera un poco más grande y de pronto Ana sintió que ya había estado allí. A pesar del tiempo, todo seguía tal y como su madre lo había descrito en la novela, resultó ser bastante buena en las descripciones. El mercadillo de muebles aparecía detrás de un cruce y se convertía en un mar de estructuras marrones distribui- das en sectores. Entre los puestos, los artesanos trabajaban la madera y un ruido de sierras y martillazos se mezclaba con los motores de los coches.

—Déjame por allí —dijo Ana al conductor sin saber muy bien cuál sería el lugar indicado.

Pararon donde los muebles de madera empezaban a convertirse en un laberinto de puestos inescrutables. El mercadillo parecía enorme y superaba con creces al rastro donde Ana iba los domingos. Se dio cuenta de que probablemente tardaría más de media hora.

—Abuya, me esperas aquí entonces —dijo Ana sintiendo cierto miedo ante la idea de meterse en aquel jaleo.

Abuya emitió un sonido que Ana entendió como una afirmación. Por si acaso cambiaba de idea, extendió un billete pequeño hacia el conductor, que este cogió con un asentimiento fuerte de cabeza, aceptándolo así como propina.

El personaje que buscaba era una mujer tuerta llamada Mumbi. En el libro tenía unos cuarenta años, así que, si era real, estaría rondando los sesenta o setenta. Antonio, el protagonista de la novela, la había conocido en una tienda de regalos de esa zona.

Al bajarse del coche, notó varias miradas sobre ella y oyó que algunos decían: *mzungu*, que significa blanco. No sabía hacia donde dirigirse, así que optó por adentrarse en la selva de puestos.

Los vendedores la perseguían ofreciéndole precios supuestamente buenos y Ana empezaba a sentirse incómoda con tanto acoso verbal. El inglés por la zona no era muy alto, el vocabulario no salía de palabras como: precio, buen precio o más barato.

Ana sentía que la miraban con dólares dibujados en las pupilas, como si fuera a comprar algo muy caro que pudiera arreglarles el mes. Analizando la situación, era lo más lógico al ver a una turista dando una vuelta por un mercadillo.

Ana vagaba por los puestos de camas y veía a varias señoras mayores que encajaban con la descripción, a excepción de un detalle, tenían los dos ojos. Intentaba preguntar a los dueños de los muebles, pero nadie sabía nada o no entendían que quería decir.

Ana se puso a pensar qué estaba haciendo. Había planeado todos los pasos del viaje, pero no tenía ni idea de lo que haría cuando encontrara las pistas que andaba buscando.

Mientras preguntaba a un señor mayor que no se estaba enterando de nada en una zona muy abarrotada, notó un ligero roce en la espalda. Su cartera había desaparecido, un hormigueo le subió por las piernas y decidió volver al coche a pensar una manera mejor de afrontar su misión.

Se sentó en el asiento de atrás y Abuya condujo hacia el hotel sin mediar palabra. El corazón le latía rápido mientras la sensación de inseguridad le envolvía la mente. Por suerte seguía teniendo su pasaporte, podría haber sido peor.

Al bajarse del coche, entró como una furia en el hotel pensando en lo poca exitosa que había sido su primera salida y pasó por recepción sin saludar ni mirar a Makena. Cerró de un portazo su habitación.

Su mente volaba deprisa de un pensamiento a otro, oscilando entre lo ridícula que había sido su actuación en el mercadillo y lo todavía más ridículo que era encontrar a su madre a través de los personajes de un libro de ficción en un país desconocido.

Su padre había escrito esa carta con mucha morfina en las venas y la mente muy poco lúcida. Quizá había sido solo una ensoñación que sus libros mezclaban la ficción y la realidad o quizá fuera verdad, pero de ahí a dar con los personajes y su madre en Nairobi, había un gran camino que recorrer.

Unos nudillos golpearon la puerta de la habitación de Ana.

—¿Todo bien? —preguntó la voz de Makena al otro lado —te he visto pasar rápido y Abuya me ha contado que tenías bastante mala cara. Parece que no se da cuenta, pero es todo un observador.

—Sí, todo bien, no me ha sentado muy bien el desayuno —mintió Ana disimulando la rabia de su voz y las lágrimas de impotencia que querían salir de sus ojos.

—Oh, vaya, a algunos viajeros les pasa los primeros días. Si necesitas cualquier cosa me dices —los pasos de Makena se alejaron por el pasillo.

Ana estaba sentada en el escritorio de la habitación, releyendo la carta de su padre y planteándose qué hacía en Nairobi. Cuando empezó a planear esta aventura ni siquiera se había imaginado que podría tener problemas de comunicación.

Su primer intento había salido mal y siendo sincera con ella misma, las ganas de rendirse habían aparecido. Toda su vida se había preguntado quién era su madre y por qué les había abandonado, no podía abandonar ella también a la primera de cambio.

Su principal problema había sido el idioma. A pesar de que el inglés era una de las lenguas oficiales del país, no todos los habitantes lo hablaban bien. Sin suajili no podría encontrar a la mujer tuerta.

Necesitaba un traductor de confianza. O mejor aún, una traductora de confianza y que le diera seguridad: Makena. Se sentó en uno de los sofás de la recepción y esperó a que la recepcionista colgara el teléfono.

—Makena, sí que necesito algo —le dijo Ana mientras se levantaba del sofá.

Ana le contó la historia de su madre, la muerte de su padre y la carta que la había llevado hasta Nairobi. También le informó de su plan y le relató el fracaso de la primera parte de la expedición. Makena asentía con la expresión de condolencia que la gente solía adoptar cuando Ana hablaba de su madre.

—Esos comerciantes de los mercadillos de la carretera de Naivasha solo quieren vender. A veces hablan más inglés del que parece, pero no les interesa que los turistas lo sepan —dijo Makena.

—Verás Makena, he pensado que lo único que me puede ayudar ahora mismo es una persona que hable suajili e inglés y que me pueda ayudar a entenderme con ellos y encontrar a la tuerta.

Ambas se quedaron en silencio pensando, Ana esperando a que Makena se ofreciera voluntaria, y Makena dándole vueltas a la historia de su huésped.

—¿Puedes ayudarme? ¿Puedes ser mi traductora? Te pagaré —dijo Ana ante el silencio de la recepcionista. No quería pedírselo tan directamente, pero parecía que la indirecta no había tomado un buen camino.

—Claro que te ayudaré. En mi familia tenemos un dicho: “Acepta dinero solo de aquel que quiera tus favores para enriquecerse”. No creo que quieras ganar dinero encontrando a tu madre... a no ser que te de la paga atrasada de todos estos años —bromeó Makena y ambas rieron.— Terminó de trabajar a las 16.00h. Nos vemos aquí mismo a esa hora.

A la hora prevista Ana y Makena estaban sentadas en la parte de atrás del coche de Abuya. Pasaban entre el desorganizado tráfico de Nairobi mientras Makena hacía las funciones de guía.

—Los caminos en coche para cruzar la ciudad no son muy variados, en poco tiempo las calles empezarán a sonarte —dijo Makena.— Si aquí hay baches no te quieras ver conduciendo por una de las calles del centro. Esa parte de la izquierda es Kibera —dijo señalando un laberinto de tejados marrones con pinta de chabolas que se extendía bajo la carretera— muchas zonas ni siquiera están asfaltadas.

Abuya aparcó en el mismo sitio. Caminaron hasta la zona de las camas y Ana notó que les interrumpieron muchos menos vendedores que cuando vino sola. Makena se metió decidida en la marea de gente y Ana la seguía pisándole los talones.

—Pero, ¿dónde vas tan directa? —preguntó Ana levantando la voz entre el barullo, ante lo que Makena se giró sonriendo.

Makena se paró en un puesto de armarios y un chico joven salió a recibirla efusivamente y saludó con un apretón de manos a Ana diciendo *jambo*, que significaba hola en suajili. A partir de ahí Ana no entendió nada más.

Makena y el chico hablaban y la miraban mientras ella les sonreía con las manos en los bolsillos, como una niña cuando sus padres hablan de ella en tercera persona con sus amigos adultos.

—¿Quién era? —preguntó Ana.

—Un viejo amigo, su familia tiene aquí un puesto. Lleva trabajando en este mercadillo desde que es un niño y siempre ha sido famoso por ser bastante cotilla. Mis sospechas se han confirmado, sabe a quién buscamos. No conoce a tu madre, pero sí a Mumbi. La encontraremos a unos diez minutos caminando, en el primer puesto de sillas.

Ana había venido con la idea de encontrar a los personajes del libro de su madre sin la total certeza de que fuera a funcionar. Cuando supo que la señora Mumbi era real, el nudo del estómago que la acompañaba en ese viaje se apretó muy fuerte. Si encontraba a Mumbi significaba que podría encontrar a su madre.

Supieron que habían llegado cuando el mar de camas se convirtió en un océano de sillas. Un chico de la edad de Ana que parecía el dueño del primer puesto cerraba un trato con unos clientes. Cuando terminó, Makena se dirigió a él y de nuevo Ana se quedó de espectadora de una película sin subtítulos.

—Encantado —dijo el chico en inglés dándole la mano a Ana.— Se- guidme y os presentaré a mi abuela.

Llegaron a una casa baja en una calle sin empedrar que tenía dos sillas muy bonitas en un pequeño porche. En una de ellas había una señora muy mayor apoyada en su bastón mirando al frente con un solo ojo y sin hacer nada.

Ana recordó que en su paseo en solitario había pasado por allí, o quizá le parecieran todas las calles iguales. El chico se puso a hablar con la mujer y ellas se quedaron un poco retiradas.

—Le está diciendo que una *mzungu* quiere hablar con ella sobre otra *mzungu* de hace tiempo —radió Makena mientras el chico les hacía un gesto para que se acercaran.

Makena inició el corto paseo hasta la señora, seguida de Ana. La señora se quedó mirando a Ana y dijo algo. A partir de entonces Makena hizo de traductora entre ambas. Ana empezó su discurso mientras Makena traducía.

—Muchas gracias por recibirme. Estoy buscando a mi madre, que estuvo aquí hace unos veinte años. Era escritora y escribió su libro bándose en su viaje a Nairobi. Creo que uno de los personajes es usted, ¿la recuerda? Se llama Aurelia —dijo Ana.

—Aurelia... tienes unos ojos muy bonitos, iguales a los de ella —trajo Makena.

—¿Entonces conoció usted a mi madre? —preguntó Ana mientras la señora volvía a su asiento y el nudo se tensaba. La mujer gritó algo al chico, que se fue corriendo y volvió al instante con otra silla. La mujer les hizo un gesto y las dos chicas se sentaron a su lado. Makena en medio de ambas.

—Sí, la conocí. Era una mujer inteligente y rebelde. En esa época yo era veinte años más joven y como llevo haciendo toda la vida, trabajaba en el mercadillo en el que habéis encontrado a mi nieto —dijo Makena traduciendo mientras la mujer señalaba al chico que nos había acompañado.

Su voz era ronca e iba parando para que Makena tradujera sus palabras.

—Todas las tardes aparecía por aquí y nos íbamos a dar largos paseos por el barrio. La primera vez que la vi, vino con la excusa de comprar un mueble, buscando alguien que le contara cómo funcionaba el mercadillo. Cuando la conocí me quedé embelesada con sus ojos verdes. Eran exactamente iguales que los tuyos. Al principio mi marido vio mi amistad con la *mzungu* como una oportunidad para hacer dinero, pero al darse cuenta de que solo nos íbamos a hablar y no traía nada a la vuelta, me prohibió hablar con ella. A mí las conversaciones con tu madre me abrían los ojos y me hacían soñar con otros mundos. A cambio

de sus historias yo le hablaba de Kenia y de nuestras costumbres, ella estaba completamente fascinada con nuestro país e iba escribiendo en una agenda roja mientras charlábamos. Bastante a menudo me habló de ti y de tu padre, me dijo que había tenido que irse una temporada porque no encontraba nada sobre lo que escribir. A mí me fascinaba que una mujer pudiera vivir de lo que salía de su mente. Un día desapareció sin más explicaciones —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Por qué se fue? ¿Te contó cuáles eran sus planes? —preguntó Ana impaciente cuando la mujer cogía aire.

—Ella no había venido aquí solo a escuchar las historias de una señora mayor africana como yo. Había venido buscando inspiración para su novela y sinceramente, inspiración para su vida. Nunca me dejó muy claro qué le pasaba, pero me decía que estaba perdida, que no era feliz en el sitio del que venía.

—Sus historias le sirvieron, de hecho, la he encontrado porque es usted uno de los personajes del último libro que publicó —dijo Ana sacando el libro de su mochila— mire, usted sale al principio del todo.

La señora cogió el libro entre las manos y lo abrió con la torpeza de alguien que lo hace casi por primera vez.

—Tu madre me intentó enseñar a leer, y pude descifrar algunas palabras, pero nunca llegué a aprender del todo —dijo la mujer cerrando el libro.

—¿Y sabe dónde se dirigió? —preguntó Ana. Mientras Makena traducía su pregunta, se dio cuenta de que esa mujer que acababa de conocer sabía más de su madre que ella misma.

Tenía una sensación agri dulce, le estaban hablando de una persona que ahora mismo era el centro de sus pensamientos y acciones, pero a la que realmente no conocía de nada.

Cuando la mujer africana le contaba la historia, Ana la visualizaba veinte años más joven, pero no conseguía imaginarse a su madre. Sí, tenía fotos suyas y la gente decía que se parecía a ella, pero no sabía cómo hablaba, cómo caminaba o a qué olían sus jerseys.

—No, lo siento, no me dijo nada. Runo tampoco lo mencionó.

—¿Runo? ¿Quién era Runo? —preguntó Ana saliendo de sus pensamientos.

—Bueno no pensarás que tu madre vino aquí sabiendo suajili y como ves yo no hablo inglés. Al poco tiempo conseguía entenderme,

pero necesitó, al igual que tú —dijo señalando a Makena que seguía traduciendo simultáneamente lo que la mujer decía— un intérprete.

—¿Dónde puedo encontrar a Runo? —preguntó Ana pensando en el nombre.

—Cuando yo le conocí, trabajaba de intérprete, solo sé eso. Si la ves, dale recuerdos de mi parte. Tu madre me dijo una vez que los libros te hacen viajar sin moverte, espero que este —dijo devolviéndole a Ana el ejemplar de *Nairobi, su ciudad*— te transporte de verdad. Mucha suerte niña.

La mujer se levantó cansada para despedir a sus invitadas y estas se marcharon en silencio por donde habían venido.

Runo, Runo... Intérprete... El comerciante de Nairobi tenía un intérprete que le acompañaba a todas partes, pero la escritora nunca mencionó su nombre. Cuando se montaron en el coche con Abuya, Ana buscó entre las páginas del gastado libro, el primer momento en el que aparecía el intérprete:

“El comerciante llegó a la pequeña oficina de información turística del aeropuerto para contratar un intérprete. Desde ese mismo momento, el traductor le acompañó a lo largo de sus negocios hasta que tuvo tanta fluidez en el idioma local, que no le necesitó más”.

### 3 De camino al Masái Mara

—¿Podemos ir a la oficina de turismo del aeropuerto? —preguntó Ana nada más montarse en el coche.— Makena, ¿te importa? Como ya no es tu horario de trabajo igual quieres que te dejemos en algún sitio.

—El aeropuerto está a unos 50 minutos sin atasco —contestó Abuya en tono de queja. Ana empezaba a estar un poco harta de sus contestaciones.

—Sí, lo sé, igualmente vamos a ir si Makena no tiene nada que hacer y le apetece. Te pagaré lo que dicen las tarifas del hotel.

—Vamos Abuya, vamos al aeropuerto —dijo Makena con un tono tranquilo.— Por cierto, yo vivo en el hotel, en la planta de arriba vivimos los empleados.

Abuya arrancó el coche y condujo en silencio.

—No lo sabía —respondió Ana pensando en que la idea de Makena durmiendo en el mismo edificio era tranquilizadora.

Eran las seis de la tarde y ya era de noche en Nairobi, anocheecía realmente pronto. A Ana le resultaba raro perder tan pronto la luz con el calor que hacía, los anocheceres tempranos no eran algo muy veraniego.

Durante el camino hacia el aeropuerto en busca del guía, Makena y Ana pusieron en común sus impresiones sobre la conversación con la tendera. Si esa mujer conocía a su madre significaba que todo podía ser real y que las pistas que le diera el libro podrían llevarla realmente hasta su objetivo.

Era solo el primer paso, pero significaba mucho para ella. Ana era una persona de pensamientos fugaces y obsesivos. Cuando algo llegaba a su mente, le daba vueltas y buscaba todos los caminos posibles para lograr cumplir su meta. Hasta que no lo conseguía no paraba.

Si le daba por salir a correr, se apuntaba a todas las carreras populares y era muy constante hasta que de pronto, se aburría de ello y lo abandonaba. Cuando alguien le contaba que su cuñado tenía una enfermedad rara, se pasaba horas y horas pensando que padecía esos síntomas, y como todo el mundo hipocondríaco, siempre los tenía todos. La mayoría de sus pensamientos pasaban a ser obsesiones de una temporada y luego se iban, menos uno que se quedaba siempre. Durante toda su vida le había perseguido un mismo tema: ¿por qué les

había abandonado Aure?

Durante sus primeros años vivió en una mentira creada por su padre y su abuela: su mamá estaba de viaje. Cuando llegó a la preadolescencia y las inseguridades poseyeron su vida, estaba convencida de que su madre se esperaba otro tipo de hija y que se había marchado porque no la quería.

La inseguridad le dio paso al odio hacia su madre por haberse ido y a su padre por no saber dónde estaba, hasta que dejó de darle importancia. Ahora estaba allí en un coche con dos desconocidos que la estaban acompañando en la búsqueda.

Makena tenía una personalidad que Ana querría tener como amiga. Ese tipo de gente que da una buena impresión, de las que parece que te lo ha contado todo pero siempre consigue sorprender con alguna anécdota envidiable y mucho más interesante de lo que Ana consideraba cualquiera de las suyas propias.

Ana en cambio, se ganaba fama de borde y de desagradable en las primeras impresiones, todo por su obsesión de parecer dura y fuerte. Con el tiempo y si se dejaba conocer, podía ocurrir que fuera sorprendente llorando viendo *Titanic*. No le gustaba sembrar esa fama, no representaba su verdadero yo, pero con los años se había acostumbrado a ello.

Makena venía de Nanyuku, un pueblo a unos 200 km al norte de Nairobi. El pueblo estaba cerca del Parque Nacional del Monte Kenya, en la frontera entre el condado de Nyeri y el condado de Meru.

Makena decía que desde algunos puntos, cuando no había niebla, se podía ver claramente la silueta de la montaña más alta del país y la segunda del continente después del Kilimanjaro.

Su pueblo era un lugar de paso para turistas que iban de alpinismo o de excursión. La familia de Makena tenía una tienda de artículos de deporte que se podían olvidar los excursionistas: guantes, gafas de sol, deportivas, sandalias, etc.

Su padre era un hombre de negocios a pequeña escala, tenía acuerdos con la mayoría de los guías para que llevaran a los viajeros des- pistados a su tienda. Makena siempre había compaginado sus estudios en la escuela del pueblo con su trabajo tras el mostrador, donde había aprendido inglés.

Cuando cumplió 18 vino a Nairobi a trabajar al hostel, que pertene- cía a un antiguo guía amigo de su padre. Siempre había querido vivir en la capital, pero echaba de menos el olor a hierba mojada cuando llo- vía e ir caminando a los sitios, en Nairobi todo era en coche o *matatu*.

En el aeropuerto, Makena sabía dónde estaba la oficina de turismo, así que fue indicando a Abuya. Él se quedó esperando fuera y ellas se bajaron. La oficina era un pequeño mostrador situado al lado de una cafetería que servía cafés, samosas, dulces y cerveza *Tusker*, la marca local por excelencia.

Detrás del mostrador había una chica de la edad de Ana que te- cleaba en un gran ordenador, llevaba el pelo recogido en un moño, una camisa blanca y un pañuelo amarillo al cuello. En la chapa identificativa aparecía una bandera británica, así que Ana se lanzó a preguntar sin necesidad de traductora.

—Hola, estoy buscando a un intérprete para mi viaje —dijo Ana a la chica, que levantó la vista del ordenador.

—Hola, esto es la oficina de turismo, no tenemos servicio de in- térpretes —dijo la agente de viajes con una sonrisa demasiado amplia como para ser de verdad.

—Entonces quiero un guía turístico —dijo Ana.

—¿Para qué? ¿Safari, Nairobi, Kibera? —respondió la empleada con la misma sonrisa, pero con un tono de voz más tenue.

—Quiero el recorrido que haga un guía en concreto, un guía lla- mado Runo, me lo han recomendado —respondió Ana.

—¿Sabes el apellido? —preguntó la empleada.

Habían pasado más de veinte años y Ana no sabía ni apellido, ni edad, ni procedencia. Era como buscar una lentilla en una piscina y sin gafas. En todo ese tiempo puede que no estuviera trabajando allí, que se hubiera ido de la ciudad o cualquier otra cosa...

—No, no me sé el apellido, me lo recomendó una amiga que estuvo aquí hace tiempo —dijo Ana.

—Hace mucho tiempo —apuntó Makena.

—Tendrá unos cuarenta o cincuenta años —dijo Ana haciendo un cálculo rápido, si Runo tenía aproximadamente la edad de su madre cuando se conocieron, rondaría ahora esos años.

—Bueno, miraré en los archivos de la empresa, pero ya te digo que con esos datos es un poco difícil —dijo la chica haciéndose la remolona. Makena hizo un gesto a Ana mientras la dependienta tecleaba con bastante menos ímpetu que cuando habían llegado. Makena señalaba a la recepcionista con la cabeza y luego miraba hacia su propia mano con la que estaba frotando rápidamente dedo índice y pulgar. Ana sacó su cartera y deslizó un billete de 500 shilings por el mostrador.

—Runo Kimani, 45 años —dijo la dependienta pasados unos segundos cronometrados con un impetuoso ruido de teclas y el moño de la que tecleaba moviéndose al compás— hace las rutas del Masái Mara.

—Genial, ¿dónde puedo verle? —respondió Ana mientras el nudo que la acompañaba desde que aterrizó en Nairobi se volvía a soltar ligeramente.

—Tiene una salida para un safari por el Masái Mara programada para mañana y sobra justo un sitio —dijo la chica levantando por fin la vista del teclado.

—Pero habrá manera de verle sin contratar la salida al Masái Mara —respondió Ana. Siempre le había gustado la idea de hacer un safari, pero no creía que ese fuera el viaje indicado para ir a ver leones —un sitio al que suela ir, su dirección, un teléfono.

—Lo siento, no puedo facilitarle esa información, es información personal y confidencial —dijo la dependienta perdiendo el interés ante la idea de no ganar una comisión con esa clienta.

—¿Desde dónde y a qué hora sale el safari? —preguntó Ana deslizando otro billete sobre el mostrador ante el gesto repetitivo de Makena.

—Lo siento, si no lo contrata no puedo darle esa información —respondió la empleada mientras cogía el billete.

Ana salió del aeropuerto con una plaza para un safari que saldría al día siguiente a las 11 de la mañana desde la Torre *Yala*, en el centro de la ciudad. La mujer había sido impasible y obviamente se había quedado con la propina.

Safari significaba viaje en suajili, pero las visitas de occidente a ver animales fuera de sus zoos habían convertido la palabra en un término sin significado. Su significado real se había olvidado más allá de las fronteras, se representaba en el imaginario de las mentes occidentales como un jeep recorriendo la sabana africana.

Tras la muerte de su padre, Ana se había pedido una excedencia de unos meses en su trabajo como profesora en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Todavía no había tenido fuerzas para liquidar la herencia, así que estaba viajando con sus escasos ahorros y el safari acababa de descuadrarle las cuentas.

—Te he dicho que le dieras propina, no que le subieras el sueldo. ¡Le has dado bastante más de lo que seguramente cobra por hora! Encima has acabado contratando el safari... te tengo que enseñar a negociar si quieres sobrevivir en Kenia —dijo Makena riéndose mientras se dirigían al coche.

Cien chelines kenianos equivalían a un dólar aproximadamente, y de ahí había que pasarlo a la moneda española. Si Ana ya tenía problemas para tener una economía sana en su moneda, con el cambio a los chelines keniatas no sabía si estaba pagando cinco o cincuenta.

A la mañana siguiente, Ana se despidió de Makena y esta le dio un pequeño diccionario de inglés–suajili por si le hacía falta en su viaje y una pequeña navaja suiza que según la recepcionista, siempre venía bien. Una de las dos cosas no la llegó a utilizar nunca. Ana se montó en el coche de Abuya con una pequeña mochila para tres días y dirección hacia la furgoneta que la llevaría en un viaje de 6 horas dirección Masái Mara.

El centro de la ciudad estaba lleno de gente muy variopinta. Gente de traje que iba al trabajo y gente cuya única posibilidad era vagar entre los coches con las palmas hacia arriba. Por los lados de la atascada calle principal aparecían mujeres con bebés muy pequeños atados con un pañuelo, chicos jóvenes vendiendo fruta y niños mendigando. Ana iba, como todos los turistas que no quieren ver la realidad, con la cabeza baja evitando sus miradas.

En la dirección indicada había una furgoneta con los pasajeros mirando por la ventana con cara de aburrimiento y un hombre que leía el periódico fumando apoyado en el capó. El coche no era el todoterreno que aparece en las películas, se asemejaba más a una furgoneta *hippie* fabricada en los años sesenta.

El fumador era alto, de espaldas anchas, con unos músculos que resaltaban debajo del polo de manga corta color negro que llevaba. Tenía las facciones cuadradas y los ojos tapados por unas pequeñas gafas de sol.

—¡Jambo! Tú debes ser Ana —dijo en un inglés bastante bueno cuando esta se bajaba del coche— yo soy Runo. ¡Te estábamos esperando!

Al subirse en la furgoneta, saludó con la cabeza a los otros siete pasajeros y se sentó en el único sitio libre. Se acomodó como pudo en el pequeño espacio que quedaba en la última fila y entre los dos turistas de talla grande se abrochó de mala manera el cinturón de seguridad.

La distribución de los asientos era de dos por fila, dejando en el medio un pasillo, a excepción de la parte de atrás que tenía tres juntos. La única ventaja es que podía estirar las piernas.

El coche arrancó con Ana pensando en las seis horas de viaje con el personaje del libro de su madre sentado en la otra punta del vehículo. El conductor hacía de guía turístico mientras salían de la ciudad elevando la voz por encima del ruido del motor y de los baches. Sin duda, si ese era el vehículo del safari, el ruido podría molestar a algún que otro felino.

Los baches eran los protagonistas del viaje, cuando eran profundos y la velocidad alta, las cabezas de los desafortunados pasajeros de la última fila tocaban de vez en cuando el techo. Unas risas nerviosas a las que Ana se unía seguían a cada golpe.

Entre socavón y socavón iban saliendo de Nairobi pasando por barrios repletos de mercadillos de ropa y verduras a los lados de las calles. Las carreteras se ensanchaban ligeramente y los camiones se convertían en los dueños de la pista.

Cuando un camión demasiado grande como para hacer las curvas a más de cuarenta kilómetros por hora entraba en acción, provocaba una cola de camiones más veloces, furgonetas, coches y motos que adelantaban peligrosamente. A pesar del caos de coches que reinaba en Kenia,

las bocinas y los insultos de los conductores, tan frecuentes en los autos madrileños, no se oían demasiado.

Cuando llevaban una hora de viaje, Runo anunció que iban a parar en el mirador del Valle del Rift. El Gran Valle del Rift, se extendía durante aproximadamente seis mil kilómetros desde Mozambique hasta el Líbano, cruzando el mar Rojo y la región de los grandes lagos de África.

La carretera serpenteante hasta el Masái Mara, circulaba por lo alto de una de las montañas que hacían sombra sobre el gran valle. Los habitantes del lugar, siempre atentos a lo que atraía a los turistas, habían plantado en el punto con mejores vistas varias tiendas de regalos y bebidas.

El precipicio estaba protegido por un pequeño muro en el que se acumulaban grandes cámaras de fotos y turistas posando con los dedos dibujando el símbolo de la victoria. Ana no se quedó atrás e hizo unas fotos de la espectacular vista.

La llanura verde se extendía hasta que el horizonte, en el que empezaban a crecer las montañas, se la tragaba fundiéndola con el cielo. Los diferentes tonos de verde se mezclaban con marrones tierra que completaban el paisaje que el europeo medio se imaginaba de África.

Mientras el resto compraban platos con rinocerontes estampados y figuritas de ébano a un precio considerablemente superior a su valor, Ana observaba a Runo. El guía estaba hablando alegremente con los conductores de otras furgonetas mientras fumaba sin parar.

Parecía un hombre simpático, Ana tenía que encontrar la forma de acercarse a él. Para empezar, físicamente deshaciéndose del peor asiento de la furgoneta, y para continuar, haciéndose su amiga.

De vuelta en el coche, con sus dos robustos compañeros de asiento, el calor y las curvas empezaron a hacer efecto. Cuando pararon en Narak, el último pueblo con cajero automático antes del Masái Mara, Ana salivaba más de la cuenta y un sudor frío le recorría la frente y el pecho. Salió del coche y tomó aire mientras el resto sacaba dinero, ella ya llevaba efectivo.

—¿Qué tal? ¿Te está gustando el viaje? Ya solo quedan unas dos horas para llegar — dijo Runo mientras leía el periódico por donde lo había dejado y se fumaba un cigarro cuyo humo aumentaba el malestar de Ana—. Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

—Las curvas no me están sentando muy bien —dijo Ana apartando con la mano el humo del cigarro que le llegaba directo a la nariz.

—Ponte ahora de copiloto, que queda la parte más divertida del viaje —respondió Runo dibujando con la mano curvas en el aire.

En Kenia se conducía por la derecha, era la primera vez que Ana se sentaba de copiloto en un coche de estilo inglés. A pesar de que no superaban los setenta kilómetros por hora, la sensación de peligro a ese lado del vehículo, hacía a Ana apretar instintivamente el lugar en el que se encontraría el pedal de freno cuando llegaba una curva cerrada.

A cada kilómetro que recorrían, el paisaje se iba volviendo más rural, y los pueblos se hacían más pequeños y austeros. Las aldeas estaban formadas por casas bajas hechas de chatarra y chapas de colores aleatorios a la vez que desgastados.

En algunas de estas humildes construcciones colgaban letreros de “tienda de regalos”, “farmacia”, “pensión”, etc. Igual que en Nairobi, la distancia entre las casas y la carretera estaba salvada por un trozo de tierra en el que la gente se apelotonaba.

Ana se dio cuenta de que en occidente siempre había que estar haciendo algo, caminando hacia algún sitio, trabajando, llegando tarde... Sin embargo, allí había mucha gente que no estaba haciendo nada en ese preciso instante: gente sentada observando qué pasaba alrededor, tumbados a la sombra de un árbol o viendo pasar los coches.

Por los pueblos que recorrían, los habitantes se apelotonaban admirando una moto, lavando un coche viejo o cargando con fruta del mercadillo en grandes cestas. Las motos eran más abundantes que en la capital, y a veces tenían pasajeros especiales, como una cabra atada al asiento de atrás o una familia al completo sobre dos ruedas.

Los baches empezaron a aumentar a medida que los pueblos escaseaban. Grupitos de niños con mochilas de colegio caminaban por el arcén hacia un colegio que no se veía en el horizonte. Los niños saludaban alegremente y a veces corrían detrás de la furgoneta.

Unos kilómetros más tarde pasaban por el austero colegio al que los niños se dirigían, ir al colegio en una zona rural africana no era coger el bus escolar. Unos kilómetros después, algunos niños cambiaban la mochila por el palo de pastor y estaban en el campo pastoreando el ganado de la familia. Muchos no eran más altos que una de las ovejas, aún así, llevaban el rebaño sano y salvo.

Empezaron a aparecer los primeros masáis. Eran altos, delgados e iban vestidos con una manta de cuadros típicos que les hacían fácilmente reconocibles, Ana pensaba que se asemejaba mucho a una manta de picnic. Esta tribu, una de las más antiguas y tradicionales de África, se extendía por todo el parque nacional del Masái Mara y el Amboseli de Tanzania.

A pesar del calor que hacía, la manta masái, llamada *shuka*, les cubría el cuerpo dejando libre un solo hombro y las piernas. Algunos lo combinaban con vaqueros o la llevaban atada a la cintura. A medida que se acercaban al Mara, el número de masáis iba aumentando.

Eran una tribu de guerreros y ganaderos de tradiciones antiguas. Los niños se encargaban de cuidar el ganado, las mujeres ordeñaban, limpiaban y arreglaban la casa, mientras que los hombres se convertían en guerreros a través de un duro ritual.

Vivían en aldeas de casas circulares hechas de paja y barro llamadas zamoras y tenían su propia lengua, aunque hablaban también suajili. La globalización había llegado a la tribu, algunos hombres trabajaban en los hoteles como vigilantes y grupos de mujeres vendían collares y bisutería a los turistas que iban de safari.

Runo señaló a la derecha, y muy cerca de la carretera se veía un rebaño de cebras y alguna jirafa a lo lejos. El hombre domesticaba y encestaba a todo animal que le ayudara a cumplir algún propósito. La cebra, prima hermana de los caballos y los asnos, nunca había conseguido ser domesticada, era la resistencia de la familia de los équidos.

Como estaba siempre expuesta al peligro de ser devorada, reaccionaba de manera muy agresiva a cualquier contacto no autorizado. Algunas habían caído en la trampa y habían sido capturadas, pero no domesticadas por mucho tiempo. Las cebras eran grandes mordedoras, herían a más empleados de zoológico con sus mandíbulas que un tigre. A los lados del camino aparecieron vallas más cuidadas que las de los pueblos y carteles con nombres de hoteles. El guía fue haciendo paradas dejando a los pasajeros y diciéndoles que les recogería mañana para el primer día de safari.

Con el atardecer llegaron al hotel de Ana, donde tres masáis aparecieron y cogieron su equipaje. El recinto estaba compuesto por una casa principal en la que se encontraba el comedor, la recepción y la entrada al campamento.

En el jardín rodeado de árboles había unas quince cabañas con cama, baño propio y por supuesto, mosquitera. Ya eran las siete de la tarde y empezaba a refrescar. El calor del día se iba dejando paso a una suave y agradable brisa. Ana se moría de hambre así que fue a cenar al pequeño buffet compuesto por platos típicos de arroz y carne.

Durante la cena, un agradable olor a leña quemada llenó la estancia. Fuera, en el jardín, había una pequeña hoguera con sillas alrededor. Con una cerveza como acompañante, Ana se sentó en una de las sillas al calor del fuego.

Cuando se acomodó, uno de los masáis que deambulaban por el campamento se acercó a la hoguera y empezó a avivar el fuego. Llevaba la *shuka* tapando uno de sus hombros y de una cuerda atada a la cintura a modo de cinturón, colgaban diferentes utensilios que Ana no conseguía identificar.

—Soy Dickson, encantado —dijo el masái ante la analítica mirada de Ana, sacándola así de su ensimismamiento.

—Perdona, me había quedado embobada con tu...

—*Shuka* —dijo el masái terminando la frase de Ana y señalando la manta.

—Eso. ¿Dickson? ¿Es un nombre Masái?

—Es mi nombre de pila, mi nombre de familia es Olooso —dijo el masái removiendo las brasas.

—¿Qué haces en este hotel?

—Me encargo de proteger el campamento por la noche, para que no entren animales.

—¿Un león? —dijo Ana riéndose.

—No suele ocurrir, pero alguna vez ha pasado. Con los coches y el turismo, los animales están desubicados y a veces se salen de sus territorios —contestó el masái en tono serio.

—Seguro que tú nos proteges, eres un guerrero —dijo Ana en tono cómplice esperando que fuera verdad, ya no le parecía tan idílico estar en una cabaña con una puerta de tela que se abría con una cremallera si había un león merodeando.— Tengo mucha curiosidad por vuestra tribu, ¿qué es lo que hay que hacer para convertirse en un masái? —preguntó Ana arrepintiéndose de sus palabras a medida que salían de sus labios. Sin duda era una pregunta digna de alguien inculto y sin mucho

mundo. ¿Qué pensaría si alguien le preguntara: “¿qué hay que hacer para convertirse en madrileño”?

Para sorpresa de Ana, debía ser una pregunta común, porque Dickson respondió como si estuviera recitando la lección al profesor de historia.

—A los quince años nos vamos con el resto de chicos de nuestra edad a la sabana, a vivir cinco años allí. Después, volvemos a nuestros poblados para hacer ofrendas a poblados vecinos y luego volvemos a la selva para matar un león y convertirnos en guerreros masáis.

—¿Matar un león? —preguntó Ana sorprendida. Por el fuerte acento de Dickson y la construcción sencilla de las frases puede que no hubiera entendido bien lo que había dicho. Cuando había efectuado la pregunta se imaginaba una respuesta del estilo de: beber sangre, bailar en la guerra o cualquiera de esos estereotipos que se contaban sobre África.

—Sí, tenemos que matar un león entre todos. Y si uno solo de mis compañeros se asusta y pone en peligro al grupo tenemos la obligación de matarlo.

—¿Tú has matado a un león? —preguntó Ana con miedo de preguntar si había tenido que matar a alguno de sus compañeros.

—Claro, si no lo hubiera hecho no podría estar casado, ni vivir en un poblado masái como un hombre. Fui el primero en dar un machetazo al león, así que me llevé la cabeza.

Ana siguió hablando con Dickson sobre las costumbres masáis ahorrándose temas como la ablación o la poligamia. Dickson le contó bajando la voz cómo los safaris turísticos desorientaban a los animales y estaban expulsando a los masáis de sus tierras.

En la conversación sobre el Masái Mara, Dickson sacó a relucir que la mayoría de los guías respetaban la naturaleza. Muchos de ellos hablaban con los masáis y aprendían de ellos sobre animales, plantas y la sabana africana.

—Mi guía es Runo —comentó Ana.

—Le he visto en el coche, es un gran amigo mío —dijo Dickson.— Lleva trabajando aquí toda su vida. Se fue durante una temporada, con una blanca, se rumoreaba que se iban a casar.

Puede que no fuera su madre, pero si lo era, ese descubrimiento cambiaba los esquemas de Ana. En el libro “Nairobi, mi ciudad”, no se hacía mención a ninguna boda ni historia de amor. Lo que dejaba a

Ana en manos de sus dotes de detective para saber a través de Runo qué había pasado con su madre.

Ya no se trataba de encontrar el siguiente personaje para unir los eslabones de la cadena hasta su madre, se trataba de eslabones nuevos y desconocidos. Si Runo y su madre tuvieron un romance que aparentemente no salió bien, entraban en juego otro tipo de lazos y antiguos rencores.

## 4 El intérprete

A las 6 de la mañana Ana ya estaba desayunando. El comedor del hotel era amplio y tenía unos grandes ventanales al jardín por el que entraba la luz, el frescor de la mañana y algún que otro mosquito que se colaba por los agujeros que eran demasiado grandes.

El desayuno estaba formado por un pequeño bufé con tres camareros muy sonrientes que servían café y hacían las tortillas con verduras que Ana llevaba desayunando desde que llegó. Bebió el café que se había servido en taza grande dándole vueltas a la manera de abordar a Runo, cuando de pronto, sonó el claxon de su furgoneta como si le hubiera leído el pensamiento.

Fuera había un corral con gallinas y un pequeño huerto del cultivo. Se oía el ruido de los pájaros y la fría brisa matutina colándose entre las hojas. Aunque toda esa paz que solo el campo puede dar, era interrumpida por el escándalo de la furgoneta aparcada en la puerta del recinto.

—Buenos días —dijo Runo bajándose del vehículo— ¿hoy tienes planeado marearte? El asiento del copiloto sigue libre.

—Si hay tantos baches como ayer puede que sí —contestó Ana.

—¡Pues adelante! ¡Sube!

Ana subió a la camioneta, dentro estaban casi todos los pasajeros del día anterior. Los dos amigos de talla grande entre los que se había sentado Ana se habían acomodado en la segunda fila. Habían elegido un atuendo probablemente comprado exclusivamente para el safari: pantalones caqui con muchos bolsillos vacíos y una camisa del mismo color.

La parejita feliz que no había pasado ni un segundo sin darse la mano, se había agenciado los asientos de la tercera fila. Faltaba el matrimonio con cámaras de fotos muy caras, acompañados por su hija adolescente con cara de odiar más a sus padres con cada segundo que pasaba. Para mala suerte de ellos, tendrían que hacer el trayecto en los incómodos asientos del fondo, puede que eso no reforzara mucho su relación familiar.

Después de pasar un gran recinto que parecía una aduana y pagar los visados de entrada, entraron en el Masái Mara. Runo paró el coche, saltó a la parte de atrás, movió unas palancas del techo y levantó una parte de él.

La furgoneta se convirtió en un descapotable en el que todos cabían de pie y por el que se podía ver todo el paisaje ampliamente. Los turistas aplaudieron, se levantaron y Runo arrancó el coche.

El terreno se empezó a expandir y los vehículos que habían entrado se iban dispersando por diferentes caminos poco marcados en el suelo. El coche traqueteaba y alguno de los valientes que se había puesto de pie se tuvo que sentar bruscamente.

El primer elefante apareció detrás de unos arbustos. Aunque parecía un encuentro casual, Runo lo había visto mucho antes, se habían dirigido directos hacia allí. A lo largo del trayecto Ana descubrió que los animales no aparecían, sino que Runo sabía dónde estaban.

—Los elefantes siempre se mueven en familia, es raro que uno ande solo —explicó Runo mientras se acercaban lentamente al animal.— Este en particular ya lo conocemos. Es un elefante muy muy viejo que se ha separado de la manada porque ya no puede seguirles el ritmo. Como casi todos los mamíferos, cuando están solos son mucho más peligrosos que en manada —dijo Runo deteniendo la furgoneta a la altura de otro coche que estaba observando al animal.

Estaban a unos diez pasos del enorme mamífero que se alzaba ante ellos. Sus movimientos eran lentos y pausados, tanto que a veces parecía una escultura de cartón piedra con un motor.

El elefante caminaba y comía hierba que arrancaba del suelo con su trompa. Nunca paraba, siempre estaba en movimiento y sus pasos producían el crujir de ramas que perecían bajo sus grandes patas.

La gran explanada que recorrían era de un verde intenso y llevó a Ana a plantearse lo pequeño que realmente es el ser humano en compa-

ración con el mundo. Allí estaban los humanos, en medio de la sabana, gobernando lo que no les pertenecía.

Había amanecido hacía unas horas, así que iban en busca de felinos que estuvieran haciendo la digestión. Las manadas de cebras, gacelas y búfalos se convirtieron en algo habitual que se movía por la gran explanada. Los búfalos parecían vacas con chichones y se les quedaban mirando amenazantes cuando pasaban con la furgoneta demasiado cerca.

En ocasiones, la explanada era para ellos solos y otras veces columnas de polvo delataban a otros coches que se movían a lo lejos. Runo conducía mirando al frente y analizando el paisaje a lo lejos para descubrir nuevas atracciones turísticas.

A menudo hablaba por teléfono en suajili con otros guías, intercambiaban los árboles en los que se escondían de los coches los leopardos, las rocas donde tomaba el sol el león o las sombras en las que dormían las leonas después de cazar.

Los conductores tenían el mapa del Masái Mara dibujado al detalle en su cabeza, igual que si a alguien de Madrid le indican que vaya a Gran Vía esquina con Montera y lo sabe. Ellos sabían siempre a qué piedra se refería el compañero que les llamaba por teléfono.

Ana seguía dándole vueltas a su conversación con Runo. Se acordó de las palabras de su padre “el análisis da parálisis” y decidió pasar a la acción haciendo lo que mejor sabía: hacer que las personas se sintieran escuchadas.

—Debes llevar muchos años de guía para saberte el terreno así, ¿cuánto tiempo llevas trabajando en el Masái Mara? —preguntó Ana mientras los turistas confundían una lejana piedra con un rinoceronte.

—Bueno, llevo unos 18 años aquí. La primera vez que hice un safari, me perdí durante tres horas, los pasajeros ni siquiera se dieron cuenta, creyeron que estábamos yendo a algún lugar recóndito donde veríamos un leopardo o crías de león. Todos quieren ver crías de león. Al final vino un compañero a buscarme y nadie se dio cuenta —contó Runo con su tono alegre habitual.

—O sea, que ahora podríamos estar perdidos y no lo sabríamos —dijo Ana en tono cómplice.

—Podría ser —dijo Runo riéndose— pero desde entonces no he vuelto a extraviarme.

—Y antes de trabajar aquí... ¿a qué te dedicabas? —preguntó Ana.

—Trabajaba como guía turístico en Nairobi. Más que guía, era un acompañante de turistas ricos que querían conocer la Kenia de los keniatas. Ahora hay que andar con cuidado si paseas a solas por el centro, pero antes era mucho peor. El miedo me daba trabajo y los blancos pagaban bien y eran amables, ¿tú a qué te dedicas Ana? —concluyó Runo.

—Soy escritora —mintió de pronto Ana— he venido a África en busca de inspiración —continuó. Se sorprendía a sí misma mintiendo de esa manera. No lo había planeado, cuando Runo le preguntó por su profesión las palabras salieron sin pensar. No tenía vuelta atrás, tenía que continuar si quería ganarse su confianza.

Runo relajó su sonrisa y lentamente miró a Ana con una expresión seria mientras los baches tambaleaban su rostro y le hacían vibrar los curtidos pómulos. Esa manera de mirar solo podía significar una cosa, era el Runo que estaba buscando.

—No te creas que eres la primera que viene por aquí con esas —dijo Runo tranquilo y recuperando su sonrisa habitual.— Mirad, allí, vuestro primer león, ¿lo veis? —dijo señalando hacia la derecha y disminuyendo la velocidad.

Ana se asomó por la ventana y bajo la sombra de un arbusto, vislumbró una mancha clara que estaba rodeada de coches. La mancha iba tomando forma a medida que se acercaban hasta convertirse en dos bonitos leones. Cuando estaban cerca, Ana sintió la paz del rey de la selva que dormitaba apoyado sobre sus patas con su leona tumbada al lado, a pesar del ruido de los motores y el murmullo de los turistas.

Los largos tallos del césped les rozaban la cara y el sol que se colaba por las ramas, que se movían con el viento, les hacía mover la cabeza buscando la sombra para sus ojos. La melena del león parecía recién peinada, era del rubio que todas las teñidas querían y unas pequeñas orejas asomaban tímidamente.

La estructura de la selva era muy parecida a la sociedad humana. Los depredadores se paseaban tranquilos sabiendo que lo podían tener todo mientras que los rebaños se mantenían unidos sin saber muy bien que pasaría con ellos al día siguiente.

Los *big five* eran los cinco grandes animales de la selva culpables de tanta afluencia de turistas: elefante, león, búfalo, rinoceronte y leopardo. Cada familia de animales tenía su propia jerarquía y estructura.

En una manada de leones, las leonas se encargaban de la caza y alimentaban a toda la manada. Los leones macho estaban tranquilos en su territorio y se encargaban de proteger al grupo.

—Así que no soy la primera que viene buscando inspiración por aquí, ¿no? Todos los escritores soñamos con escribir unas memorias de África —dijo Ana riendo y continuando con su vida falsa.

—Sí, no es que seáis muy originales —apuntó Runo con cierto retintín.

—¿Has conocido a muchos escritores?

—Sí —dijo Runo— bastantes.

En la conversación que mantuvieron, Runo parecía un hombre culto y bastante leído. Opinaba que los europeos iban a África a vivir el sueño africano que salía en las películas: quedándose en buenos hoteles, haciendo fotos a los pueblos y ayudando en una ONG para volver más tarde a cenar lo que alimentaría a todo el poblado que habían estado fotografiando.

Según él, Nairobi era un lugar perfecto para convertirse en lo que él llamaba un blanco salvador. Era la capital de un país tranquilo, que no intervenía en demasiadas guerras y que estaba cerca de puntos de interés informativo para occidente como Somalia.

De vez en cuando había un atentado en algún hotel, pero eso solo aumentaba la sensación de vivir en África. Nairobi tenía zonas plagadas de blancos y había recintos en los que al pasar el control de seguridad, África desaparecía por completo. Todos eran compañeros de tenis, vecinos en la misma urbanización, colaboraban en la misma ONG o escribían para el mismo periódico.

Decía que nadie había sido capaz de escribir una buena historia sobre África porque nadie había vivido lo que era África de verdad, vivían la África blanca. Ana no estaba de acuerdo, pero el avistamiento de un guepardo interrumpió su respuesta.

El animal se movía debajo de un árbol igual que un gato delgado. Se estiraba y cuando remoloneaba, le seguía una ovación por parte de los turistas acallada por los chistidos de silencio de los guías.

—Bueno Ana, ¿de qué escribes tu libro? —preguntó Runo después de un rato de silencio en busca de otro animal.

—Estoy escribiendo una novela sobre mitos y verdades sobre África, centrándome en Kenia. —explicó Ana intentando acercar la sinopsis de su libro al de su madre sin delatarse.

Runo giró la cabeza ligeramente y miró a Ana con la misma expresión de antes. Ana sintió cómo le atravesaba con la mirada, pero ella la mantuvo firme e intentó parecer una escritora novata tal y como exigía el personaje que estaba interpretando.

Él estudiaba a su acompañante con la meticulosidad que necesita alguien que está trayendo al presente algo muy enterrado en el fondo de su mente. Estudiaba los rasgos de su copiloto, acercándose cada vez más al recuerdo lejano que salía a la superficie, hasta que despertó de su ensimismamiento devolviendo su cuello a la postura original.

—¿Y qué esperas de este viaje? —preguntó Runo.

—Me gusta más escribir sobre un lugar cuando he estado en él, así que espero disfrutar del paisaje y comprobar si la imagen que tengo sobre Kenia es la misma cuando vuelva a casa —respondió Ana.

Ana estaba segura de que Runo la había reconocido, había notado su mirada y un millón de pensamientos pasando por detrás de sus pupilas. Sin embargo, sus preguntas no iban acorde con la mirada curiosa que le había lanzado unos segundos antes.

Tenía la certeza de que Runo era la persona que había guiado a su madre durante gran parte de su viaje. Según la señora africana, Runo la había acompañado al mercadillo de camas y probablemente lo hubiera hecho a otros lugares.

Ana confiaba en el poder del subconsciente y estaba convencida de que estaba despertando algo en Runo que llevaba mucho tiempo dormido. Si le hacía las preguntas exactas, puede que le contara algo que no supiera y que la guiara hacia la siguiente pista.

—¿Se te ocurre algún lugar especial al que pueda ir? —preguntó Ana.

—Se me ocurren varios —dijo Runo en un tono en el que Ana notó cierto sarcasmo.

—¿Podrías llevarme? Hacer de guía como dices que hacías antes —pidió Ana.

—Podría hacerlo.

Estaban recorriendo uno de los lugares más especiales de África, y quizá el más conocido, pero no por ello el más interesante. Runo pro-

puso ir al lago Naivasha, otro de los parajes obligatorios en una visita a Kenia.

Casualmente el lago Naivasha era una de las paradas que Ana tenía como referencia por el libro de su madre. Al escuchar su próximo destino fingió no conocerlo y disimuló su sonrisa interior.

Para poder ir al lago Naivasha, Runo debía devolver a los turistas a Nairobi y traer a otro grupo al Masái Mara. Para ahorrarse las 12 horas de viaje que implicaba eso, Ana se quedaría unos días más en el hotel en el que se estaba alojando.

Al día siguiente en el safari, Ana no consiguió el sitio del conductor y se dedicó a disfrutar de la sabana africana sin intercambiar una palabra con Runo. Por la noche llamó a Makena y charlaron sobre sus avances y sus siguientes pasos.

Se quedó allí varios días disfrutando de la naturaleza, dando paseos por el recinto del hotel y leyendo. Se leyó de nuevo el libro de su madre y otro que se había llevado. Siempre llevaba dos libros a los viajes, le daba miedo quedarse sin lectura.

Sentía que se acercaba poco a poco a su destino, pero tenía pensamientos encontrados. Notaba una alegría inmensa que le subía por el estómago al darse cuenta de que iba cumpliendo objetivos y que lo que parecía imposible estaba siendo real. Más tarde un miedo le recorría el cuello ante la idea de conocer a su madre y a las horas veía todo ese viaje como un sinsentido.

La mente de Ana se pasaba por esos tres escenarios unas veinte veces al día. Era agotador. También pensaba en su abuela y en su padre. Cuando lo hacía, dejaba paso a la nostalgia y las ganas de que todo fuera como antes sin haber emprendido nunca ese viaje.

## 5 El lago de los hipopótamos

Durante su viaje, Ana se dio cuenta y escuchó varias veces que la puntualidad en Kenia no estaba del todo valorada. Así que después del desayuno y dos horas más tarde de lo que habían acordado, Runo apareció en el recinto del hotel.

Iba en un 4x4 tan grande como viejo, con una camisa gris y unas gafas de sol oscuras que se le caían con el sudor hasta la punta de la nariz. Muy alegre como siempre, bajó del coche, saludó a sus amigos del hotel y a Ana. Cogió la maleta, la tiró al maletero por encima de los asientos de atrás y se pusieron en camino.

Estuvieron hablando un rato sobre qué había hecho Ana en sus días en el hotel y sobre el camino de vuelta de Runo, que como siempre había tenido atasco. En ocasiones había silencios que se veían interrumpidos por la radio que de repente cogía señal o por el ruido de los baches, de los cuales la carretera hacia el Lago Naivasha no se había librado.

El lago se encontraba a 250 km hacia el norte y el viaje duraría unas 5 horas, la llegada estaba calculada hacia la hora de comer. El valle del Rift se extendía hacia los lados del camino mientras iban abandonando los poblados masáis. Los niños que saludaban alegremente cuando pasaba el coche eran menos frecuentes a cada kilómetro que recorrían y la carretera empezó a estar asfaltada, convirtiendo el viaje en una aventura menos movida.

En el libro *Nairobi, su ciudad* se mencionaba el lago Naivasha como un simple lugar de paso, no había encontrado nada relevante en el li-

bro. Estaba llegando al tercer escalón para llegar al misterio, pero se le estaba complicando más de lo esperado.

Iba con Runo en el coche sin haberle dicho quién era y qué quería de él. La mentira había calado tanto, que si decía la verdad en ese momento en el que estaban a unas dos horas de su destino, su plan podría verse arruinado.

Cuando le contó su falsa profesión calcando la historia de su madre, a Ana le había dado la sensación de que Runo la había mirado de manera diferente, pero quizá solo era su impresión. Si se hubiera dado cuenta, habría mencionado algo refiriéndose a cuánto se parecía Ana a alguien que conocía o a que le sonaba su cara.

Runo entretenía el viaje con curiosidades sobre el paisaje y sobre Kenia. Estaban pasando muy cerca del monte Longonot, uno de los picos más conocidos del país que pertenecía a un volcán que llevaba dormido desde 1860. En el interior de su cráter tenía un espeso bosque que albergaba un gran número de especies de animales, el paraíso de amantes de la naturaleza.

El conductor estaba ejecutando a la perfección sus funciones de guía turístico: un rato en silencio y un gran discurso sobre un pueblo o un paisaje en concreto. Ana le escuchaba y cuando callaba, sacaba el tema de su libro. Se empezaba a sentir incómoda mintiendo y hablando tanto de sí misma, si se hubiera conocido en ese momento, sin duda habría pensado que era una egocéntrica.

A veces las historias que supuestamente estaba escribiendo se parecían demasiado a al relato de su madre. Runo empezaba a ignorarla y a dejar denotar su hartura suspirando o evitando mirarla. Quería contarle la verdad, pero no sabía cómo hacerlo.

—Sí, ya, y entonces llegaron a un poblado en el que los niños corrían en taparrabos y comían carne cruda —dijo Runo con sarcasmo corriendo a Ana, que parafraseaba un capítulo del libro de su madre sobre la tribu de los kikuyu.— Será mejor que te calles y me dejes conducir tranquilo, si vuelvo a oír una tontería más sobre ese tema te dejo aquí mismo —dijo Runo con dureza mirando a Ana con desdén al pronunciar la última palabra.

Ana se quedó petrificada, lo único que salió de su boca fue un ligero gemido de asentimiento. ¿Qué había sido eso? Runo había hablado con

una rabia que no era posible que hubiera sido despertada por un solo comentario desafortunado.

Desde ese momento, Ana no volvió a pronunciar una palabra y su amígdala entró en funcionamiento emitiendo constantes señales de peligro. Analizó la situación lo más tranquilamente que pudo, luchando contra sus ganas de saltar del coche.

Se había convertido en la protagonista de una película de las que se emiten en la televisión un sábado por la tarde. Estaba montada en el coche de un desconocido que tenía un pasado turbio con su desconocida madre y se encontraba en mitad de la nada en África.

A medida que avanzaban, había carteles que indicaban la zona de los hoteles del Lago Naivasha. Runo le había dicho al principio del viaje que irían por la zona trasera, un lugar más tranquilo y libre de gente. Ana se había alegrado de conocer una zona sin turistas, en ese momento solo deseaba encontrarse con algún grupo de vacaciones organizadas.

La carretera fue perdiendo la firmeza que había tenido a la altura de los hoteles y los baches recuperaron su protagonismo cuando los carteles empezaron a desaparecer. Si Ana estuviera viendo la película, pensaría que la protagonista está metida en problemas y que solo el sheriff o su amor de la adolescencia podría salvarla. Como no había sheriff, ni Ana tenía un amor de la adolescencia cerca, tendría que salir de allí por sus propios medios.

—Runo, si he hablado mucho lo siento, no quería molestarte —dijo Ana con voz de niña buena.

—No pasa nada —respondió Runo sin mirarla, aunque eliminando el odio de su voz.

—Perdona, pero tengo que ir al baño, llevamos mucho tiempo sin parar —dijo Ana viendo la oportunidad de entrar en algún hotel y poder encontrar una cara amiga.

—Oh, claro, pararemos enseguida —contestó el guía sin quitar la vista del camino.

En una pequeña salida de la senda Runo se desvió y paró el motor en medio de la nada. Cuando sacó la llave del contacto, el traqueteo del coche dejó paso al silencio en el que se estaban adentrando.

—Queda un buen rato hasta los siguientes hoteles, así que puedes ir detrás de ese árbol —dijo señalando un baobab gordo al lado del coche.

—No me importa esperar un poco hasta llegar al siguiente hotel  
—dijo Ana viendo como su plan se desmoronaba.

—Lo siento, ya te digo que puede que no haya ninguno más por aquí cerca —respondió Runo con indiferencia abriendo la puerta del coche. Runo se bajó del coche y al girarse en el asiento, Ana vio asomar por la parte de atrás de su cinturón lo que parecía la empuñadura de una pistola. Había conseguido relajar a su amígdala prometiéndole un plan de huida, pero ese nuevo descubrimiento había hecho a su cuerpo activar de nuevo todos los sistemas de emergencia.

El pulso acompañado de un ligero pitido le retumbaba en los oídos cuando dirigió su mano temblorosa a abrir la puerta del coche. Sus piernas flaquearon cuando tocaron el suelo lleno de hojas y sus pulmones intentaban coger el máximo aire posible.

Runo, como hacía habitualmente, se situó junto al coche y se encendió un cigarrillo con la mirada escondida detrás de las gafas de sol. Señaló con la mano el borbollón que estaba a escasos metros de él.

—¿Ahí? Está demasiado cerca —dijo Ana.

—Todo lo que has fotografiado en el safari está por aquí merodeando, así que no creo que quieras irte más lejos —respondió mientras expulsaba el humo con cada sílaba.

Ana fue detrás del árbol, se bajó los pantalones y se puso en cuclillas. A pesar de los nervios, era cierto que necesitaba ir al baño con urgencia. Su primer instinto al ver la pistola había sido correr hasta ahogarse, pero su captor tenía un coche, conocía el terreno y ella acabaría devorada o atacada por cualquier animal.

De vuelta al coche y poniéndose de nuevo en el papel de la protagonista de una película de suspense, trazó un plan. Lo único que podía hacer era coger sus cosas para que cuando surgiera la oportunidad de huir tuviera todo lo necesario consigo para sobrevivir.

—Runo, ¿te importa que coja mi mochila del maletero? Tengo el agua allí y estoy un poco mareada —dijo Ana haciéndose la despistada y convenciendo así a Runo de que realmente creía que la mala respuesta de antes había sido por el cansancio y que no había visto su pistola.

La falsa escritora abrió el maletero y sacó su mochila de mano dejando la maleta junto a una bolsa negra. Cuando arrancaron, bebió agua mientras Runo miraba al frente muy concentrado. Asegurándose de que no la veía, se metió la navaja suiza de Makena, su pasaporte, el

dinero y una pequeña linterna en los bolsillos del pantalón. Por suerte llevaba un pantalón corto y ancho que tenía grandes bolsillos.

Cuando el camino empezaba a ser todavía más difícil de transitar salieron por un pequeño desvío hacia la izquierda. La senda se metía entre los árboles y llegaba un punto en el que conducían por la mitad de la sabana africana sin seguir ninguna referencia, al menos para Ana.

El ruido de los baches, el calor sofocante y el silencio no ayudaban a Ana a pensar la manera de salir de ahí. Era difícil buscar una salida cuando llevaban varios kilómetros sin ver a nadie: ni masáis, ni niños que saludaran, ni nada. La gran llanura tan típica de África con la que Ana había soñado era ahora lo que más miedo le había dado nunca.

—¿Queda mucho? —preguntó Ana tímidamente.— Hace mucho que hemos pasado los carteles que indicaban el lago.

—Estamos entrando por detrás —respondió Runo tranquilo.

Ana observó a su conductor. Cada pocos minutos despegaba una de las manos del volante para subirse las gafas de sol que le resbalaban por la nariz. Su camisa color tierra se estaba tiñendo de un marrón más oscuro, gracias al efecto invernadero que creaba el sol en el coche sin aire acondicionado.

De pronto giraron hacia la izquierda y se metieron en una zona más frondosa que oscurecía el camino y hacía bajar un poco la temperatura cuando conducían por la sombra. Al doblar una curva se extendió ante ellos un pequeño claro que al fondo se convertía en la orilla a un gran lago. Runo paró el motor.

—Bájate, vamos a dar una vuelta —dijo en un tono tranquilo mientras bajaba del coche.

Ana bajó lentamente mientras Runo abría el maletero y se colgaba la bolsa negra al hombro. No tenía escapatoria, el conductor se había guardado las llaves del coche en el bolsillo de la camisa y si salía corriendo no iba a llegar a ningún sitio.

—Aquí tienes tu lago Naivasha, allí al fondo están los hoteles de lujo —dijo señalando a otro lado del lago.— Este es el lado de los pescadores, algo más auténtico, como os gusta a vosotros, los turistas aventureros —continuó con sarcasmo.

El coche estaba aparcado en la explanada que daba acceso al lago. A unos cien metros, la vegetación pasaba de crecer en suelo firme a estar parcialmente sumergida en el agua. Los árboles que crecían en un suelo

acuático que no les permitía sobrevivir, servían de apoyo a la multitud de aves que habitaban la zona.

Haciendo a las patas de gallo aparecer, se adivinaba en el horizonte que el lago, de forma circular, estaba rodeado de montañas. En el centro del agua, la Isla Crescent se erguía como una gran llanura. Ésta se situaba en medio del lago Naivasha, era una formación volcánica llena de fauna y escenario de todo lo que Occidente conocía como África.

La isla era el paraíso de los herbívoros y las aves, pues carecía de depredadores. Ser el escenario de Memorias de África, la había dotado de la popularidad que ostentaba y de alguna que otra especie animal más. Para que el elenco de la película no corriera peligro de ser devorado, se introdujeron varios animales que no eran autóctonos de la zona, pero que con el tiempo se adaptaron a la vida en la isla de la paz.

—El lago Naivasha es una reserva natural plagada de hipopótamos, ¿ves eso que parece una piedra?— preguntó Runo señalando a un montículo cercano que sobresalía del agua.

Ana clavó la mirada en las rocas a las que Runo se refería hasta que una de ellas desapareció. Los ojos de Ana iban de una roca a otra hasta que una de ellas pasó a ser la cara medio sumergida de un hipopótamo y todas las demás se convirtieron en lo mismo. Los orificios de su nariz sobresalían del agua seguidos de los ojos y las orejas en forma de pajita. Cuando Runo se dio cuenta de que Ana había caído en que estaba enfrente de una manada, reanudó la marcha. Ana le siguió prudente buscando la salida durante los treinta segundos que tardaron en llegar a una pequeña cabaña de pescadores.

—Pasa —dijo Runo intentando disimular su nerviosismo.

—¿Ahí? ¿Por qué? —preguntó Ana entrando interiormente en pánico ante la idea de meterse en una cabaña en medio de la nada con ese hombre.

—Es una casa típica de pescadores de aquí, dentro hay herramientas típicas, fotos antiguas y algunos libros que podemos ojear —respondió Runo sin estar muy seguro de sí mismo y empujando la puerta que se abría con un tímido chirrido.

—Igual podemos seguir paseando por el lago, me apetece más ver la naturaleza —respondió Ana dejando salir su miedo en forma de voz aguda.

—He dicho que entres —contestó Runo dejando salir su ira y cogiendo a Ana del brazo con más fuerza de la que se esperaba en una relación guía-turista.

Ana entró de un ligero empujón en la cabaña cuyo suelo crujió cuando dio el primer paso dentro. Runo entró inmediatamente detrás de ella y cerró la puerta de un portazo. Todo quedó a oscuras, a excepción de algunos rayos de luz que se colaban por las rendijas de madera y por los marcos de las contraventanas cerradas, Ana no alcanzaba a ver dónde estaba Runo.

—¡No veo nada!, ¿puedes abrir la puerta? —gritó Ana dejando salir definitivamente su pánico, mientras escuchaba el ruido de una cremallera y de unas manos buscando en el interior de una mochila.

Ana se intentó alejar de ese ruido sin saber si iba hacia la salida o si se adentraba más en lo desconocido. Sin verlo venir, unas manos más fuertes que antes, la agarraron de las muñecas, tirando de ella y tumbándola boca abajo en el suelo. Mientras forcejeaba con todas sus ganas, un cuerpo posó dos fuertes rodillas sobre su espalda que cortaron por un segundo su respiración. Lo suficiente para coger una profunda bocanada de aire y sentir sus manos completamente atadas a su espalda. La misma fuerza de antes la levantó y la dejó sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—¿Creías que me podías engañar? —le dijo Runo al oído dejando salir el desprecio en cada sílaba. Los ojos de Ana se fueron acostumbrando a la tenue luz, cuando Runo se levantó y abrió la ventana de par en par dejando entrar la luminosidad.

Ana se encontró sentada en la esquina de una cabaña de planta cuadrada que tenía una decoración ausente: una cama a la derecha y un lavabo con un bote de jabón apoyado. Junto a la puerta que Runo había cerrado con un cerrojo de madera, había una pequeña ventana sin cristales por la que entraba la luz que caía de pleno sobre Ana.

—Será mejor que no grites —dijo Runo moviéndose de un lado a otro de la cabaña pisando fuerte con sus botas de cuero negras.— Aunque no creo que nadie te pueda oír aquí —dijo parándose delante de ella.

—¿Por qué haces esto? ¿Quieres dinero? —dijo Ana sabiendo cuál era la respuesta.

—¿Creías que me podías engañar? —repitió Runo.— Como hizo ella, que se lo di todo y me lo agradeció dejándome tirado como un perro —dijo agachándose y tocándole la cara delicadamente a Ana.— Es increíble cuánto os parecéis.

Ana se deshizo de él con un brusco movimiento al que Runo respondió agarrando con más fuerza su barbilla y acercando sus labios a su boca hasta que se tocaron. Ana sintió como una humedad que no era suya le recorría la cara y como una lengua recorría sus dientes y mojaba hasta las mejillas. No podía moverse. Él se retiró.

—Has venido a buscarla y has calcado la absurda historia de su libro para acercarte a mí e intentar llamar mi atención. Estúpida —dijo Runo al oído de Ana.— Cuando te vi me recordaste a alguien, pero no sabía a quién, mientras conducía otros pensamientos ocuparon mi mente y no volví a pensar en ello, hasta que me hablaste de ese ridículo libro. No sé cuál era tu intención al hacerlo, ¿has venido a buscarla? Buena suerte.

Una fuerza tiró de sus piernas y la dejó tumbada boca arriba en el suelo sucio de madera. Runo se tumbó sobre ella dejando caer su peso y respirando profundamente su olor en su cuello y en su pelo. Sus manos recorrían el cuerpo de Ana bruscamente cuando ella reaccionó, gritó fuertemente y accionó sus piernas para lanzar incontables patadas al aire.

Runo masculló un leve quejido, liberó a Ana y se levantó. Mientras tanto esta se reincorporaba y aprovechando la confusión metía las manos atadas en el bolsillo de su pantalón, recuperando así su navaja suiza.

—Vaya, parece que eres más dura de lo que aparentas —dijo Runo en un tono de burla.— No te pareces solo a ella físicamente, tienes el mismo carácter. Claro que pensándolo bien, no es justo que te haga esto sin saber las razones de que te tenga aquí atada —dijo Runo con la respiración acelerada.

—No vuelvas a acercarte a mí y suéltame —gritó Ana.

—No cariño, eso no va a pasar. ¿Sabes lo que haré contigo? Disfrutaré de ti como no lo pude hacer con tu madre. Hasta que me canse y te tire al lago para que los hipopótamos se hagan cargo de ti. ¿Sabes que es el animal más peligroso del mundo? —dijo Runo agachándose para quedarse a la altura de Ana.

Mientras Runo hablaba, Ana había conseguido abrir la navaja y estaba intentando cortar la brida que la mantenía atada. Tenía las manos ardiendo y las puntas de los dedos empezaban a hormiguearle, notaba el palpitar de la sangre intentando pasar la frontera que había creado la atadura. Le costaba manejar la navaja con las manos entumecidas y temía que se le cayera al suelo.

—Conocí a tu madre en la misma oficina de turismo a la que tú acudiste en mi búsqueda. Por cierto, ¿cómo diste conmigo? —preguntó Runo.— Te he hecho una pregunta —insistió ante el silencio de Ana.

—Llegué a ti siguiendo los pasos del protagonista del libro —respondió Ana apretando la mandíbula de rabia.

—Chica lista —comentó Runo mientras se paseaba por la pequeña cabaña haciendo que pareciera aún más diminuta, con dos zancadas de sus largas piernas llegaba de una pared a otra, daba la vuelta sobre sus talones y volvía. Fumaba sin parar, encendiéndose los cigarros con la brasa del anterior y hablaba mezclando una cucharadita de nostalgia con una pizca de rabia. Se paró en el centro de la cabaña, se sacó la pitillo del pantalón y la dejó en el suelo.— Esperemos que no tengamos que utilizar esto —concluyó con una sonrisa.

—Cuando llegué a la cita que me había concertado mi empresa con tu madre me imaginé que sería otro tour más por los sitios más típicos de Kenia, pero me equivocaba. Ella venía buscando el alma de un país, no los lugares más bonitos para hacer fotos. Me contó el mismo cuento con el que me has intentado engatusar tú, con una diferencia, esa vez era verdad y algo nuevo para mí. Me encandiló con sus palabras, no solo escribía bien, también era una hechicera con la boca, así que acabé yéndome con ella a recorrer todo el país.

Yo besaba el suelo que Aure pisaba y pensaba que ella sentía lo mismo por mí, éramos inseparables y nos lo pasamos en grande durante el mes y medio que estuvimos viajando, pero nunca pasó nada entre nosotros. Tu madre me tenía tan impresionado que no me atrevía a contarle lo que sentía por ella o a pedirla en matrimonio. Cuanto más pasaba el tiempo, más fuerte era mi amor. Nos quedamos una temporada en la casa de mi familia, hice un gran esfuerzo para que una mujer blanca que no estaba casada pudiera hospedarse allí.

Una tarde, mientras bajábamos al río a por agua, reuní todas las fuerzas que tenía, le confesé mi amor por ella y le pedí que se casara

conmigo allí mismo, en mi aldea. Todo parecía perfecto en mi cabeza. En ese momento ella me confesó su vida en España, me dijo que tenía un marido y una hija. Que Aure fuera de otro hombre y que tuviera una hija me deshonró tanto que me fui y tardé varias semanas en volver. Durante los meses que estuvimos recorriendo el país enseñé a tu madre a hablar suajili, tenía una tremenda facilidad para aprender idiomas, así que cuando volví a aparecer, ella seguía en mi aldea. Se había integrado totalmente entre el pueblo y se había hecho íntima amiga de mi hermana —en ese momento Runo pegó una patada a la bolsa negra que había dejado en el suelo, se apoyó contra la pared y se encendió otro cigarro.

Se quedó allí plantado mirando a Ana con una expresión diferente. Ana estaba demasiado ocupada cortando sus cadenas sin que se notara. La brida era de plástico duro y notaba cómo se estaba haciendo sangre en las muñecas. Sus ojos se llenaban de lágrimas por el dolor y el miedo.

—Muy amiga de mi hermana Kasha se hizo tu madre —continuó Runo mientras se dejaba escurrir por la pared para sentarse en el suelo frente a Ana al otro lado de la cabaña.— Tan amigas que, a mi vuelta, una noche, al abrir el granero las encontré besándose —dijo mientras daba un manotazo en el suelo.— ¡Se estaban besando! Me había rechazado, había dejado a un marido abandonado y había convertido a mi hermana en... Cuando lo vi me abalancé sobre ellas y pegué una bofetada tan fuerte a tu madre que la dejé tumbada en el suelo y me abalancé contra mi hermana hasta que un golpe me dejó inconsciente. Cuando desperté se habían ido sin dejar rastro.

Runo se levantó de un salto y fue a parar directo sobre Ana.

—Ahora vas a pagar por todo lo que tu madre nos hizo —susurró Runo baboseando el oído de Ana.

La volvió a tumbar y le bajó bruscamente los pantalones mientras se desabrochaba la bragueta y forcejeaba para abrirle las piernas. Ana se retorció, pegaba patadas al viento y mordiscos con un único objetivo: ganar tiempo para terminar de cortar la brida. De pronto un chasquido hizo que la circulación volviera a sus manos que instintivamente salieron de detrás de su espalda y clavaron directamente en el cuello la pequeña hoja de la navaja suiza.

Runo se llevó las manos al cuello y se levantó inmediatamente del cuerpo de Ana haciendo grandes esfuerzos para respirar y cayendo al suelo. Ana se fue a gatas agarrando la bolsa negra y esperando que las llaves del coche estuvieran en su interior mientras salía al exterior y corría hacia el vehículo.

El coche estaba abierto y buscaba la llave en la bolsa cuando vio salir a Runo con una mano aún en el cuello dirigiéndose como un rayo tras ella. Ana se metió en el coche que estaba con la bolsa sobre las piernas mientras seguía buscando la llave, si no estaba ahí estaba perdida y destinada a convertirse en una presa de los hipopótamos.

Por fin la encontró, consiguió encajar la llave, arrancó el coche a la primera y salió derrapando mientras veía por el retrovisor como Runo corría tras ella haciéndose cada vez más pequeño. Condujo en línea recta cogiendo el primer camino que encontró buscando alguna referencia en la llanura más plana que había visto.

Después de lo que creía que habían sido horas, consideró que estaba lo suficientemente lejos del peligro para pararse un momento a pensar. Frenó el coche en la llanura de la que parecía que no conseguiría salir nunca y lo dejó en punto muerto por miedo a que no volviera a arrancar.

Se bajó, respiró profundamente y el aire se escapó acompañado de las lágrimas que el pánico no había dejado salir.

## 6 Huyendo del atardecer

Las luces anaranjadas avisaron a Ana de que la noche estaba a punto de caer sobre la sabana africana. Lo único que tenía claro es que, si no se movía, no saldría de allí. Puso las manos en el volante intentando recordar lo que había aprendido en los campamentos sobre orientación y en los programas de supervivencia.

Nairobi se encontraba al sureste del Lago Naivasha, así que lo mejor sería dirigirse hacia esa dirección huyendo de la puesta de sol. Conducir era una buena manera de organizar sus pensamientos, hacía menos de 10 horas estaba en un encantador hotel leyendo a la sombra de un árbol tomándose una cerveza fría, y de pronto era la superviviente de un crimen pasional.

Las imágenes le venían a la mente rápidas y desordenadas: una fuerza que tiraba de ella hacia el suelo, el olor de Runo, la cercanía de su cuerpo, las manos palpitando e intentando desatarse... y de repente estaba sentada en el asiento del coche. Esa secuencia se repetía una y otra vez hasta que se veía interrumpida por su madre caminando por una aldea africana.

La intervención de Kasha en la historia había cambiado el rumbo de los acontecimientos, pues aparecía un personaje que a primera vista no tenía nada que ver con las pistas que Ana seguía a través del libro. Una pregunta le martilleaba la cabeza: ¿había huido su madre en busca de una nueva historia que escribir o buscando la suya propia?

Ana había dado vueltas miles de veces a cómo era la vida de su madre. Cuando era pequeña imaginaba que tenía otra familia y vivía en

una gran casa con jardín y un perro, a medida que crecía la veía sola recorriendo el mundo, más tarde creyó que estaba en la cárcel, otras que estaba enganchada a las drogas, en ocasiones que estaba muerta y después asumió que no existía. Hasta que leyó la carta que la había guiado hasta Nairobi.

A veces pensaba que se merecía conocerla y recibir una explicación; otras, meditaba sobre la idea de que su madre simplemente no quería ser madre y prefería seguir viviendo su vida en vez de la vida de su hija. Echó en falta tener una figura femenina real, no la que su abuela y su padre intentaban interpretar. Su católica abuela hizo un gran esfuerzo explicándole cómo se ponía un tampón cuando se “estaba mala”. Su padre intentó concienciarla con muchos titubeos sobre la necesidad de tomar precauciones con los chicos, mucho después de que Ana empezara a hacerlo.

Algún amigo de su padre con dos copas de más en algún cumpleaños había comentado lo que se parecían madre e hija: tenían los mismos ojos, la misma forma de hablar y la misma sonrisa. A veces se preguntaba si tenía los mismos gestos que ella, nunca había tenido muy claro si eran algo genético o si se adquirían por imitación.

Juan, el padre de Ana, aprovechaba cualquier ocasión para hacer un gesto cariñoso a su hija o para gastar bromas a todo su círculo. Solo una cosa le hacía cambiar de modo, el tema tabú de la familia, la carta era la mayor confesión que tenía sobre su madre. Nunca había tenido un punto de referencia por el que empezar a buscar, así que al conocer el último sitio en el que se la localizaba, se dio cuenta de todo lo que deseaba conocerla.

Ahora estaba allí buscando a la persona que le dio la vida y que había estado a punto de quitársela sin estar presente. Después de estar literalmente al borde de un final fatal, se planteaba si merecía la pena lo que estaba haciendo y cuál era su objetivo cuando la encontrara, si es que lo hacía alguna vez. “Hola, soy tu hija”. ¿Qué respuesta esperaba ante eso?

En ese momento, cuando se estaba haciendo cada vez más de noche en medio de la nada y se preguntaba qué necesidad tenía ella de estar viviendo eso, todo ese viaje se convirtió en algo absurdo. Lo tenía decidido, volvería a casa a seguir con su vida tal y como había hecho hasta

ahora. Si su madre no había vuelto a buscarla en todos esos años, por algo sería.

Ana vislumbró la primera señal de civilización cuando vio que llegaba a lo que parecía un camino más allanado. Lo siguió durante un rato largo y empezó a ver casas, vallas que delimitaban los campos y ovejas que claramente no eran animales salvajes. Ana siguió adelante hasta que dio con una gasolinera y aparcó el coche, esta vez parando el motor.

La gasolinera se componía de una construcción hecha de madera pintada de blanco y un único surtidor de gasolina sin plomo. Al bajarse del coche, un hombre salió de la casa y Ana le indicó con gestos que llenara el depósito, todavía lo tenía a la mitad, pero solo le faltaba que darse sin gasolina en la travesía de vuelta.

Entró en la pequeña tienda, que tenía lo básico. Llevaba muchas horas sin comer, así que se compró lo poco que había: las mejores patatas fritas que había probado, algunas ciruelas y agua. Cuando el empleado de la gasolinera entró, Ana le explicó con gestos y palabras sueltas que estaba buscando el camino hacia Nairobi. El idioma universal funcionó, salió de allí con un mapa de carreteras con más años que ella y las indicaciones que había creído entender.

Solo tenía que seguir esa misma carretera hasta llegar a Limuru y desde allí nuevamente todo recto, directa a Nairobi. Parecía fácil. La noche terminó de caer detrás de Ana, así que encendió las luces y condujo al lento ritmo del tráfico africano. Después de tres horas de camino sin parar entró en la verdadera selva de Kenia, la capital. Cumpliendo la profecía de Makena, recordaba las carreteras, un sentido de la orientación que nunca antes había estado presente en sus caminos, la llevó casi a la primera a la pensión.

Los guardias reconocieron a Ana y entró con el coche hasta la puerta. Se bajó lentamente, y se dio cuenta de que estaba lo más cerca de casa que podía estar en ese momento. Subió las escaleras y se encontró la sonrisa de Makena, que se desvaneció en el mismo momento en el que vio el aspecto y la expresión que tenía su huésped favorita.

Ana se despertó con un dolor que le oprimía el lado derecho de la cabeza y con los rayos de sol que se colaban por los agujeros de la persiana formando en la pared una carretera de luces. Tenía la sensación

de haber dormido muchas horas y durante los primeros segundos que duró el despertar, no sabía dónde se encontraba.

Al llegar a la pensión la noche anterior, Makena la acompañó a su habitación. Ana tenía moratones por varias partes del cuerpo, los ojos hinchados, las ojeras hundidas y heridas en las muñecas de intentar deshacerse de las ataduras.

Mientras Makena le ayudaba a curarse las heridas, Ana contó a medias lo que había pasado. Las imágenes, tanto de la pelea con Runo como del reencuentro con Makena le venían desordenadas a la mente mientras se revolvía entre las sábanas.

Se ahorró bastantes detalles sobre la cabaña, ni siquiera ella tenía claro qué había ocurrido. A pesar de la posibilidad de que la delatara ante las autoridades, Ana no pudo evitar contarle un miedo que le recorría la espalda desde que se había montado en el coche. ¿Había matado a Runo?

La sensación de clavarle la navaja suiza en el cuello había sido parecida a pinchar un filete que está quemado por fuera y crudo por dentro. No había visto sangre y Runo había salido con mucha energía detrás de ella, pero con una mano en el cuello. Todo apuntaba a que había sido un pequeño rasguño, pero nunca lo sabría a ciencia cierta, a no ser que se lo encontrara de nuevo, cosa que esperaba que no ocurriera.

Makena desechó la idea de que Ana fuera una asesina con argumentos que parecían lógicos ante los ojos de alguien que quiere oír justo eso. En su fuero interno, no sabía si lo que decía era cierto y no sabía si estaría muerto o vivo, lo que sí sabía es que si lo estaba no había sido culpa de Ana y era muy difícil que alguien se enterara de ello.

Al contarle lo nuevo que había descubierto sobre su madre, la reacción de Makena fue de miedo y espanto. La homosexualidad estaba penada con más de 10 años de cárcel en Kenia, y en algún país vecino como Somalia podían aplicar la pena de muerte. Ana no podía creerlo, en su país dos hombres o dos mujeres de la mano quizá sufrieran alguna mirada curiosa o algún comentario por lo bajo, pero la ley les amparaba.

Ana estuvo hablando largo rato con Makena sobre los derechos humanos en cuestiones de libertad sexual. Su amiga no estaba en contra ni a favor, simplemente era un tema que no se hablaba y que se evitaba por todos los medios. Si alguien era homosexual, los ciudadanos tenían

cierta obligación de denunciarle y si no lo hacían y se enteraba la justicia por otros medios podrían estar implicados de alguna manera en el delito. La homosexualidad estaba prohibida por considerarse un acto contra natura.

Makena nunca había conocido a nadie que fuera homosexual ni había visto un beso entre personas del mismo sexo en la televisión. Los homosexuales o sospechosos de serlo podrían estar en la cárcel más de 10 años, así que entraban en una variante más en la historia, ¿estaría su madre en la cárcel?

Suponía que, si la hubieran llevado a la cárcel, su marido habría sido informado y lo habría comentado en la carta que le había dejado a su hija, era un dato importante como para pasarlo por alto.

Makena estaba horrorizada con toda la historia y temía que Runo volviera a por Ana, pero mantuvo sus inquietudes para sus adentros. Si seguía bien los pasos de la novela de Aure Balle, la encontraría.

—No habrá siguientes pasos —dijo Ana leyendo la mente de Makena.— Nunca pensé que esto fuera a ser tan peligroso. Pensé que sería fácil, sabía que no la iba a encontrar a la primera, pero nunca me imaginé algo así.

—No puedes abandonar ahora Ana, estás cada vez más cerca —respondió Makena apenada. Había empatizado demasiado con la historia de Ana.

Recordando la conversación que había tenido con Makena, Ana se volvió a quedar dormida. Ana lo tenía bastante claro, ese mismo día buscaría un vuelo de vuelta a Madrid y se olvidaría para siempre de su madre y de esa historia. Llamaron a la puerta y entró Makena.

—Ana, he encontrado algo —dijo Makena despertando a Ana con el libro en la mano— anoche cuando te dormiste lo cogí y lo leí. Tu madre no tenía ni idea sobre Kenia, hay muchas cosas inventadas, pero otras son ciertas. He visto los apuntes que tenías hechos en el libro y también cogí tu agenda —continuó Makena levantando la agenda de Ana con la mano.

—Vaya, en esta habitación no hay mucha intimidad —dijo Ana con voz de dormida intentando disimular su molestia ante la intrusión de Makena. Tampoco podía reprocharle nada, había sido ella la que la había involucrado cuando le pidió ayuda por primera vez.

—Perdona, pero no puedo dejar que te vayas cuando todavía quedan cosas por hacer —respondió Makena— he estado viendo los pasos que querías seguir y te has saltado uno. Durante la historia, el comerciante de Nairobi visita varias veces un bar: Ma Bar.

—Sí, lo sé, pero ese bar es inventado, no aparece en ninguna guía ni en ningún sitio —contestó Ana.

—Falso, ese bar sí que existe y está aquí al lado —dijo Makena.— Lo que pasa es que se ha cuidado de aparecer en guías comerciales.

—¿Y? ¿Quieres que vaya allí y vuelva a preguntar al primero que se parece a un personaje de ese libro si conoce a mi madre? Es ridículo, busco a una persona sin ningún punto de referencia a través de un libro de ficción, ¡es imposible! —dijo Ana molesta. Makena no entendía que había abandonado.

—No, no quiero eso, no quiero que sigas el libro. Quiero que vayas a preguntar por tu madre a la hermana de Runo. Quiero que vayas a conocer a Kasha —dijo Makena.

## 7 Kasha

Kasha trabajaba en Ma Bar, un bar de conciertos clandestinos situado en los bajos de una carnicería. Makena había estado allí varias veces, y al leerlo en el libro se fijó en que no estaba subrayado ni marcado como uno de los pasos a seguir.

Ante la idea de que Ana se cogiera un vuelo al día siguiente, esa misma noche se pasó por allí para ver si averiguaba algo. Ella había estado muy unida a su madre y quería que Ana conociera a la suya, todo el mundo se merecía saber de dónde viene.

Le había conmovido la valentía con la que estaba emprendiendo ese viaje, le costaba imaginarse a ella misma en un país completamente desconocido siguiendo a una persona con ninguna pista de referencia. Al llegar al local estaba tocando un grupo que mezclaba ritmos tradicionales africanos con los sonidos punk que llegaban desde occidente. Se quedó un rato escuchándolos mientras pensaba qué podía haber allí que fuera útil. En el libro estaba mencionado como un lugar en el que el protagonista iba a tomarse de vez en cuando una cerveza al principio de su estancia en Nairobi, no decía nada más allá.

Estuvo sentada en una mesa alta al final del escenario hasta que se terminó su cerveza y se levantó a por otra. Cuando se la pidió al dueño que estaba detrás de la barra, este se encontraba haciendo números con la calculadora y sin levantar la cabeza de su libro de cuentas gritó: “Kasha, una *Tusker*, que estoy liado”.

De la puerta que había detrás de la barra salió una mujer de unos 50 años, que llevaba puesto un delantal y una cinta en el pelo que le crecía

muy rizado dejando aparecer algunas canas. Sonrió a Makena y le dio una cerveza.

La edad y el nombre encajaban en un lugar escrito en el libro que estaba siendo el mapa de esa expedición. Eran demasiadas coincidencias en un viaje que por ahora se había basado en el azar, así que pensando en la fiabilidad de las pistas que habían ido siguiendo, consideró que estaba a la altura.

Makena había convencido a Ana para que se quedara unos días más en Nairobi, esa misma noche irían a Ma Bar. Para que estuviera entretenida, Makena le organizó un día de turismo por la ciudad: Pasó el día visitando el centro de acogida de elefantes huérfanos *David Sheldrick Wildlife Trust* y dando de comer a jirafas en el *Giraffe Center*.

Por la noche salieron del hotel en el coche de Abuya que conducía tan hablador como siempre. El bar clandestino de conciertos era un local a pie de calle en el que había colgada detrás de unas vitrinas sucias la carne que se vendía por la mañana. Los pocos muebles eran de cuarta o quinta mano y la decoración general era un estilo vintage sin pretenderlo. El público que cabía en el reducido espacio era mestizo y la mayoría se animaban a bailar al ritmo de la música, mientras unos cuantos se quedaban en los taburetes de atrás.

Para ir a pedir una cerveza había que pasar a otra sala en la que se encontraba la barra, el dueño estaba detrás de ella con el libro de cuentas. Makena le pidió la cerveza mientras Ana elegía una mesa estratégica alejada del ruido del concierto, para poder hablar y desde la que se viera la puerta de los camareros. Esta vez el dueño levantó la cabeza de la calculadora, sonrió ampliamente a Makena y le dio las bebidas.

No habían tenido casi tiempo para planear la estrategia, así que estuvieron hablando sobre cómo afrontar el primer contacto con Kasha. La aparición de Aure había hecho que esa mujer fuera expulsada de su pueblo y según había contado Runo no habían vuelto a saber de ella. Ana no sabía si seguían juntas, si llevaban años sin saber la una de la otra o si habían terminado mal. Después de conocer el rencor del hermano, no quería comprobar si era algo genético.

Mientras cavilaban sobre las posibilidades entre las dos mujeres, Kasha apareció en la barra cargando una pesada caja de cervezas, le dijo algo al dueño y este se metió dentro de lo que suponían que era el almacén. Ana se levantó, caminó directamente hacia ella y le pidió un

tercio. Kasha se giró sonriendo, cogió una cerveza y se la apoyo a Ana en la barra. Se miraron a los ojos y Ana sintió cansancio a través de ellos, Kasha se dio la vuelta y Ana volvió a su mesa.

—Se ha girado para mirarte cuando te ibas —dijo Makena cuando Ana se sentó— seguro que te ha reconocido.

Mientras se bebían la cerveza y hablaban muy bajito, Ana notaba la mirada de Kasha clavada en su perfil. Varias veces se giró viendo como la camarera bajaba la mirada y fregaba un vaso disimulando.

—Tienes que ir allí y hablar con ella —dijo Makena.

—No sé qué decirle —contestó Ana.

—Claramente sabe quién eres, o por lo menos se está preguntando por qué le recuerdas tanto a ella, no deja de mirarte —respondió Makena.

—¿Y si también odia a mi madre como Runo? —preguntó Ana.

—La veo mirarte y no hay odio por ningún sitio —respondió Makena— tienes que ir y no perder tu oportunidad. Imagínate que se acaba su turno y se va. Por favor, plántate ahí y habla con ella.

Ana respiró varias veces profundamente, apuró la cerveza de un sorbo y fue hacia la barra. Kasha la vio acercarse y bajó la cabeza.

—Hola —dijo Ana.

—Hola, ¿otra cerveza? —preguntó Kasha sin mirarla a los ojos. Hablaba un inglés fluido con un acento africano marcado. Tenía una voz suave y ronca a la vez.

—Sí por favor —respondió Ana.

—Aquí tienes —dijo Kasha dándose la vuelta para limpiar la estantería de las botellas. A Ana le dio la sensación de que las botellas estaban bastante limpias como para tener que limpiarlas en ese momento. Ana se quedó unos segundos sujetando la cerveza que seguía apoyada en la barra.

—Oye —dijo Ana titubeando— ¿sabes quién soy? Soy Ana.

Kasha se giró sobresaltada y la miró durante un segundo que se hizo eterno.

—Eres tú... os parecéis tanto... ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Sabes algo de ella? Aquí no podemos hablar —dijo en un susurro nervioso acercándose a la barra.

—He venido a buscarla, eres mi última esperanza —respondió Ana bajando el tono de voz.

Kasha se fue rápidamente por la puerta de la barra y desapareció. Después de unos cinco minutos apareció el dueño del restaurante, salió de la barra y se plantó en la mesa de Ana y Makena.

—¡Jambo!, soy Mugi —dijo felizmente abriendo las manos con las palmas hacia arriba. — Venid por aquí, hay cosas que no se pueden hablar en público —continuó en un susurro haciendo un gesto para que le siguieran.

Siguieron a Mugi por detrás de la barra y se metieron por la puerta por la que había aparecido Kasha. Llegaron a un pequeño almacén desordenado por el que se entraba al patio interior de un edificio con mucha ropa colgada por encima de sus cabezas, lo atravesaron y entraron en la cocina de un bajo que olía a humedad.

Una bombilla desnuda colgada de un fino cable del techo alumbraba la estancia formada por una pequeña encimera con un calentador de gas, un sofá y una mesa con cuatro sillas. Kasha las esperaba de pie junto a la mesa preparando un té. Cuando entraron, Mugi cerró la puerta tras ellas y Kasha se quedó mirando a Ana. Cuando salió por la puerta, el silencio se hizo dueño de la escena hasta que Kasha lo rompió.

—Claro que sé quién eres, supongo que te lo han dicho más de una vez, pero eres igual que ella —dijo Kasha acercándose para abrazar a Ana— completamente igual.

—Sí, me lo han dicho varias veces, sobre todo en este viaje —respondió Ana mientras se terminaba el abrazo con esa desconocida.

Kasha y Makena se presentaron y se sentaron las tres a la mesa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kasha.

—He venido a buscarla... Quiero conocerla...

—Ella temía que este momento llegara.

—¿Por qué? —preguntó Ana sorprendida.

—Se avergonzó siempre —contestó Kasha— siempre se avergonzó de abandonarte.

—Podría haber vuelto —dijo Ana después de un incómodo silencio.

—No es tan fácil, a veces hay mujeres que no están preparadas para ser madres, y la tuya era una de esas. Puso por encima su libertad, nunca creyó que pudiera ser una buena madre— dijo Kasha.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Ana eludiendo el comentario de Kasha.

—Hace 11 años que no sé nada de ella —respondió Kasha.

Una jarra de agua helada cayó sobre Ana, se había hecho tantas ilusiones al ver a Kasha, que pensó que encontraría a su madre directamente, ni siquiera había prestado atención a lo primero que le preguntó la camarera en la barra del bar. Todo el peso del viaje volvió a caer sobre sus hombros.

—¿Por qué no sabes nada de ella? —preguntó Ana sin conseguir disimular su alteración.

—He estado en la cárcel 10 años. Salí hace unos meses —respondió Kasha con total normalidad, como el que dice que ha ido a comprar el pan.

—¿En la cárcel? —preguntó Ana con tanta indiscreción que Makena se removió incómoda en su asiento.

—Por relaciones contra natura —respondió Kasha— aunque supongo que tú eso ya lo sabes, si no, no estarías aquí.

—Vaya, lo siento mucho, no sabía nada de la cárcel —respondió Ana sintiendo como Makena volvía a darle un rodillazo nervioso.— He venido a que me ayudes a encontrarla y para ello necesito saberlo todo. Por favor. ¿Tienes alguna pista de dónde puede estar?

Ana le contó a Kasha brevemente su estrategia para encontrar a su madre y cómo su hermano la había llevado hasta ella. Obvió los detalles de la cabaña, simplemente le dijo que Runo le había contado la historia.

—Mi hermano... hace casi veinte años que no le veo... La última vez que le vi, bueno ya sabes, casi me mata, siempre fue violento, fue el que nos delató y nos hizo huir como delincuentes— dijo Kasha.

Kasha se levantó a por el té y lo sirvió en tres tazas.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Ana recordando a Runo.

—Mi hermano Runo apareció en el pueblo con una escritora blanca. A mí ella me producía curiosidad, pero supongo que como a cualquiera de por allí, era una gran novedad en un sitio en el que nunca pasaba nada. Al principio no hablábamos casi, ella se dedicaba a recorrer los alrededores con Runo y a escribir por las noches, pero cada vez que nos mirábamos yo notaba sus ojos verdes atravesándome.

No podía quitármela de la cabeza y buscaba excusas para pasar por donde estaba solo para mirarla. Para mirarnos. Una noche, cuando estábamos frente a la hoguera se sentó a mi lado y me preguntó mi nombre, mi hermano ni siquiera nos había presentado.

Empezamos a hablar con lo poco que ella sabía de suajili y el inglés que yo había aprendido en el colegio. Poco a poco fui enseñándole las costumbres de la aldea y mis lugares favoritos. Estaba más pendiente de ella que del resto de mis obligaciones y me notaba distraída. Mi marido no veía bien que anduviera tanto con ella, pero yo le convencía diciendo que si mi hermano lo hacía era algo bueno. Si ella venía, cambiaba todos mis planes para pasar tiempo juntas y cuando hablaba sentía que era la persona que mejor contaba historias del mundo. Me contaba los cuentos de sus libros y me hablaba de su ciudad. Yo tenía muchas amigas, pero con ninguna sentía lo que sentía con tu madre, siempre quería saber más de ella y estar más cerca. Tampoco sentía eso con mi marido, ni lo había sentido nunca con nadie. Supuse que su procedencia era un plus y a mí siempre me había interesado lo que había más allá de Kenia. Los paseos eran cada vez más frecuentes y en alguna ocasión, cuando nos tocábamos la mano por accidente o fingiendo que era un accidente, una electricidad que no conocía, recorría mi cuerpo hasta hacer hormiguitar mi lengua. Perdona que te cuente esto, eres su hija, pero llevo tantos años pagando por ello que ya me da igual.

Una tarde dando uno de nuestros largos paseos, nos sentamos en las rocas del río a descansar y al ayudarme a levantarme me atrajo hacia ella con las manos y me besó. Así, sin más, acababa de cambiar mi vida. Lo que yo conocía como un beso era un chocar de labios y lenguas fuerte y corto que terminaba en unos empujones sin cariño. El significado del beso cambió para mí, y pasó a convertirse en un cosquilleo suave que no quería que acabara nunca.

Buscábamos lugares escondidos para estar juntas. Yo sabía que lo que estábamos haciendo era muy peligroso, pero ella no era consciente. Runo desapareció durante algún tiempo y eso nos dio todavía más espacio cuando yo conseguía escaparme de mi marido. Un día nos descubrió y se acabó todo.

Nos delató a todo el pueblo y huimos. Si nos pillaban acabaríamos en la cárcel. Salimos con lo puesto en el coche de tu madre y recorrimos horas y horas las carreteras. Yo conocía el terreno así que nos dirigimos hacia la costa, lejos de cualquiera que nos pudiera conocer. Tu madre no tenía ni idea del peligro que corríamos, solo lo comprendió con los años. Nos asentamos en la playa de Diani, en una pequeña casa que alquilamos a unos kilómetros de la costa. Abrimos una tienda de sou-

venirs que yo hacía y ella vendía, todo un tópico. Estuvimos así unos años hasta que en 1982 abandonamos esa casa y nos fuimos a viajar.

Viajamos durante siete años por América y Oceanía gracias a las ventas de los libros de tu madre en Europa. Volvimos a Kenia para que yo arreglara mis papeles y nos alojamos en un hotel pequeño del centro de Nairobi. Los dueños nos descubrieron y nos denunciaron a la policía. Una mañana unos nudillos duros dieron tres fuertes golpes en la puerta de nuestra habitación y nos llevaron detenidas.

Yo me levanté a abrir la puerta y a ella la sacaron de la cama. Es la última imagen que tengo. Mi abogada me contó que la habían soltado a los pocos días por ser extranjera, pero le habían prohibido la entrada en Kenia, no estaba el país para meterse en ningún conflicto diplomático con Europa. A mí en cambio, me juzgarían con una pena de más de 10 años.

Después del juicio vino Mugui a verme. Me explicó todo lo que estaban intentando hacer para sacarme de la cárcel y consiguieron reducirme la condena por buena conducta y algún que otro generoso soborno. Tu madre actuaba a través de las manos de Mugui y solo me pudo dar una indicación: Sé paciente y vuelve a Ma Bar cuando salgas.

—¿Aquí? —preguntó Ana.

—Sí. Mugui, el hombre que os ha traído hasta aquí es un gran amigo de las dos. Nos ayudó siempre que pudo —dijo Kasha sacando una pequeña libreta roja del bolsillo de su delantal.— En esta libreta tu madre me dice dónde estará cuando yo salga y dónde tengo que ir. Nunca se supo establecer en un sitio fijo, pero siempre le gustaba tener un lugar al que volver. Dejó una dirección por la que pasaría de vez en cuando y en la que me podría quedar hasta que ella volviera.

—¿Entonces tienes ahí escrita la dirección en la que vive mi madre?

—respondió Ana.

—Así es —respondió Kasha empujando la agenda por la mesa hacia Ana— te la presto —continuó Makena con una sonrisa— pero con vuelta eh —añadió suavizando el ambiente.

## 8 La libreta

Ana apuntó el teléfono del bar para localizar a Kasha y se despidieron quedando en que Ana la llamaría cuando leyera la libreta. Kasha tenía planeado ir en busca de Aure en cuanto arreglara sus papeles y pudiera salir del país.

Estaba viviendo en la habitación en la que habían estado, Mugui dejaba que se quedara allí. Él la acogería encantado en su casa, pero su mujer no estaba muy de acuerdo con ello, así que Kasha se conformaba con ese saloncito húmedo en los bajos de un patio. Dijo que era todo un lujo en comparación con cómo había vivido los últimos diez años, fue la única alusión que hizo a la cárcel.

Mientras hablaba, Kasha había lanzado alguna broma al aire sobre su nueva mansión o su ropa de moda refiriéndose al delantal que llevaba. Después de cada risa, aparecía una pequeña sombra de cansancio en su mirada que relajaba sus pómulos. Parecía que siempre se había tomado las cosas con humor, y que seguía intentándolo, aunque ya le costaba mantener la sonrisa cuando no era necesario. Transmitía tranquilidad.

Volviendo al hotel, Makena estaba orgullosa de haber sido ella la que había encontrado a Kasha, ahora estaban realmente cerca de conocer a su madre. Durante el camino de vuelta fue parlotando sobre lo que le había parecido Kasha y lo duros que debían haber sido los años en la cárcel.

Ana en cambio iba más pensativa y a veces ni si quiera la escuchaba. Agradecía mucho que Makena la hubiera convencido para quedarse

más, sin ella ya estaría en España, y probablemente ni siquiera hubiera pasado del mercadillo de las camas; pero ahora necesitaba un poco de silencio.

Llevaba en la mano una libreta que le había dado la amante de su madre y que contenía información sobre su supuesto paradero. En su casa quedaban algunas cosas de su madre: libros, chaquetas, unas gafas de ver en el fondo de un cajón, alguna camisa que Ana había encontrado y que fingía haberse comprado en el Rastro... pero nunca había tenido la sensación que tenía con esa libreta.

Era como si hubiera encontrado parte de su madre en esas tapas de cuero rojo, era algo que había sido realmente importante para ella, no una camisa vieja o unas gafas mal graduadas. Era lo que había estado buscando mucho tiempo en su cabeza y varias semanas recorriendo Kenia para encontrarlo. Lo tenía en la mano y allí iba, con las palabras de Makena martilleándole la cabeza.

Ana ordenaba los libros de mayor a menor en sus estanterías, escribía notas en los márgenes, dejaba tickets del metro entre las páginas para que el que lo relejera (incluso si era ella misma) supiera en qué situación habían sido explorados esos libros, y le parecían sexys las páginas con alguna mancha de café o de chocolate. Otra de sus manías era empezar un libro por el principio y terminarlo por el final, es decir, no leer la última página antes de empezarlo y no saltarse párrafos. Y así empezó a leer la libreta roja cuando se sentó en su cama con las piernas en posición de loto.

*Huesca, 31 de enero de 1995*

*Querida Kasha,*

*Siento que las últimas horas que hemos pasado juntas hayan sido dormidas, si alguien me hubiera venido a decir que íbamos a separarnos por tanto tiempo no te habría dejado cerrar los ojos ni un segundo. Por otro lado, pienso lo bonito que ha sido quedarme dormida mientras me hablabas y despertarte por las mañanas todos estos años. Ya sabes que no soy mucho de trasnochar, pero ya te digo que esa noche habría dejado que nos detuvieran sin pegar ojo.*

*Aunque si todo esto fuera real y una voz me hubiera susurrado al oído que venían a por nosotras, habríamos vuelto a huir con éxito como tantas otras veces, para volver a amarnos en otro país.*

*Cuando nos detuvieron, me encerraron en una sala de interrogatorio preguntándome cuántas veces habíamos cometido relaciones contra natura... Relaciones contra natura, que expresión tan fea para nombrar algo tan bonito... Aun- que no te voy a contar esto a ti, supongo que te hicieron lo mismo o incluso peor... Egoístamente no quiero ni pensarlo. No lo quiero recordar, ni que lo primero que sepas de mí sean mis lamentos sobre lo mal que lo pasé en 24 horas de retención, cuando tú estás diez años encerrada.*

*Como te decía, me soltaron a las 24 horas y me obligaron a abandonar el país con lo puesto para no volver nunca. He estado en contacto con Mugui todo este tiempo para intentar sacarte de ahí sin mucho éxito y para entregarle esta libreta a través de un conocido que viajó a Kenia hace un tiempo. Acordamos que te acogería hasta que tuvieras todo en orden para venir aquí. Le dejé los datos de un número de cuenta del banco central en el que hay dinero suficiente para que vengas a por mí, si tienes ganas claro. Si has cambiado de opinión en estos años, dile que vienes a buscarme y lárgate con el dinero a Sudáfrica, al fin y al cabo, era nuestro próximo destino. Pero te lo advierto, si me entero de que has salido de la cárcel y te has ido a Sudáfrica, te buscaré por todo el país para poder mirarte un rato.*

*Ya sabes que estoy obsesionada con recorrer el mundo, así que voy a seguir haciéndolo para volver a recorrerlo contigo cuando salgas de la cárcel. Otro nombre muy feo, ¿verdad? Cárcel. Te prometo una cosa, nunca iré a Sudáfrica, Sudáfrica lo dejo para descubrirlo juntas.*

*¿Recuerdas que decía que comprar una casa era un lazo innecesario? Después de vivir toda mi vida deshaciéndome de mis ataduras, me quitaron a la que todavía estaba agarrada muy fuerte y eso me hizo darme cuenta de que necesito un sitio al que volver. Un sitio al que volvamos las dos. He remo-*

*delado la casa vieja de mis padres en el pueblecito del Pirineo aragonés del que te hablé alguna vez, en el norte de España. Va a hacer mucho frío para ti, pero hay una gran chimenea para que calientes tus manos.*

*Cuando leas esto y estés preparada para que nos volvamos a ver tienes que venir a esta dirección: Calle Montaña Azul 7, Sesué, Benasque (Huesca, España). Llama a la puerta cuando llegues, si no estoy en ese momento, ve a ver a mi vecina Tina, en la casa de la puerta roja de la calle paralela. Probablemente estaré allí esperándote o volviendo en el primer avión para verte.*

*Te tengo que confesar una cosa, me aterra la idea de que no vuelvas. En este tiempo puedes haber cambiado tanto, puede que ahora me odies o que te hayas olvidado de mí, o que no quieras correr más riesgos. En Europa se están normalizando las cosas y en algún país están a punto de aprobar el matrimonio, ¿nos imaginas casadas? ¿Nos casamos?*

*Tengo tantas cosas que contarte... te echo tanto de menos...*

*He estado unas semanas en Madrid y he visto a Ana, aunque no me he atrevido a que ella me viera a mí. ¿Qué voy a decir? Tiene 17 años y está guapísima. La reconocí al momento, tiene la misma cara que cuando la vi por última vez, con cuatro años. He visto cómo iba al colegio mirando varias veces antes de cruzar el paso de cebra, cómo quedaba con sus amigas, y hasta con un chico. También la he visto con su padre, me dio la sensación de que él se quedó mirándome, pero le debí parecer solo un espejismo.*

*No tengo valor, no lo tengo. No soy capaz de decirles, ¿qué tal estos 13 años sin mí? No tengo la fuerza de contarles que me fui porque no me soportaba a mi misma, no sentía que fuera capaz de criar a una niña y enseñarla a perseguir sus sueños cuando ni siquiera lo he hecho yo. ¿Qué puede aportar una madre que desaparece continuamente?*

*Nos han enseñado que una madre tiene que abandonar sus sueños para cumplir los de sus hijos, que tenemos que dejar de pensar en nosotras para pensar en ellos, que no puedes*

*anteponer tu pasión al amor por tus niños, que tienes que ponerlos en tu lista de preferencias, que tienes que estar con ellos cuando están enfermos... todo eso que ya hemos hablado y de lo que no me sentí nunca capaz. Siempre pensé que no iba a ser buena madre porque no iba a hacer nada de eso.*

*Ahora me siento impotente por no haber estado, me siento impotente porque tengo ganas de conocerla y no puedo. Siento curiosidad por saber cómo es, cómo se toma la leche con Cola – Cao o si le gusta la leche, ¡igual no le gusta! Quiero saber si le gusta leer, si es más de letras o de ciencias o si tiene miedos por las noches. También me pregunto si sabe cantar, si toca algún instrumento... Cuando les abandoné (sí, ya soy capaz de decir que les abandoné), Ana era una niña con los ojos más bonitos que he visto nunca y el pelo rubio oscuro ca- yéndole sobre el hombro, se reía mucho y le gustaba meter la mano en la tierra de las plantas, ¡las destrozaba todas! Por las noches se quedaba dormida mientras le contaba algún cuento que me inventaba en ese momento.*

*Otra vez más, mi miedo al rechazo ha sido superior a mi curiosidad, así que me fui y no creo que vuelva. Nadie sabe dónde estoy, así que veo bastante improbable que Ana decida buscarme y que me encuentre. Seguro que es una chica fuerte y segura de sí misma que tendrá muy aceptado que su madre no existe.*

*Así que si algún día quiero conocerla tendré que armarme de valor para ello, te necesito a mi lado para hacerlo.*

*Te espero en casa siempre. Te quiere,*

*Aure*

Ana cerró la libreta. Sentía que se había metido de lleno en la intimidad de su madre, que había invadido el espacio que nunca había podido tener con Kasha. Seguía sin entender por qué no la había ido a buscar o por qué no se había puesto en contacto con ella, pero por lo menos ahora había humanizado un poco más a Aure.

Por primera vez había descubiertos los sentimientos de su madre de su propia boca, o en este caso, de su puño y letra. Nunca antes había

sabido a ciencia cierta lo que pensaba sobre haber abandonado a su familia, tampoco había sabido nunca las razones.

Ahora podía hacerse un esbozo de lo que había llevado a su madre a huir, aunque seguía sin comprenderlo. Sabía dónde estaba su casa, ¿pero estaría allí? Y si estaba, ¿seguía queriendo conocer a su hija?

La libreta había sido escrita hace cinco años. Ana no sabía mucho de su madre, pero sí sabía que no era una mujer de ideas fijas. Había emprendido este viaje buscando a una madre sin la que había vivido durante toda su vida, esa figura no existía en su memoria.

Durante los años, Ana había creado un prototipo de madre en su cabeza que puede que se alejara completamente de la realidad. Igual no era cariñosa, ni sonreía mucho, se levantaba de mal humor, y no sabía hacer un zumo de naranja. Ana no sabía que le deparaba conocerla, y tampoco sabía si quería descubrirlo.

—¿De verdad me estás diciendo que abandonas aquí? ¿Teniendo la dirección de tu madre literalmente en la palma de tu mano? —preguntó Makena cuando Ana le contó que abandonaba, que se iba a casa.

—Bueno Makena, estoy cansada, ¿y qué me va a decir? Tengo 26 años, he vivido toda la vida sin mi madre, ya estoy criada y crecida, ¿para qué quiero conocerla? Esto se ha convertido en un riesgo innecesario que sirve simplemente para solucionar un trauma infantil. —respondió Ana.— Me habría gustado tener madre, pero durante toda la vida, no me merece la pena conocerla ahora... no sé como no me he dado cuenta antes.

—¿Ah sí? Eso díselo a la Ana que vino a Nairobi queriendo solucionar un asunto pendiente que tenía desde hace tiempo. Viniste con las pilas cargadas y con la cabeza alta y ahora te vas a ir cuando estás a un paso de llegar a ella —le reprochó Makena.

—Sí, sé que es un cambio de actitud muy fuerte, pero en este viaje he vivido situaciones inesperadas e incluso peligrosas que me han hecho plantearme para qué estaba haciendo todo esto. He pensado mucho y me he dado cuenta de que en mi cabeza solo está tener madre, pero no todo el proceso de conocerla, plantarme delante de ella y decirle: “hola, soy tu hija”.

—O sea que, quieres el resultado, pero no quieres hacer el camino hasta ella —dijo Makena.

—Supongo. Creo que ya he hecho bastante camino —contestó Ana.

—Las cosas se hacen únicamente por dos razones: por miedo o por amor. Este viaje te llevó a hacerlo el amor, y ahora te lo está quitando el miedo. Tu madre te tuvo por amor y se fue por miedo. ¿Quieres que el miedo sea el que domine tu vida? ¿Vas a hacer lo mismo que hizo tu madre? Es decir, no vas a afrontar la realidad por el miedo al rechazo, como ella. Si has vivido todo este tiempo sin madre, también puedes hacerlo sin conocerla, pero también puedes conocerla y volver a tu vida. Tienes que cumplir este objetivo y terminar lo que has empezado. Creo que no sabes mucho sobre tu madre, pero sí sabes que en algo no quieres ser como ella: no quieres que tu vida la domine el miedo. Si tú no vas a ella por miedo al rechazo y ella hace lo mismo... está claro que sois madre e hija.

—Bueno... —intentó responder Ana.

—Además, si nada más leer la carta de tu padre te compraste un vuelo hacia Nairobi, dudo bastante que puedas aguantar mucho tiempo sabiendo su dirección sin ir a buscarla. Así que mejor quítate la tirita de golpe, ve allí aunque sea solo a decirle: “no te necesito”— continuó Makena.

Ana llamó a Kasha y quedaron en que cuando esta arreglara sus papeles se verían en Madrid para ir juntas en busca de Aure al Pirineo aragonés.

## 9 El Congosto

Ana estaba en la Terminal 4 del Aeropuerto de Bajaras esperando a Kasha. Habían pasado dos meses desde que volvió de Nairobi y Kasha consiguió arreglar sus papeles. Al irse de la capital de Kenia, había dejado a Makena en la recepción del hotel con la promesa de que se volverían a ver en Madrid.

Realmente Makena había sido un gran apoyo allí, sin ella habría vuelto con las manos vacías y con la decepción como bandera. Tenía ganas de volver a verla algún día. Tenía la esperanza de que no fuera una promesa más de seguir en contacto que acababa en el cubo de basura con tantas otras de su condición.

Cuando llegó a Madrid cayó en la cuenta de todo lo que había echado de menos. Aprovechó que sus compañeras de piso no estaban para darse una ducha larga, utilizar su baño y dormir una siesta en silencio total. En las tres semanas que había estado en Nairobi no había andado nada, todos los trayectos habían sido en coche y con un destino fijo. Echaba de menos perderse por las calles, así que salió a dar un paseo.

Sus amigos le preguntaban por su viaje, ella se limitaba a destacar lo maravilloso que había sido el safari y lo generosos que son los africanos. Es decir, fomentaba los clichés para que el que preguntaba se quedara tranquilo pensando que, sin haber salido de su ciudad, era un gran conocedor y no indagara más. Solo sus dos amigas más cercanas sabían la verdadera razón y a estas les contó el viaje con todo tipo de detalles, incluyendo la escena con Runo.

Recordar toda esa situación tiempo después, le hacía pensar cómo ese incidente había estado a punto de quitarle todas las fuerzas que tenía guardadas para ese viaje. Cuando lo veía con perspectiva relatólo con voz temblorosa y cierta vergüenza, se daba cuenta de lo valiente que había sido. Haber superado esa situación le hacía sentirse capaz de todo.

Seguía sin saber si le había matado o si solo le había hecho un rasguño, a veces este pensamiento inundaba su mente imaginando que años después la policía llamaba a su casa para acusarla de asesinato en Kenia.

Los viajeros salían de la puerta de embarque buscando con los ojos a su respectiva persona que haría esa mañana de taxista. Algunos salían con ojos activos pasando las pupilas de figura en figura y continuaban con la sonrisa caída en dirección al metro al no recibir ninguna visita inesperada. Otros encontraban a sus familiares y se abrazaban, otros a su pareja y se besaban, y otros simplemente se iban sin buscar a nadie. Entre todas esas miradas atentas apareció Kasha con una pequeña mochila, cara de cansada y un libro en la mano. Cuando encontró a Ana sonrió y se dirigió hacia ella. El plan era pasar por casa de Ana para que Kasha pudiera ducharse, descansar un poco y desayunar, para marcharse esa misma tarde hacia el Pirineo.

Kasha venía vestida con un pantalón de chándal, una camiseta negra y una sudadera que le iba grande. Una vez en casa, cuando Kasha ya se había duchado se puso otra camiseta del estilo, otro pantalón quizá más viejo que el anterior y se sentó a desayunar. Ana la observaba y veía como Kasha toqueteaba su camiseta y se remangaba los pantalones.

—¡Qué poco equipaje traes! —dijo Ana— Cuando viajo me llevo la casa a cuestas y luego no uso ni la mitad.

—Bueno, no tenía más, la verdad es que no me dio tiempo a comprar nada en Nairobi, entre arreglar los papeles e intentar no encontrarme a nadie conocido se me ha pasado el tiempo. Ni siquiera había pensado en la ropa —mintió Kasha.

Antes del viaje salieron a dar un paseo en dirección a las tiendas más cercanas. Ana vivía en el barrio de Chamberí, así que en veinte minutos estaban entrando en los comercios de Gran Vía. Kasha volvió a casa con ropa colorida acorde para volver a ver a tu pareja después de diez años en la cárcel.

Ahora sí estaban preparadas para conducir por la A2 en dirección al Pirineo. El viaje duraba unas 6 horas, así que llegarían allí por la tarde– noche. Ana había mirado el recorrido y había que ir por la autopista hasta llegar a unas angostas carreteras que se metían en las montañas.

Kasha notaba como a medida que recorrían los kilómetros le sudaban más las manos, y no era solo por el calor que traspasaba el cristal. Tenían el aire acondicionado moviéndoles el pelo e incluso se le estaban quedando los brazos un tanto fríos, pero las manos frías como el hielo estaban húmedas por el sudor nervioso que se acompañaba de una presión que se le metía en la garganta.

Se imaginaba llamando a la puerta de un pueblo perdido en las montañas para volver a verla a ella, la razón por la que había sido feliz y que le había dado fuerzas para levantarse cada mañana del catre. Kasha antes era una mujer con mofletes, con curvas y con la luz como protagonista en sus ojos. Ahora estaba delgada, sentía como los huesos se le salían de la cadera y las ojeras apagaban sus ojos oscuros.

Ana iba conduciendo y dejando volar su mente entre los coches a los que adelantaba. Un cosquilleo le subía por las piernas cuando se imaginaba con Kasha llamando a la puerta de la casa de su madre. Iba a conocerla por fin, y acompañada de la razón que había hecho feliz a su madre. Quizá debía dejarle un momento de intimidad antes de aparecer, no sabía muy bien cómo actuar.

—Desde que empecé a buscar a mi madre me he preguntado una cosa, ¿por qué no siguió escribiendo? —preguntó Ana.

—Sí que lo hizo, siguió escribiendo —contestó Kasha sorprendida.

—¿Cómo que siguió escribiendo? —preguntó Ana— me he leído todos sus libros y el último en publicarse es *Nairobi, su ciudad*.

—Claro, el último libro a su nombre: Aure Balle. Luego siguió escribiendo bajo otro seudónimo —respondió Kasha— Rosa Mwandishi.

—¿Mwandishi? —preguntó Ana.

—Significa escritor —respondió Kasha.

Cuando fue a África y pasó todo lo que cambió su vida, decidió cambiar de seudónimo. De esa manera podría escribir sin ningún tipo de auto censura, porque tenía claro que quien lo leyera no conocía a la autora, o por lo menos no creía conocerla. Kasha era la única que sabía su seudónimo.

Su padre tenía una estantería repleta de libros de Rosa Mwandishi y ella los había leído todos. Era una de sus autoras favoritas y si comparaba su literatura con la de los libros de Aure Balle estaba a años luz, cuando leías un libro de Rosa Mwandishi confundías tu propia realidad con la ficción, mientras que con los libros de Balle pasabas un rato agradable leyendo en el sofá. ¿Sabría su padre quién era la escritora?

Ana recordaba especialmente una trilogía en la que dos condenadas a prisión que eran inocentes viajaban por el mundo escapando de la justicia. El libro te transportaba a playas paradisíacas del Caribe, paisajes helados en Finlandia y desiertos en África. Ahora Ana entendía que esa trilogía era una autobiografía.

Para hacer el viaje más ameno, Ana le habló a Kasha sobre su familia. Le contó cómo había sido su infancia junto a su padre y su abuela y cómo la huida de Aure había sido un tema tabú en su casa. Su madre era hija única y sus padres habían muerto en un accidente de tráfico, así que la única familia que tenía Ana no quería ni hablar del tema. Ana siempre había echado de menos poder hablar con alguien que la conociera.

Aure había tardado casi un año en contarle a Kasha que tenía una familia en España. Kasha se había quedado muy sorprendida al oír eso, se encontraba en un momento vital en el que estaba saliendo de su zona de confort, olvidando todo lo que su cultura le había enseñado y con lo que silenciosamente nunca había estado de acuerdo. Abandonar a una hija sin dar explicaciones se escapaba de su entendimiento.

A Aure le costó mucho tiempo que Kasha comprendiera sus razones, y todavía hoy no las comprendía del todo, pero había decidido respetarlas. Durante toda su relación insistió para que fuera a conocer a su hija. No tenía por qué quedarse a su lado, simplemente decirle que tenía una madre, que podía contar con ella. Aure no se sentía capaz porque no sabía si realmente iba a estar allí cuando su hija la necesitara. El miedo al fracaso y el miedo a decepcionar a los demás ganaron la batalla.

El cielo se oscureció cuando atravesaron un túnel y aparecieron en el Congosto del Ventamillo, una carretera en la ladera de una montaña que atravesaba el principio de los Pirineos. Al levantar la vista, las paredes de las montañas escarpadas tocaban el azul del cielo dibujando una

carretera entre sus nubes. La estrecha calzada tenía un carril para cada dirección que en ocasiones no tenía línea de separación.

De vez en cuando se cruzaban algún coche y a Ana le aceleró el pulso un camión de botellas de agua que parecía que ocupaba los dos carriles. Redujo la velocidad mientras el camión pasó tranquilamente por su lado prácticamente rozando su coche.

Kasha bajó la ventanilla y el aire fresco de las montañas inundó el espacio. Ana hizo lo mismo y apoyó el brazo por fuera del vehículo para que el sol le diera de lleno, como no había muchos coches, conducía despacio y con marchas cortas. Después de su experiencia a bordo de un 4x4 por la sabana africana, conducir por esa carretera era un lujo. A los 10 minutos cruzaron por un pequeño puente sobre el río Ésera y a los pocos kilómetros el valle se abrió ante ellas.

Habían entrado en el Valle de Benasque, que se formaba ante la luna del coche como un campo de verdes praderas custodiado por altas montañas. La carretera se hacía más ancha y los coches empezaban a ser más abundantes, después de pasar varios pueblecitos de tejados ne- gros llegaron al desvío que se describía en la indicaciones dejadas por su madre:

*Pasar por un gran puente blanco hacia la derecha, si- guiendo las indicaciones de Sesué. Una vez dentro del pueblo continuar por la calle principal hasta que se acabe y girar a la derecha para llegar a la Plaza Mayor. Una vez allí, nuestra casa es la de la puerta marrón que hace esquina, llama al timbre, si no estoy, ve a la casa que está detrás y pregunta por Tina.*

La Plaza Mayor del pueblo era más pequeña que cualquier plaza de barrio de Madrid y el suelo estaba empedrado con piedras de colo- res tierra. Las casas que la rodeaban tenían aspecto robusto como las propias montañas, y por encima de sus tejados aparecían las cumbres verdes manchadas por la nieve que resistía al verano. A lo lejos se oía el repicar de algún cencerro, el barullo de algún coche que pasaba por la carretera y el ruido de un plato al chocar con otro que salía de alguna de las ventanas.

Kasha y Ana se bajaron del coche que estaba de espaldas a la casa protagonista y estiraron las piernas. Había sido un viaje largo y solo habían hecho una parada para picar algo y tomar un café.

—Parece que es ahí —dijo Ana señalando la puerta marrón de la casa que hacía esquina.

Kasha se alisaba el vestido que se había arrugado durante el viaje en coche y se miraba en el espejo retrovisor.

—Creo que es mejor que vayas tú sola, cuando lo veas oportuno ven a buscarme al coche, encontrarnos a las dos quizá sea demasiado

—dijo Ana.

—¿Estás segura? —dijo Kasha, llevaba un rato sin hablar y su voz sonaba más alterada de lo habitual.

Ana no sentía que tuviera la potestad de romper un momento que las dos habían estado esperando durante más de diez años. No sabía muy bien si había sido la mejor idea aparecer junto a Kasha, así que por lo menos quería dejarles ese momento íntimo. Ana vigiló por el espejo retrovisor cómo se acercaba a la puerta.

Sonó el repicar de un timbre cuando Kasha pulsó el botón y el eco resonó por el interior de la casa. Por lo demás, silencio. Llamó otra vez y tuvo la misma respuesta, así que volvió al coche.

—Parece que no está —dijo Kasha agachándose hasta la ventanilla del conductor.

Ambas fueron a la casa de la vecina y llamaron a la puerta. Al eco del timbre le siguió un ruido de golpes y un largo y enérgico: “¡Voy!”. Una señora bajita, robusta, morena y que vestía una bata con motivos azules de cuadros abrió la puerta.

Llevaba el pelo corto como si hubiera puesto rulos esa misma mañana y el estilo de bata de señora de pueblo se completaba con un mandil desde la cintura hasta los tobillos. Al verlas se quedó durante unos segundos plantada allí en el umbral de la puerta hasta que reaccionó.

—Hola, ¡qué alegría! No hace falta que digáis nada —dijo cuando Ana estaba a punto de abrir la boca— sé perfectamente quienes sois. Bueno, tú no, —dijo señalando a Ana— pero a ti te llevamos tiempo esperando Kasha.

—Hola, encantada —dijo Kasha estrechando la mano a Tina y hablando por primera vez en español, hablaba con mucho acento pero de manera fluida— Ella es...

—Soy una amiga, he venido a acompañarla y a ayudarla con el idioma —interrumpió Ana. No quería desvelar su identidad. Kasha aceptó la mentira.

Las hizo pasar por la puerta que daba a un gran patio interior con el mismo empedrado que la plaza y lleno de flores puestas en macetas por el suelo. En el centro había una mesa de madera antigua rodeada de sillas grandes y un piar de pájaros venía del fondo del patio donde había una gran jaula con varios canarios.

A la izquierda del patio se oía el repicar de un cencerro y el sonido del pisar sobre la paja, debía haber un pequeño establo detrás de la puerta de madera baja. La casa olía a campo, a flores y ligeramente a abono. Tina les indicó que se sentaran a la mesa y les ofreció café, té, agua, cerveza y todas las bebidas del mundo. Las dos optaron por un té y Tina se fue a prepararlo.

Mientras el agua se calentaba iba trayendo unas bandejas de paste- litos y pastas, un juego de tazas con motivos de flores que parecía que hacía mucho que no sacaba y un surtido de bolsitas de infusiones.

—Justo hoy hemos tenido comida familiar y esto es lo que ha so- brado. Mis nietos se lo comen todo. Perdonad que no tenga más —dijo Tina sirviendo el agua caliente desde una tetera del mismo juego que las tazas.

—No se preocupe, está genial así —dijo Ana viendo que los pasteles eran más que suficientes para siete visitas más.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! Menudo drama lo vuestro. Es una historia tan bonita e injusta. Cuando Aurelia me contó que era escritora y me dijo cuáles eran sus libros no pude negarme a hacerle este favor, me encantan las historias románticas —dijo Tina dejando aparecer el alma cotilla de una señora de pueblo.

Kasha, que tenía el ceño fruncido para entender mejor el rápido acento aragonés de la vecina, sonreía y asentía a cada palabra que decía. Se frotaba las manos y apenas había probado el té y los pasteles. Movía la pierna de arriba abajo haciendo temblar su silla.

Mientras Tina les contaba lo bonito que era el pueblo, cómo esas montañas habían servido de inspiración para muchos escritores y lo orgullosa que se sentía de tener a una de ellas como vecina, Ana se dio cuenta de que tenía que cortar su discurso o se tirarían allí toda la tarde.

—En cuanto hemos pasado el congo- sto nos hemos quedado enamo- radas —dijo Ana. — Nos estábamos preguntando si... si Aurelia está por aquí o si está de viaje. Tenemos una carta diciendo que si no con- testaba en su casa, viniéramos a buscarte.

—Lo siento, pero Aurelia lleva varios meses fuera —dijo Tina mi- rando a Kasha.

—Vaya, ¿y no sabe dónde está? —preguntó Kasha.

—Siempre que se va me deja una dirección en la que va a pasar la mayor parte de su viaje y un teléfono —dijo sacando una libretita negra gastada.

Aurelia estaba ahora mismo en Lapland, perdida en la mitad de Suecia. Tina había llamado al teléfono de contacto del hotel donde se hospedaba y le dijeron que estaba haciendo una ruta y que en dos días estaría de vuelta y le darían el recado.

Tina tenía las llaves de la casa de Aurelia, así que se quedarían allí hasta que ella volviera. La entrada de la casa, al igual que en la casa de Tina, tenía el mismo suelo de la Plaza Mayor. A la izquierda había un salón oscuro con una mesa de billar, y leña apilada en una esquina.

Unas escaleras empinadas cuyas paredes estaban decoradas con uti- litarios del campo llevaban hasta un salón cocina luminoso y amplio, con una chimenea grande, una mesa para comer de ocho plazas y unos sofás cómodos. A uno de los lados del salón había una gran librería con los ejemplares ordenados con un particular patrón: dos libros peque- ños y uno grande.

La casa estaba compuesta por cuatro habitaciones, una principal en el primer piso junto al despacho y tres de invitados en el tercer piso de la casa. El despacho tenía un balcón que daba a la plaza y una pequeña ventana que daba a un patio. El patio de la casa contaba con un huerto bien cuidado por Tina y un corral de gallinas.

El escritorio estaba frente a la ventana del huerto, la cual estaba de- corada con flores de colores. La mesa tenía un ordenador y numerosas libretas y libros apilados ordenadamente. Las paredes estaban llenas de estanterías con más libros colocados con el mismo patrón que los del salón y frente al balcón había un cómodo sofá con una mesita auxiliar sobre la que descansaba una libreta y un bolígrafo.

Las habitaciones del tercer piso tenían las puertas cerradas, Tina abrió la primera puerta e indicó a Ana que dejara allí sus cosas. La

estancia estaba formada por un pequeño armario y una cama doble pegada a la pared blanca.

La habitación principal tenía un gran armario y una cama doble con unas sábanas blancas y granates. Sobre una silla había unos pantalones y una camisa perfectamente colocados.

—Este es el cuarto de Aurelia —dijo Tina indicando a Kasha que dejara allí su equipaje.— Siempre es muy cuidadosa con su despacho, no le gusta que entre nadie, os lo he enseñado hoy porque estaba la puerta abierta y no se va a dar cuenta, pero no se lo contéis —dijo cuando volvieron al salón.— Por la puerta que habéis visto en las escaleras se sale al patio donde está el huerto y las gallinas, se lo riego todas las mañanas. Os he traído cena para esta noche —dijo señalando una bolsa que había dejado sobre la mesa— y mañana os diré donde está la tienda. Cualquier cosa ya sabéis donde estoy.

## Sesué

Ana despertó en el interior de una cabaña oscura, acostada sobre el suelo de madera. La puerta estaba cerrada y un halo de luz se colaba dejando ver las motas de polvo que volaban en el ambiente. Unos pasos rompieron la luz, dejando la sombra de dos pies en el centro de la claridad, mientras que fuertes golpes en la puerta movían el polvo con un sonido de cencerros y campanas.

Ana despertó en la cama empapada en sudor como tantas otras veces desde que volvió de Kenia. Su ventana tenía vistas a la plaza del pueblo, por la que pasaba un rebaño mixto de ovejas y vacas lideradas por un pastor y seguidas de un perro.

Al abrir la puerta de la cocina, un olor a café recién hecho se le metió a Ana plácidamente por la nariz. No había ni rastro de Kasha, pero el café estaba en una cafetera americana todavía caliente, así que Ana no le hizo un feo y se sirvió una taza grande.

En el armario de cristal junto a la chimenea que compartían cocina y salón, los platos eran de colores y las tazas venían de países lejanos o de otras ciudades. A primera vista, el armario de la vajilla parecía un desorden colorido, pero al estudiar la colocación, se observaba un orden perfecto por tamaños y colores.

La decoración de la casa era sencilla, con plantas en las ventanas y algún adorno sobre las estanterías si los libros lo permitían. A primera vista todo parecía estar colocado al azar, pero de nuevo como con las tazas, al observar minuciosamente todo tenía un minucioso orden.

Cada una de las macetas que decoraban el exterior de la casa coincidían exactamente con el cierre de las ventanas. Las alfombras tenían la misma distancia hacia la pared por todos los lados, los cuadros estaban a la misma distancia los unos de los otros y los utensilios de campo colgados en las paredes de las escaleras estaban perfectamente alineados.

Ana siempre desayunaba en una gran taza de desayuno con un café muy largo y muy aguado. El café que había preparado Kasha era un café de Kenia que había traído en la maleta, al parecer era el favorito de su madre. Tenían razón, estaba especialmente bueno. Ana lo disfrutó mientras comía una tostada con uno de los mejores aceites que había probado.

Se paseó por la gran estantería de libros toqueteando los lomos y ojeando alguno. No estaban ordenados solo por un patrón de dos libros pequeños y uno grande, también seguían un orden alfabético por apellido del autor, abriendo la lista Alberti y cerrándola Vargas Llosa.

Los ejemplares estaban viejos y parecían de segunda o tercera mano, algunos de ellos tenían notas escritas o nombres en las primeras páginas. A Ana le encantaba ojear libros de segunda mano e imaginarse quién los había devorado antes que ella. Entre todos ellos, no había ni rastro de algún libro de Aure Balle o de Rosa Mwandishi.

Kasha llegó de la calle con una barra de pan recién hecha y una torta de azúcar que por allí llamaban “coca”. Al parecer eran las fiestas del pueblo y había un mercadillo en la parte baja. Cuando Ana estuvo lista, salieron a dar una vuelta.

Al andar 5 minutos en cualquier dirección ya se salía de las fronteras del pueblecito. Todas las casas eran fieles a la arquitectura tradicional aragonesa pirenaica con paredes de piedra tosca con techos de pizarra negra. Incluso las casas más nuevas habían respetado esta estética, convirtiendo así esa aldea en una de las más curiosas del valle. Las calles estaban asfaltadas con piedras de color tierra y por el centro había un desagüe para evitar inundaciones en los duros meses invernales.

La oferta de ocio en el pueblo era reducida, solo había un bar, que abría los fines de semana durante el año para abastecer a los 130 habitantes del pueblo y todos los días durante los meses de verano para no dejar sin aperitivo a los veraneantes.

Un sonido de música popular interpretado por una charanga les condujo hasta la plaza del Ayuntamiento. Esta plaza era de una archi-

tectura un poco más moderna que el resto, aunque en ese momento pasaba desapercibida gracias a los bailes populares que estaban teniendo lugar en el centro del espacio. Una gran fila de paisanos vestidos de baturros, daban saltos adelante y atrás frente a un expectante público.

Siguieron paseando por los caminos que recorrían los pastos llenos de vacas y se metían poco a poco en el bosque. Todavía no tenían noticias de Aure, Tina había vuelto a llamar al hotel en el que se hospedaba en Lapland pero todavía no había vuelto. Suponían que solo se trataba de unos cuantos días, Ana ya estaba cansada de vivir en la incertidumbre. Una vez más, cuando se sentía cerca del final, algo se volvía a interponer en su camino.

Ana no quería alargar demasiado ese viaje, le apetecía volver a su rutina. Kasha era una mujer amable y simpática, estaban empezando a acostumbrarse la una a la otra, pero las dos sentían que su acompañante estaba incómoda. Ana se sentía una intrusa en su reencuentro y Kasha no sabía si había hecho bien en traer a Ana.

Mientras habían estado juntas, Aure siempre había querido retomar el contacto con su hija, pero en diez años podría haber cambiado mucho. Lo último que sabía de ella era una carta de hace cuatro años en la que seguía diciendo que no se atrevía a hacerlo. Puede que no se atreviera o que simplemente no quisiera. Ahora daba igual, porque en cuanto Aure volviera estaba entre la espada y la pared y tendría que enfrentarse a ello.

Kasha también le daba vueltas a la idea de que Aure se hubiera olvidado de ella. Habían vivido muchas cosas juntas, pero no sabía a ciencia cierta si seguiría siendo lo mismo. Ella había estado encerrada en una cárcel y se había vuelto una mujer más triste, delgada y con menos vida que antes. Aure en cambio había estado recorriendo el mundo, seguro que había conocido a miles de amistades, entre otras cosas.

No le importaba si había estado con otras personas, solo le importaba si quería seguir compartiendo la vida junto a ella. Sinceramente, Kasha tampoco sabía si seguía sintiendo lo mismo que hace diez años, pero de lo que sí estaba segura era de que Aure había sido el motor que la había llevado desde Nairobi hasta el Pirineo. Era la razón de que hubiera sobrevivido 10 años en una cárcel keniana.

Ana estaba cada vez menos convencida de querer conocer a su madre y menos de esa manera. Estaba con su amante secreta después de

diez años separadas esperándola en su propia casa. Era una encerrona en toda regla.

En el momento de encontrarse, Ana tendría las maletas preparadas para salir corriendo de allí. No estaba dispuesta a soportar de nuevo el rechazo de su madre, y esta vez en persona.

Al tercer día por la mañana Tina llamó a la puerta.

—Me ha llamado el chiquillo del hotel, que está ya de camino. ¿Qué nervios no? Al parecer nada más saberlo ha hecho las maletas y se ha ido —dijo Tina subiendo por las escaleras hacia el salón con una caja de pasteles.— Perdonad que no haya venido a veros, pero he estado en la ciudad haciendo unos recados con mis hijos. Ya sabéis, médicos, compras...

Kasha se dejó caer sobre la silla y sus piernas empezaron a hacer lo que mejor sabían cuando estaba nerviosa, moverse sin parar. Tina les contó sobre Barbastro, la ciudad a la que iba a hacer los recados y sobre lo preocupada que estaba por uno de sus hijos.

El chico, de 18 años, acababa de terminar el bachillerato y decía que quería ser actor, que se quería ir a Madrid a estudiar. Ni que eso se pudiera estudiar, decía Tina muy ofendida, afirmando después que más le valía trabajar el campo como su hermano que andar metido en la farándula.

Después de blasfemar sobre su hijo y tras varios intentos de Ana por hacer entrar en razón a la vecina, esta se fue sin dejar de hablar para sí misma. Cuando se quedaron solas, Ana y Kasha se rieron de la situación durante unos segundos, hasta que Kasha volvió a la realidad y a lo que estaba por venir.

El ser humano podía estar años planeando algo e imaginándose las mil maneras de las que podía ser ese momento, pero cuando estaba a punto de llegar, algo se volvía a remover en la tripa. Kasha se puso a fregar los platos enérgicamente con la mirada perdida a través de la ventana que daba a la plaza. Ana la dejó sola.

Paseando por las callecitas empedradas apreció la belleza de ese pequeño pueblo perdido en el Pirineo. El silencio no existía porque se veía turbado por el sonido de las hojas y el viento. El olor era el aroma que uno se imaginaba al ver la escena de Sonrisas y Lágrimas en una montaña o el que debía oler Heidi cuando se asomaba a la ventana de su cabaña en las montañas.

El mismo dilema que cuando llegaron a la casa volvió a la mente de Ana. ¿Querría su madre conocerla? No lo sabía. Kasha decía que siempre le había pesado en la conciencia haberles abandonado, pero eso fue hace años. En la carta mencionaba cómo había estado a punto de ir a conocer a Ana, pero no lo había hecho.

Nunca se había atrevido a hacerlo, así que de alguna manera Ana la estaba poniendo entre la espada y la pared. Todavía podía irse y dejar a Kasha reencontrarse con su madre mientras que ella volvía tal y cómo había venido a Madrid.

Había ganado mucho en este viaje, sabía que su madre seguía viva, dónde estaba y a qué se dedicaba. Había crecido toda su vida sin ella, no tenía por qué necesitarla ahora.

Podría dejar que Kasha le contara sobre su encuentro con Ana y esperar a que fuera Aure quien decidiera. Los pasos la acercaron al parquecillo del pueblo en el que un niño jugaba con su padre. Ana recordó al suyo y cómo la había educado para enfrentarse a lo que tuviera que ser. Si se iba, haría lo mismo que estaba haciendo su madre, estar a punto de descubrir las respuestas y alejarse

por miedo.

Ya que había llegado hasta ese pueblo perdido de la mano de nadie en mitad de las montañas, tenía que terminar lo que había empezado. Si Makena se enteraba de que Ana se había ido, cuando estaba solo a unas horas o días de conocer a Aure era capaz de venir desde Nairobi a darle una colleja.

Pasó la mañana dando vueltas por el pueblo y los alrededores hasta que volvió a casa a comer con Kasha. Por un momento antes de entrar pensó qué podría pasar si abría la puerta y de pronto se encontraba cara a cara con su madre. Al girar el pomo de la puerta del salón y entrar en la cocina solo encontró a Kasha pelando unas patatas.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó Ana.

—Pon la mesa y enseguida comemos, he preparado un guiso de carne con patatas —contestó Kasha. Durante los días de convivencia en la casa Kasha y Ana se habían turnado para cocinar. Ninguna de las dos era una gran experta a los fogones, así que habían sobrevivido a base de los guisos de carne de Kasha y el arroz a la cubana de Ana.

—He pensado que no quiero estar aquí cuando ella llegue —dijo Ana mientras ponía los platos en la mesa del salón.— Creo que mi presencia solo molestaría para vuestro reencuentro.

—No te preocupes por eso, nadie sabe cómo va a ser este reencuentro. Casi ni yo quiero verlo, tu madre puede reaccionar de tantas maneras, siempre ha sido impredecible —se sinceró Kasha.

—No la conozco mucho, bueno no la conozco nada realmente, pero Tina ha dicho que ha salido prácticamente corriendo cuando se ha enterado de que estabas aquí. Eso tiene que significar algo —dijo Ana.

—Con ella nunca se sabe —dijo Kasha sirviendo el guiso en los platos como si con cada cucharada que echaba se quitara años de preocupaciones.

—Voy a intentar no estar aquí cuando ella llegue. No creo que llegue antes de mañana, así que probablemente me vaya por la mañana al hotel del pueblo. Así estaré fuera y podré darle espacio. Tú tienes una invitación de hace diez años, pero yo ni siquiera tengo eso —dijo Ana con una media sonrisa que rápidamente se contagió a Kasha.

—Como quieras, yo creo que estás más que invitada, pero como te sientas más cómoda —respondió Kasha comiendo. Seguía engullendo como si estuviera en la cárcel, con miedo a que la comida desapareciera del plato antes de que llegara a la boca.

—Me gustaría que le hablaras de mí y que le dijeras dónde estoy —dijo Ana.

—No te preocupes por eso, será lo primero que le cuente —dijo Kasha tocándole a Ana la mejilla en actitud maternal.— Estoy segura de que se olvidará de mí e irá corriendo a donde tú estés.

Pasaron el resto de la tarde viendo una película de sobremesa y arreglando el huerto junto a Tina. Ana no sabía cuántos años tenía esa mujer, pero era mucho más ágil y fuerte moviéndose entre la tierra arada de lo que Ana sería jamás.

## El brindis de Tina

Un fuerte pitido proveniente de un coche de la calle despertó a Ana.

—¡El panadero! ¡Pan fresco! —sonaba por unos altavoces distorsionados. El 25 de agosto era San Ginés, el día de la fiesta mayor del pueblo. Las señoras necesitaban salir a comprar el pan un poco antes para poder preparar la comida de cinco platos, que alimentaría a toda la familia y daría *tuppers* a todos los hijos y nietos para una semana.

Ana se quedó en un duerme vela hasta que volvió a abrir los ojos y eran más de las 12. Se había quedado totalmente dormida en un sueño lleno de imágenes confusas y con la sensación de haber descansado para toda la semana. Una ducha la despertó y se preparó para bajar a picar algo antes de comer. Tina las había invitado a la comida familiar a las 3 de la tarde, así que no podía desayunar demasiado si no quería faltar al respeto de la cocinera.

Bajando las escaleras de la casa, escuchó una voz extraña pero curiosamente familiar. Siguió bajando y el murmullo era cada vez más claro. La voz de Kasha y la de otra mujer se intercalaban en una conversación tranquila.

—Tu hija está aquí, te vino a buscar a Nairobi... —fue la primera frase que logró entender Ana.

Antes de escuchar cualquier contestación, las piernas de Ana reaccionaron más rápido que su cabeza, bajaron corriendo las escaleras pasando de largo la puerta del salón y salieron a la calle cogiendo las llaves del coche.

Una vez en el asiento de su Seat Ibiza blanco aparcado en el medio de la plaza, arrancó, desapareció torpemente y al doblar la esquina vio a una mujer delgada que se asomaba por la ventana del salón. Era ella.

No sabía hacia dónde dirigirse, solo sabía que quería salir de ese pueblo que había pasado de ser un lugar tranquilo a una tormenta con poco tiempo entre relámpago y trueno. Salió por un camino de tierra y apareció en la carretera principal. Condujo en dirección a Benasque, el pueblo más grande del valle donde había un poco más de vida social. El momento había llegado y su cuerpo en vez de quedarse, había decidido salir corriendo como si fuera la niña pequeña que su madre había abandonado. ¿Por qué lo había hecho? Es verdad que su plan no había salido tal y como ella había querido, le habría gustado estar fuera de la casa y que fuera Aure la que tuviera que ir a por ella para saber si de verdad quería conocerla o si seguía sintiendo ese rechazo que Ana nunca entendería.

Ana llevaba muy mal los cambios de planes cuando los tenía estructurados en su mente, así que salir corriendo fue la acción innata que llevó adelante. Sin duda había sido una mala elección. Todas sus cosas estaban en la casa, tenía que volver en algún momento y entonces se encontraría con ella.

Huir había dejado salir a la luz y a los ojos de Aure y de Kasha el miedo que tenía a conocer a su madre. Ahora volvería como una niña herida y que no había podido controlar sus emociones. A Ana no le gustaba sentirse así. Mientras conducía, las lágrimas empapaban sus ojos y su pie apretaba el acelerador.

Había tenido una extraña sensación al oír la voz de Aure. Ella no recordaba cómo era la voz de su madre, pero al oírla en las escaleras un calor tranquilizador le había recorrido la espalda. Nunca conseguía recordar las voces, se puso a pensar en la voz de su padre y un agobio le atoró la mente al no conseguir recordarla y pensar que nunca la volvería a oír. Era difícil recordar un sonido tal y como era en la realidad, pero cuando una persona volvía a escuchar una melodía familiar, un chispazo ocurría en el cerebro. Una cara se podía describir, pero un sonido era difícil de transmitir sin los instrumentos necesarios.

Benasque era un pueblo atravesado por la carretera que estaba lleno de familias, excursionistas vestidos con colores chillones y casas de piedra robusta. Había varios supermercados situados a orillas de la carre-

tera y las callecitas pequeñas que se adentraban en el pueblo dejaban ver terrazas sirviendo aperitivos.

Pasó de largo el pueblo y continuó por lo que se llamaba la carretera de Francia. Donde acababan las casas, las montañas volvían a aparecer y un pequeño desvió a la derecha llevaba hacia las pistas de esquí de Cerler, mientras que continuando recto, el camino continuaba hacia los bosques.

Ana siguió recto y la carretera se empezó a estrechar, atravesó campings con furgonetas, caravanas y tiendas de campaña que tenían tendida la ropa al sol del medio día. Volvió a atravesar las escarpadas montañas con carteles de riesgo de alud y fuentes en las que los habitantes paraban a llenar garrafas con agua fresca de la montaña.

Continuó por la carretera y siguió las indicaciones de los Baños de Benasque, un balneario del año 1700 con propiedades mágicas sobre el que Ana había leído. La carretera se empinaba y Ana tuvo que quitar el aire acondicionado para que su coche pudiera llegar a la cima. Un robusto edificio rectangular asomaba por la ladera de la montaña y se inclinaba hacia la carretera por la que circulaba Ana.

Después de adelantar peligrosamente a algún ciclista llegó a la cima, aparcó el coche y se sentó en una piedra de la entrada. Veía cómo la gente entraba y salía con mochilas y chanclas de piscina en la mano. El aguade las montañas salía a 37° por las fuentes del balneario, aunque el encanto del lugar coronando los montes pirenaicos ya merecía la pena sin importar la temperatura del agua de las fuentes.

Dio un paseo por los alrededores y le llamó la atención un círculo de grandes piedras en el que se sentó a descansar. El calor del sol y el silencio la obligaron a tumbarse y a cerrar los ojos en una tierna paz dentro de todo el caos que tenía dentro.

Hacía muy poco que su padre había fallecido, todavía notaba su ausencia cuando le pasaba algo que le habría gustado contarle. A veces se descubría a sí misma pensando: “esto tengo que contárselo, le va a encantar”, para darse cuenta segundos después de que no podría oír su voz nunca más. Hacía más de seis meses que nadie le decía de corazón: “ten cuidado” o “no llegues tarde”. Hacía más de seis meses que se sentía muy sola.

Por eso había empezado a buscar a ese alguien que era su madre. Por eso se había ido a la otra punta del mundo, para encontrar a ese alguien

que volviera a decirle: “¿no te llevas una chaquetita? Va a refrescar”. Durante el viaje se había dado cuenta de que quizá ese alguien a quien buscaba, jamás le diría nada de eso.

No sabía si ella era así o no. Tenía que comprobarlo, no podía dejar que todo lo que había hecho no sirviera para nada. Sabía que, si es- tuviera con él yendo a tomar una caña antes de comer y le contara la situación, le diría que no la había educado para dejar las cosas a medias, y menos algo de ese calibre.

Aparcó el coche en la plaza del pueblo y llamó al timbre. Unos pasos rápidos bajaron las escaleras y Kasha abrió la puerta con los ojos muy abiertos. Nada más ver a Ana la abrazó y la cogió de la mano.

—No te preocupes, todo va a ir bien —dijo Kasha cuando la guiaba por las escaleras hacia el salón.

Allí, sentada a la mesa de la cocina, removiendo el café en una taza grande, estaba ella. Una melena que fue castaña y que ahora era cana pasaba por encima de los hombros tapados con un chal de colores. Los ojos verdes, iguales a los de Ana, subieron la mirada lentamente hasta clavarse en los de su hija. Con el cruce de miradas, Aure se levantó, quedándose quieta detrás de la mesa sin saber cuál sería su siguiente paso.

Ahora Ana podía ver el cuerpo de su madre por primera vez en toda su vida consciente. Llevaba un vestido aguamarina justo por encima de la rodilla y unas deportivas blancas que dejaban ver un delgado tobillo. Toda ella era delgada, pero no el mismo tipo de delgada que Kasha, era una de esas mujeres que tienen pinta de ser las reinas de clase de yoga del barrio.

Ana estaba inmóvil en medio del salón y Kasha observaba la escena desde la entrada, fuera del campo de visión de cualquiera de ellas.

—Os dejo solas —dijo Kasha cerrando la puerta tras de sí sin hacer casi ruido. Esa mujer era probablemente la persona más silenciosa que Ana había conocido nunca.

—¿Quieres un café? —preguntó Aure dispuesta a prepararlo antes de que Ana respondiera. Tenía una voz suave, de las que suenan en cualquier programa de radio y pronunciaba las eses dejando salir un silbido hipnótico.

—Sí, por favor —respondió Ana con su hilillo de voz habitual cuando no estaba cómoda. Para paliar la triste imagen que debía tener

en ese momento, allí parada sin saber qué hacer, caminó decidida hasta la silla que estaba enfrente de la que ocupaba su madre y se sentó.

—No sé cómo te gusta... así que prepáratelo como quieras —dijo Aure dejando la gran taza humeante, la leche y el azúcar sobre la mesa. Ana cortó el café con un chorro de leche y apartó el azúcar a un lado.

Notaba como la mirada de su madre le atravesaba la frente y al levantar la vista, se la encontró rodeando su café con las manos y con la mirada fija en ella.

—No sabes las ganas que tenía de conocerte, cuando Kasha me ha dicho que estabas aquí no me lo creía, hasta que te vi salir con el coche

—dijo Aure terminando la frase mientras se llevaba la taza a los labios.— Eres tal y cómo te imaginaba.

Ana no contestó, no sabía qué decir.

—Estás tan mayor y me parece increíble que hayas ido a buscarme a Nairobi y hayas llegado aquí trayéndome a Kasha... —dijo Aure.

—Si tantas ganas de conocerme tenías, ¿por qué no has venido a buscarme? ¿Por qué no has dado señales de vida? —preguntó Ana con voz entre cortada.

Ana no sabía si ese silencio estaba durando minutos o segundos, solo sabía que se le estaba haciendo eterno.

—Lo siento —respondió su madre— si has venido hasta aquí te mereces que te lo explique... o al menos que lo intente.

—Sí, porque me he recorrido medio mundo, he puesto en peligro mi vida, me he gastado casi todos mis ahorros y me he tenido que pedir una excedencia. A parte de pasarme toda la vida preguntándome dónde estaba mi madre y por qué no quería saber nada de mí. No he venido buscando una madre que me quiera, solo una explicación para entender por qué nos abandonaste a mí y a mi padre.

—Lo sé, Kasha me lo ha contado —dijo Aure— estoy totalmente impresionada, siempre supe que serías una trotamundos como yo...

—No soy como tú —contestó Ana.

—Claro que no —dijo Aure frotándose las manos.

Su madre le estaba pareciendo una persona que no quería conocer. Estaba tratando a Ana como si fuera una visita de la prima lejana que todo el mundo tenía en Francia. No tenía ni una pizca de ternura en su voz, utilizaba la misma entonación para ofrecerle café que para decirle que sentía haber desaparecido durante más de veinte años.

—Creo que no estoy mejorando mucho la imagen que tienes de mí —dijo Aure intentando bromear.

—No había mucha imagen formada, he venido sin expectativas —respondió Ana volviendo a controlar el color de su voz.

—En estos años he cambiado mucho... Sé que ahora no me creerás y que te debates entre bombardearme a preguntas que ni siquiera sabes o irte por donde has venido. Cometí un error, pero en ese momento no lo sabía, no estaba preparada para ser madre. No hay día en el que no me haya arrepentido de haberme ido. Pero... —intentó decir Aure cuando unos nudillos en la puerta interrumpieron su frase.

Entró Kasha tímidamente.

—Tenemos que ir a la comida, Tina ha mandado a su nieto a por nosotras —dijo Kasha desde la puerta del salón— además, Aure, debe- rías presentarles.

—¿A quién? —preguntó Ana mientras unos pasos ligeros sonaban por las escaleras y un niño de unos diez años irrumpía en el salón.

—¡Mami! —dijo el niño lanzándose sobre Aure.

—¿Mami? —preguntó Ana.

—Ana... este es Leo, tu... hermano pequeño —dijo Aure mientras el niño sonreía hacia Ana.

—¿Esta es mi hermana mamá? De la que tanto me has hablado, no sabía que iba a venir —dijo Leo. Era un niño mulato, con el pelo largo rizado cayéndole por los hombros y debía tener unos diez años. Sonreía y tenía unos ojos de niño despierto que pasaban rápidamente de objeto a objeto buscando algo con lo que entretenerse. Tenía una cara preciosa y unas pestañas largas que le enmarcaban los ojos oscuros.

—Sí, yo tampoco sabía que iba a venir, pero ha sido una buena sor- presa. ¿Vamos a comer?— preguntó Aure.

—Yo prefiero no ir, creo que me marchó —respondió Ana— si no os importa me quedaré recogiendo las maletas y me voy.

—Entiendo que te quieras ir y que esto te haya pillado un poco de sopetón —dijo Aure echando un vistazo al salón.

—¿Un poco? —inquirió Ana.

—Pero por favor, no te vayas, tengo muchas cosas que explicarte. Ven a la comida, lo pasamos bien, comemos como nunca, Tina cocina de miedo, bebemos y luego hablamos. Te debo una conversación y no quiero que te vayas sin ella. Después te dejaré ir sin pedirte que te que-

des y aceptando que no me quieras volver a ver más. Pero no puedes escaparte así, tengo muchas ganas de conocerte —dijo Aure reflejando por primera vez algún sentimiento en su voz.

Ana no solo había conocido a su madre, si no que tenía de pronto un hermano. Si ya entendía poco la situación, eso la descolocó tanto que acabó yendo a comer casi por inercia, por no tomar otra decisión más. Salieron los cuatro de la casa, el niño iba cogido de la mano de Kasha hablando sin parar y Aure y Ana iban detrás a una distancia prudencial entre ellas.

—Es adoptado, él lo sabe, pero no le gusta mucho hablar del tema —dijo Aure en bajito a Ana.

—Me da igual que sea adoptado, no tienes que justificarte, para mí nunca has sido mi madre ni espero que lo seas. Yate lo he dicho antes. Puedes hacer con tu vida lo que quieras, solo he venido a buscar la explicación que necesito para continuar con mi camino. Aunque con haberte conocido ya me quedan claras muchas cosas —dijo Ana dejando de ser ella. Nunca había hablado con tanto rencor y odio a nadie, no se reconocía en su voz y escupía las palabras como nunca lo había hecho. Aure se quedó callada.

Ana no estaba contenta con su comportamiento, estaba siendo desagradable. La mujer que tenía delante era un témpano de hielo, aunque Ana afirmara que no tenía expectativas se había imaginado otra cosa. Se había imaginado que llegaba y su madre le daba un abrazo tan fuerte que todo se le olvidaba. Luego le contaba algo así como que se puso enferma de gravedad y se tuvo que ir para no contagiar a su hija o que estuvo enganchada a las drogas y que no podía volver a España porque tenía una orden de alejamiento o que era una espía secreta del gobierno ruso y se había ido por seguridad. ¡Algo de fuerza mayor!

En cambio, se había encontrado la frialdad personificada, que le daba largas, la invitaba a comer a casa de una aburrida vecina y le presentaba sin ningún remordimiento a su hermano pequeño adoptado. Desde que se habían visto no se habían tocado, no se habían abrazado intensamente como en una película, pero ni si quiera se habían dado dos besos como en la vida real.

Llegaron a casa de Tina, se sentaron a una mesa con otras catorce personas que brindaban con cada palabra y que hablaban por encima del tono de voz de cualquier humano.

—Chicos, esta es Kasha —dijo Aure cogiendo a Kasha de la mano.  
Todos aplaudieron y volvieron a brindar por Kasha.

—Y esta es... —dijo Aure señalando a Ana.

—Una amiga de la familia —interrumpió Ana. Todos volvieron a brindar.

—Pues os parecéis bastante —dijo uno de los nietos de Tina que tenía la edad de Ana.

—Somos medio parientes, nuestros padres eran primos— respondió Ana dejando a Aure en silencio a su lado. No se podía creer que fuera a presentarla como su hija delante de toda esa gente sin haber pasado ni una hora juntas.

Ana se dejó llevar por los brindis e incluso inició varios, haciendo que el vino se le subiera a la cabeza y las preocupaciones se hundieran. Las horas pasaban y la sobremesa se alargaba. Aure resultó ser el alma de la fiesta y una vez que las copas habían relajado el ceño de Ana, se lo pasó como hacía tiempo que no lo hacía.

Cuando los *gin – tonics* llegaron a la mesa, Aure cogió la mano de Ana por debajo de la mesa y la apretó muy fuerte mientras que con la mirada sonreía diciendo algo así como: “gracias por venir”. Ana la abrazó y un aroma a detergente, colonia de pétalos de rosa e incienso se le metió por la nariz. La misma sensación que tuvo al oír su voz se produjo al aspirar el olor de su cuello. Por fin había podido recordar cómo olían los jerséis de sumadre.

# Siempre fue Nairobi

Después de una sobremesa que se alargó hasta que el sol empezaba a esconderse por las montañas, todos se fueron para casa. Ana había disfrutado, se había reído y había conocido a su madre. Todos los sobrinos, primos, nietos y cualquier familiar de hasta un cuarto grado de Tina conocían a Aure.

En medio de carcajadas y gritos, Aure preguntaba qué tal el nuevo trabajo, cómo había ido el fin de semana en la playa o qué tal la notas ese verano. Con todas las respuestas, la escritora escuchaba atentamente cada sílaba, dando la sensación de que el mundo fuera de esas palabras se había apagado. Tenía la misma capacidad de Ana para que la gente se sintiera escuchada.

Ana tenía la útil habilidad de estar hablando con alguien y saber qué se comentaba en la conversación de al lado. Así que sintonizó la antena y se dio cuenta de que no todas las conversaciones iban sobre temas banales como las vacaciones, Ana también escuchó confesiones de rupturas amorosas y desahogos sobre situaciones económicas peligrosas. Todos parecían ver en Aure una confesora y una persona de confianza. Kasha había sido uno de los atractivos principales de la comida, así que tuvo que practicar su oxidado español por obligación. Todos le preguntaban sobre África, por lo que se pasó la mitad de la comida desmintiendo mitos y leyendas. Algunas mujeres y los cuñados más morbosos hablaban con ella en tono condescendiente sobre lo mal que lo tenían que haber pasado, y el marido de Tina estaba fascinado con la idea de ver un león en persona y en libertad.

Entre todo el bullicio, Kasha y Aure encontraron entre sus dos sillas su propia habitación, en la que hablaron de sus rutinas y de cosas tan del día a día, que era como si hubieran estado viviendo todo ese tiempo juntas, sin haberse separado. Sus manos estuvieron unidas.

Leo comió muy rápido y se fue a jugar con los demás niños de la familia. Ana estaba sentada frente a la puerta del patio de la entrada, así que le observaba jugar al escondite inglés muy concentrado. Su madre les había presentado como hermanos, de pequeña siempre había querido tener uno, aunque con los años había ido perdiendo la esperanza. Las cuatro personas que volvieron de vuelta a casa de Aure nada tenían que ver con las que habían hecho el mismo camino cinco horas antes en la dirección contraria. Ana venía riéndose con Kasha sobre la cantidad de preguntas que había tenido que responder, y Aure iba con

Leo de la mano detrás.

Cuando llegaron a la puerta, la desubicación volvió a Ana. Había pasado unas buenas horas sin tener que tomar decisiones, pero ahora estaba de vuelta en la vida real. Lo que realmente le apetecía era estar en su piso, echarse una siesta y despertarse para comer una onza de chocolate. Los cuatro entraron en casa y se dirigieron directamente al salón.

—¿Vienes a dar un paseo? —preguntó Aure mientras Kasha se sentaba a merendar con Leo.

—Claro —respondió Ana. Siguió a su madre por las escaleras y al salir a la plaza anduvieron en dirección al atardecer. Subieron cuevas y llegaron a un camino de piedra muy estrecho que Ana no había visto en sus largos paseos por el pueblo.

—Te voy llevar a uno de mis sitios favoritos —dijo Aure mientras se metían en el angosto sendero.

Ana la seguía con la respiración cada vez más entrecortada, mientras que Aure iba hablando sobre las excursiones que se podían hacer por los alrededores manteniendo su tono de voz pausado y sus eses suurrantes. Por fin, después de veinte minutos de dura subida, llegaron a un claro que tenía una valla de madera con un cerrojo podrido.

La pradera era más grande que un campo de fútbol y se extendía hasta lo que parecía el cauce de un riachuelo. Junto a la valla de entrada había una casa también de madera, cuyo tejado había cedido con el tiempo. Los árboles eran altos y tenían pequeñas manzanas rojas colgando de sus ramas. Aure cogió varias y le ofreció a Ana.

Caminando por el largo césped llegaron hasta el riachuelo y Aure se sentó en una gran piedra indicando a Ana que hiciera lo mismo. La pradera estaba situada en lo alto del camino por el que habían venido, por lo que delante de ellas no había nada, solo se veían los campos más abajo y las altas montañas que hacían de guardianas del terreno.

—He comprado este terreno, ¿te gusta? —dijo Aure.

—Es bonito, aunque está un poco, abandonado —dijo Ana mirando alrededor.

—Era una ganga, quiero montar un hotel rural. Algo que atraiga a la gente de ciudad, que les haga tener una experiencia campestre y que les haga sentirse como si fueran de campo. Aunque vayamos de interesantes siendo el único mamífero que camina erguido, somos igual de simples que un primate, siempre me lo decía tu padre. Creo que puede funcionar un hotel rural aquí, tiene todo lo que los urbanitas quieren. Hablando de tu padre, ¿sabe que estás aquí? ¿Cómo está? —preguntó Aure. Esta vez fue ella la que miró a Ana y Ana la que quitó la mirada, Aure no sabía que su padre había fallecido.

—Él es el que me dio las claves para encontrarte —respondió Ana.— Él...

—¿De verdad? Me sorprende bastante, las últimas cartas que me llegaron de él hace muchos años no eran muy amigables, con toda la razón. Pobre hombre, nunca me porté bien con él. Yo no quería pero... nunca fui del todo buena para él. Me gustaría hablarle de esto más adelante. Al haberte encontrado... bueno, al haberme encontrado tú a mí, cambia mucho todo.

—Mi padre murió hace seis meses, por eso estoy aquí. No me habló de ti nunca, solo me dejó las instrucciones en una carta —dijo Ana sacando de la mochila la libreta en la que siempre llevaba la nota.— Lo siento... —concluyó dándole la carta a Aure.

Aure se había quedado atrapada jugando con una ramita que tenía entre las manos, mirando al frente sin ver nada. Al notar la mano de Ana acercándole el papel, la miró con una lágrima a punto de salir a correr por la mejilla que fue parada por una avergonzada y rápida mano. Así que esos fríos ojos, helados como un iceberg, también tenían lágrimas, pensó Ana.

—¿Quieres leerla? —preguntó— Es la carta que me dejó... donde supe quién eras, nunca me había hablado de ti. Bueno, nunca me habló de ti, esto es todo lo que tuve.

Aure asintió y empezó a leer la carta en silencio dejando resbalar alguna lágrima por la nariz. Sus ojos se movían rápidos por el papel que agarraba con cuidado, como si se fuera a romper si lo tenía mucho tiempo en la mano. Cuando terminó de leer lo devolvió inmediatamente a Ana.

—Todo lo que dice es verdad —dijo cogiendo mucho aire antes de hablar y con la voz cambiada.

—Nunca supe nada de ti hasta ese momento. Desde pequeña pregunté, pero nunca me dijeron nada.

—Tu padre era el mejor hombre que he conocido nunca, era de esas personas que son casa, que cuando las miras piensas que no te puede pasar nada malo. Yo no supe valorarlo, pero a la vez, cuando estaba fuera e iban pasando los años sentía que siempre podría volver y que él me recogería. Soy una egoísta. Ahora se ha ido y no puedo decirle nada de esto —dijo Aure dejando de hablar con la voz entrecortada.— ¿Has sido feliz? ¿Has estado bien?

Ana le contó cómo era su colegio, quienes habían sido sus amigas, qué deportes había hecho y dónde iba de vacaciones cuando era pequeña. Aure escuchaba como ella sabía, haciendo que lo que hubiera alrededor desapareciera. Ana soltó su lengua y como por arte de magia, se encontró hablando de cosas de las que hacía años que no se acordaba, como si conociera a su madre de toda la vida.

—Si te soy sincera, he pasado por muchas etapas contigo. Primero no entendía nada y necesitaba una madre, más tarde me di cuenta de que podía vivir sin ello, aunque siempre me quedó la duda de por qué no estabas. Mi padre hacía de madre, de padre y de todo lo que pudiera necesitar. A veces sentía que me faltaba una figura femenina, pero creo que al final he salido bastante normal —bromeó Ana. El buen humor le recorría el cuerpo y se sentía totalmente liberada.

—Lo siento, no puedo decirte nada más —respondió Aure ligeramente avergonzada.

—Yo creo que sí puedes. No he venido buscando una mamá nueva, pero creo que después de tantos años de preguntas sin respuesta me merezco una. ¿Por qué? Puedo entender por qué te fuiste, por qué te

alejaste, pero no puedo entender por qué nunca diste señales de vida dijo Ana.

—Yo no quería ser madre. Nunca quise dijo Aure volviendo a su voz fría y susurrante.

—Si no querías ser madre, no sé qué estoy haciendo aquí —dijo Ana confirmando una de las razones que había barajado durante el viaje.

—Deja que me explique, no es que no quisiera, es que no estaba pre- parada. Yo era una persona obsesionada con triunfar. Con el tiempo, todavía no sé qué es triunfar. Cada uno lo hace a su manera, pero siem- pre queremos más y más y más. Para un actor de Hollywood triunfar será ganar un Óscar, pero para un actor que acaba de salir de la acade- mia, con que le contraten será suficiente para sentirse mejor que el que gana un Óscar. Todo esto va cambiando con el tiempo, el barómetro de triunfo crece con nosotros y con nuestro ego. Yo en ese momento tenía un ego más grande que mi triunfo, ese fue mi problema.

Al principio estaba contenta con ganar un premio del público en un pequeño certamen literario, luego quería que me publicaran en alguna revista y luego mi sueño fue escribir un libro. Cuando lo conseguí que- ría todavía más. Volcaba mi fracaso personal en mi vida profesional, creyendo que si conseguía cosas y más cosas sería más feliz. Durante un tiempo me funcionó esa fórmula. Con tu padre siempre supe que no era un amor de película, ni alguien que me hiciera ponerme nerviosa como el primer día, pero era el que equilibraba mi vida. Me hacía mejor persona, me llevaba a cenar, me esperaba en casa para consolarme y me preparaba una sopa cuando estaba enferma o con demasiada resaca.

En casa estaba tranquila, pero no era feliz y eso hacía que me volcara obsesivamente en mi trabajo olvidando quién era y qué quería. Hasta que llegaste tú. Tú me hiciste darme cuenta de la realidad, de lo que estaba haciendo.

En vez de escribir yo algo, me habían escrito mi vida. Tu padre siem- pre había querido tener hijos, pero yo tenía clarísimo que no era para mí, que no era lo mío. Esto era lo único que me hizo ver a tu padre real- mente enfadado. Se nos olvidaba y volvíamos a nuestra vida tranquila, hasta que alguna pareja de amigos se quedaba embarazada y volvía a salir el tema cuando yo me dejaba caer por casa.

En una de esas épocas en la que nos habíamos olvidado de ello, em- pecé a sentirme rara, a engordar, a vomitar por las mañanas... empecé

a tener unos síntomas de libro. Me hice la prueba y las dos líneas rojas indicaron que estabas en camino. Estuve dos días sin decírselo a tu padre, pensando qué hacer, cuando tomé la decisión, le llevé a cenar a su sitio favorito.

Estaba esperando un bebé y no sabía si quería seguir adelante. Cuando le dije que estaba embarazada, su cara adoptó una expresión que no había visto nunca. Cuando le dije que no sabía qué quería hacer, ni si quiera me escuchó. Pasó el resto de la cena imaginando cómo serías, aunque sin duda se quedó corto —dijo Aure quitando la vista perdida en el horizonte para mirar a Ana.

—Tu padre sí había oído lo que quería decir, así que se pasó la noche hablándome de cómo sería tener un bebé y haciéndome ver incorrectamente lo libre que yo seguiría siendo y la poca responsabilidad que tendría sobre nuestro hijo. Él sabía perfectamente lo que a mí me pasaba, lo que yo opinaba sobre la maternidad. Me gustaban los niños, pero los de otros. La idea de ser madre me aterraba, la maternidad me daba miedo. Tener a un ser humano siempre, durante toda la vida, dependiendo de ti... Una madre siempre es madre y nunca puede salirse de su papel. Una esposa puede divorciarse de su marido y dejar de serlo, una novia corta con su novio y deja de serlo, una escritora deja de escribir y deja de serlo, pero una madre no puede dejar de ser madre, nunca. Eso era lo que me daba miedo.

Con su discurso y con mis hormonas revolucionadas consiguió apaciguar mis miedos. Yo tenía mucha curiosidad por conocerte, por verte, por saber cómo eras. Me habría encantado que fueras mi sobrina o la hija de una amiga, pero tener una responsabilidad tan grande como una hija era demasiado peso. Durante el embarazo, olvidé todos mis pensamientos y hasta me creí que quería ser madre. A veces volvían a aparecer cuando me iba a la cama y no podía dormir, o cuando pasaba demasiado tiempo sola, pero luego hablaba con cualquier persona de mi alrededor y me volvía a recalcar lo preciosa que era la maternidad.

La maternidad es preciosa, pero para quien la quiera. Siento decirte todo esto, no quiero que te lo tomes a mal, no es nada personal...

—Si me hubieran contado que iba a oír que mi madre no quería tener hijos habría pensado que me dolería muchísimo, pero ahora mismo, estoy aquí delante oyendo tus palabras sin ninguna pena —dijo

Ana con total sinceridad. Desde que su madre se había mostrado humana, sentía que podría empezar a comprenderla.

—Cuando naciste fuiste lo más bonito que he visto nunca y me quedé totalmente enamorada de ti. Pesabas poco, así que nos tuvimos que quedar unos días en el hospital mientras te recuperabas. Fueron los días más felices de mi vida, solo pensaba en ti y nada más me importaba. Salimos del hospital y al llegar a casa sentí que las paredes se me caían encima. Tus lloros me dejaron de importar y de repente no podía estar a tu lado, ni con tu padre. Fui al psicólogo y todos me decían que era depresión postparto, que en un tiempo se me pasaría. Se lo contaba a mis personas cercanas y me decían que no me preocupara, que sería depresión postparto. Nadie nunca me dijo: “oye, quizá no estés hecha para ser madre, quizá esto no sea lo tuyo, quizá esa niña pequeña se merezca otra cosa y no a ti, quizá estés arrepentida”. No, arrepentirse de ser madre estaba, y está, prohibido.

Me di cuenta de que eso era realmente irreversible, que ya sería madre para siempre, para toda mi vida. En ese momento caí en la cuenta, ser madre no había sido mi voluntad, simplemente lo había consentido. Algo que me había llegado, algo que me habían enseñado desde pequeña, ser mujer era ser madre. Yo no quería, lo había sabido siempre, pero mi alrededor me decía: tienes que ser madre, tienes que ser madre, es precioso, estás hecha para ello.

Me habían preparado, al fin y al cabo, lo natural es que una mujer quiera ser madre, siempre había sido un bicho raro por no quererlo. Me quedé siendo la peor madre del mundo durante cuatro años, hasta que decidí que esa casa sería mejor sin mi depresiva presencia y me fui. Irme me costó mucho, yo te quería, pero estaba harta de lo que se esperaba de mí. Nunca estaba a la altura de lo que tiene que hacer una madre, nunca hablaba lo suficiente de bebés y nunca me quedaba lo suficientemente en casa para quejarme de lo que cambiaba la vida un niño. Nunca había querido que nada cambiara mi vida, excepto yo, era una egoísta, pero no por eso peor persona. Mi vida había cambiado

y nunca volvería a ser como antes, y a mí me gustaba.

Jugué a ser Dios y me escapé para que me todo volviera a su cauce. Era imposible, las cosas siempre tienen que cambiar para que todo siga igual, pero yo aún no lo sabía.

Lo que pasó en África... bueno ya lo sabes. Conocí a Kasha y cambió mi vida, de repente sentí lo que era tener a alguien con quien compartir el viaje más importante. Todo era perfecto cuando nos fuimos de Kenia, hasta que tuvimos que volver y nos detuvieron. En ese momento, todo lo que había sostenido mi vida se fue al traste. Intenté sacarla de allí por todos los medios, hasta que me di cuenta de que solo me quedaba hacer lo que peor se me daba: esperar. Nunca dejé de intentarlo, pero nada dio resultado.

Volví a España y estuve en Madrid unos meses, os estuve siguiendo durante algún tiempo, como si fuera una psicópata, sin atreverme a hablar con vosotros. De repente estabas tan mayor, eras tal y como te había imaginado tu padre cuando me convenció de que lo mejor era tenerte y darte una vida. Cuando te vi yendo al colegio con tus amigas, me di cuenta de lo que había hecho.

Caí en la cuenta de que podría haber tenido todo lo que quería en ese momento, pero mi egoísmo, mi obsesión por la libertad y mi miedo al compromiso me habían quitado mi vida. No habría sido la mejor madre del mundo, pero podría haber dado señales de vida y haber explicado a tu padre todo lo que me estaba pasando.

Pero no, decidí pensar que la única afectada en esa ecuación era yo. Ya no se trataba de ser madre o no ser madre, se trataba de un ser humano que estaría toda la vida preguntándose por mí. ¿Qué hice cuando me di cuenta de eso? Me volví a ir.

—¿Por qué? ¿Por qué no volviste nunca? —preguntó Ana por primera vez con los labios y por enésima vez con la mente.

—¡Porque estaba avergonzada de lo que había hecho! Cuando dejas un problema pasar se va haciendo cada vez más grande y esto se hizo tan grande que preferí darlo por perdido.

—¿Y Leo?

—Con los años me di cuenta de que sí que quería ser madre, pero no en el momento que lo fui. Para ti ya era tarde, así que en un viaje a Liberia conocí a Leo y después de un año de papeleos interminables conseguí adoptarlo. Hace dos años que está conmigo. Cada fase vital de ese niño, me hace preguntarme cómo fuiste tú.

—Ya es tarde para eso —dijo Ana— yo solo había venido buscando la respuesta que me has dado hoy. Ahora me doy cuenta de que puedo seguir mi vida tal y cómo estaba —concluyó Ana levantándose.

—Me gustaría que me dejaras recuperarte, aunque solo sea para hablar por teléfono una vez al mes —dijo Aure quedándose sentada— Que hayas conseguido encontrar mi rastro en Kenia a través de una de mis novelas me hace darme cuenta de lo mucho que te admiro. Quiero que me lo cuentes todo. ¿Cómo conseguiste dar conmigo?

Ana se sentía bastante orgullosa de su investigación y de cómo había superado cada curva del camino. Aure sabía que había sido difícil y que solo alguien muy especial podría conseguirlo. Utilizó su don para saber de qué quiere hablar alguien y le dio rienda suelta a Ana para contar su historia.

Ana le habló de Makena, de la señora del mercadillo y de Runo. Le relató paso a paso el episodio con Runo y acabó sincerándose como nunca había hecho. Aure parecía comprenderla perfectamente, más que como una madre, como una amiga. Ana se dio cuenta de que, tal y como una parte de ella esperaba, no había ganado una madre, había ganado una persona especial en su vida.

## Anexo

Ana esperaba impaciente en la terminal de llegadas del aeropuerto de Madrid. Había dejado el coche aparcado en segunda fila enfrentándose a las miradas de los taxistas y a la amenaza de un policía poniendo multas que se acercaba peligrosamente. Miraba nerviosa el panel de vuelos, el avión procedente de Nairobi había aterrizado hace media hora, pero los pasajeros todavía no habían salido.

Cada vez que se abría la puerta con algún viajero arrastrando sus maletas, Ana intentaba atisbar a lo lejos si veía algo. No sabía por qué todos hacían lo mismo, como si por anticiparse unos segundos a lo que estaban esperando fueran a hacer que llegara antes. Después de una última mirada indiscreta, una oleada de pasajeros salió por la puerta.

Ana buscaba nerviosa a su invitada, hasta que vio el moño de Makena moverse ágil entre las maletas. Hacía ocho años que no se veían, pero habían mantenido una relación continua por teléfono, email y alguna que otra carta.

—¡Madre mía sí que han tardado en traer las maletas! —exclamó Makena antes de darle un largo abrazo a Ana.

—¡Menudo maletón! Tenemos lavadoras —respondió Ana cogiendo una de las dos maletas que traía Makena.

—Me he traído mis mejores galas para la ocasión —apuntó Makena mientras seguía a Ana hasta el coche que no se había movido de su sitio, ni tenía receta alguna en el parabrisas.

Ana había reformado la casa de su infancia y se había mudado hace unos años a su nuevo hogar. Su abuela había fallecido unos meses des-

pués de volver del Pirineo y Aure había acudido al funeral. Ana no había contado a ningún familiar su aventura y su reencuentro con su madre, por lo que la aparición estelar en la misa había sido una exclusiva de portada.

Las miradas que Aure aguantó durante toda la tarde oscilaban entre el desprecio y la curiosidad. Ana se situó a su lado durante la ceremonia, por lo que vivió en sus propias carnes lo que había estado temiendo su madre, el rechazo social. Aure y Ana habían seguido hablando después de su reencuentro y contra todo pronóstico, Ana sentía una gran complicidad con ella.

Ana le había pedido que no fuera al funeral si no quería, pero Aure se sentía en un compromiso con su hija y fue su manera de demostrarle que estaba realmente arrepentida de su pasado. Ana no quiso vivir más muestras de arrepentimiento después del mal trago que supusieron los comentarios y el rencor acumulado en las pupilas de familiares y amigos.

Tuvo que dar demasiadas explicaciones y decidió separar sus familias, la de ir a comer los domingos y su madre. Se llamaban de vez en cuando para hablar sobre algún problema o simplemente para comentar qué tiempo hacía. No hablaban mucho, pero Ana sentía que si se le pinchaba una rueda o si tenía que tomar una decisión importante, podría llamar a alguien que se preocupaba por ella.

Makena se instaló en el cuarto de invitados y se fueron a dar una vuelta por el centro. Era la primera vez que salía de África, así que le pasó lo mismo que a Ana cuando llegó a Kenia, todo le parecía un mundo nuevo.

Estarían unos días en Madrid y luego viajarían hacia el Pirineo. Makena había sido invitada por Ana como acompañante para la boda de Kasha y Aure. Los Países Bajos habían sido los pioneros en la aprobación del matrimonio igualitario en 2003, seguidos de otros tantos países, entre ellos España en 2005.

Kasha y Aure serían una de las parejas que pasarían a engrosar la lista de matrimonios igualitarios del año 2008. Aure había reformado junto a Kasha la pequeña finca con el riachuelo para convertirlo en ese pequeño hotelito para gente de ciudad.

Durante los años que habían pasado, Makena había cambiado de trabajo y ahora era guía turística de la ciudad. Su inglés había mejorado

tanto, que si no se prestaba mucha atención, podría pasar por una habitante de *Notting Hill*.

Las leyes en Kenia seguían igual, así que Makena no había comentado nada del motivo de su viaje. Kasha se había convertido en una activista por los derechos humanos, que desde España estaba consiguiendo verdaderos éxitos en Kenia y otros países africanos con los mismos problemas.

Ana estuvo muchos años soñando con la tarde en la cabaña de pescadores del lago Naivasha. Contándole a Makena sus preocupaciones, esta investigó en secreto si Runo seguía vivo o si no había pasado de aquella tarde. Por suerte para la conciencia de Ana y por desgracia para las keniatas, Runo seguía haciendo safaris por el Masái Mara con una cicatriz en el cuello, que le daba para inventarse alguna historia de un feroz ataque de un animal.

Después de pasar unos días en Madrid, emprendieron el viaje hacia el Pirineo en el destartado coche de Ana. Ana solía ir todos los años a relajarse unos días en las montañas. Disfrutaba del tiempo allí, se lo tomaba como unas vacaciones del mundo. Allí nadie molestaba y lo bueno de tener una madre como Aure, es que nunca hablaban de temas que Ana no quería. Como había pensado cuando la conoció, había ganado una amiga experimentada en la vida.

Kasha había aprendido a cocinar algo más a parte de los guisos de carne, y Aure había vuelto a escribir bajo su seudónimo de siempre. La vuelta de Aure Balle a las estanterías de las librerías habían convertido su último tomo en un best seller internacional que por supuesto, mezclaba la realidad de los últimos años de su vida, con algo de ficción. Kasha no conseguía acostumbrarse al frío invernal de Pirineo, pero había aprendido a encender el fuego como solo los nortños saben hacerlo.

Cuando llegaron al pueblecito era la hora de comer y un olor a barbacoa salía del patio trasero. Allí estaban todos, un domingo cualquiera brindando con la primera palabra alegre que se les ocurría.

Cuando Ana llegaba al Pirineo, la sensación de estar en casa le recorría las venas y al ver a Aure y a Kasha volvía a sentirse a salvo bajo un cascarón protector que solo la familia puede dar.

La semana siguiente, el sábado, fue el gran día en el que, muy por encima del nivel del mar, la libertad se hizo realidad.

△ △ △